

ESTVDIOS AMERICANOS

37

REVISTA DE LA ESCVELA
DE ESTVDIOS HISPANO
AMERICANOS ~ SEVILLA

S U M A R I O :

	Páginas
ARTICULOS	
Julio Vargas Prada: <i>El proceso cultural del Perú.</i>	269
Guillermo de la Cruz Coronado: <i>Graciliano Ramos: trayectoria y personalidad.</i>	283
NOTAS	
Ladislao Gil Munilla: <i>Problemática vespuciana actual</i>	305
Vicente Aguilera Cerni: <i>Pintores del Nuevo Mundo en la XXVII Bienal de Venecia.</i>	319
COMENTARIOS	
<i>Dos casos paralelos. — ¿Cesó la recesión? — Independencia: Tesis Peruana. — El problema universitario. — Crisis ibañista. — Inflación en Colombia. — La Acción Católica Mejicana. — La carretera Panamericana. — Política económica puesta a prueba.</i>	327
INFORMACION CULTURAL	
Félix Fares: <i>Ecos de una polémica</i>	347
Leandro Rubio García: <i>La libertad norteamericana.</i>	371
CRONICA	
Noticias.	387
Jorge Chmielewski: <i>La Universidad hispanoamericana de La Rábida</i>	391
Ideas ajenas	399

CORRESPONDENCIA:

Secretario de Redacción de «Estudios Americanos»
 Escuela de Estudios Hispanoamericanos
 Alfonso XII, 12. — SEVILLA

ESTUDIOS AMERICANOS

REVISTA DE SÍNTESIS
E INTERPRETACION

ARTÍCULOS



LXXXIII

VOL. VIII
NÚMERO 37

OCTUBRE
1954

CONSEJO DE REDACCION

Presidente: Vicente Rodríguez Casado. *Vicepresidente:* Antonio Muro Orejón. *Secretario:* José Antonio Calderón Quijano.

Redactor-Jefe: Octavio Gil Munilla. *Secretario de Redacción:* Patricio Peñalver Simó.

Redactores: Mariano Aguilar Navarro, Jesús Arellano Catalán, Cristóbal Bermúdez Camacho, Guillermo Céspedes del Castillo, Manuel F. Clavero, Carlos Corona Baratech, Alfonso de Cossío Corral, Jorge Chmielewski, Raquel Gil Beviá, Ana M.^a Gómez Rubio, José Guerrero Lovillo, Carlos López Núñez, Manuel Luengo Muñoz, Miguel Maticorena Estrada, Francisco Morales Padrón, Francisco L. Otero Nieto, Mariano Peñalver Simó, Guillermo S. Pérez Delgado, Manuel Romero Gómez, M.^a Dolores Vicente Alarcón.



PUBLICACIONES

E. E. H. A.

S E V I L L A

LXXXII

Las noticias, asertos y opiniones contenidas en estos trabajos son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

El proceso cultural del Perú

ARTICULOS

caso etapas



A ruta seguida por esta persona colectiva, cuya realidad espiritual conocemos con el nombre de Peruanidad, no ha discurrido por los caminos que han señalado casi siempre con antoñalizo y extremado propósito polemista o sectario quienes han intervenido en el debate sobre la concepción del alma nacional. Ni indigenistas beligerantes, ni peninsularistas acérrimos, pueden ofrecer una visión exacta de dicha ruta, pues o la encuentran sobre el yermo y frígido tema cordillerano o sobre la arenosa y criolla caleta de abiertas entraderas. No hablemos de los jocosos equilibristas, contentadores por debilidad, que hacen esfuerzos por dejar tranquilos a tirios y troyanos.

Ocurre que independientemente de las opiniones hay una verdad objetiva que, si bien no es absoluta, resulta útil para quien desee observar y estudiar nuestra evolución. Después de todo, aquella verdad nos hace ver con-

Estudios Americanos

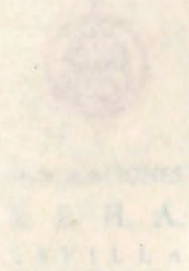
CONSEJO DE REDACCION

Presidente: Vicente Rodríguez Casado. *Vicepresidentes:* Antonio Muro Ovejún, Secretario: José Antonio Calderón Quijano.

Redactor Jefe: Octavio Gil Múzquiz. *Secretario de Redacción:* Pascual Peñalver Siso.

Redactores: Maritón Egido Revuero, Jesús Arellano Catalán, Cristóbal Hernández Casado, Guadalupe Céspedes del Castillo, Manuel F. Cervera, Carlos Gómez Bergreda, Alfonso de Castro Corral, Jorge Campaño, Ángel Gil Beyá, Ana M.^a Gómez Rubin, José María de la Cruz, Carlos López Núñez, Manuel Larrea, Myriam delgado Rodríguez, Estrada, Francisco Morales Peña, María José Sison, Mariano Peñalver Siso, Guadalupe Céspedes, Manuel Romero Gómez, M.^a Dolores Vázquez Gilberg.

ARTICULOS



REVISTA DE
E. H. A.
VILLAS

LXXXII

Los artículos, ensayos y opiniones contenidas en este trabajo son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La Editorial de Estudios Hispánico-Americanos sólo se responsabiliza del aspecto gráfico de sus publicaciones.

El proceso cultural del Perú

Las cuatro etapas



A ruta seguida por esta persona colectiva, cuya realidad espiritual conocemos con el nombre de Peruanidad, no ha discurrido por los campos que han señalado casi siempre con antojadizo y extremado propósito polemista o sectario quienes han intervenido en el debate sobre la concepción del alma nacional. Ni indigenistas beligerantes, ni peninsularistas acérrimos, pueden ofrecer una visión exacta de dicha ruta, pues o la encuentran sobre el yermo y frígido tema cordillerano o sobre la arenosa y criolla caleta de abiertas entraderas. No hablemos de los jocosos equilibristas, contentadores por debilidad, que hacen esfuerzos por dejar tranquilos a tirios y troyanos.

Ocurre que independientemente de las opiniones hay una verdad objetiva que, si bien no es absoluta, resulta útil para quien desee observar y estudiar nuestra evolución. Después de todo, aquella verdad nos hace ver cua-

tro etapas fundamentales en la evolución del Perú: la preincáica o atomística, el imperio, la confluencia y la antinomia.

El atomismo, según denominación belaundiana, fué la época de las subculturas, de la aparición de los ayllus (células sociales), de las confederaciones localistas (collas, chancas, chinchas), de los pequeños teócratas y de los curacas o señores (Cuismancu, Chuquismancu, Chimú). El atomismo, que de acuerdo con la opinión de Julio C. Tello no puede significar aislamiento absoluto entre los diversos conglomerados humanos, nos ofrece junto con sus variadas formas civilizadoras y como su mejor herencia espiritual, una dimensión en el tiempo. Ha dado fondo y lejanía a nuestro pasado; sentido de profundidad y de larga perspectiva histórica. Tan estupendo aporte dimensional debe ser valorado por sobre el asombroso adelanto ceramista, textil, agrícola y arquitectónico alcanzado entonces, y necesariamente por encima del ingenuo y múltiple sistema religioso de los primeros habitantes del Perú.

El imperio es la etapa de la unificación por los quechuas, de la conjunción cultural, de la realización de ideales económicos, sociales, políticos y militares, y de la aparición del Estado. Las huestes del Inca, desgajadas del gran núcleo collatense, realizaron una conquista de tipo constructivo y asimilador, de gran aliento, cumpliendo un providencial destino civilizador, resaltado justamente en los estudios de Herrera, Riva Agüero y Belaúnde entre los nuestros, y Baudin, Means y el propio Toynbee entre los extranjeros, todos los cuales siguen en esto las opiniones de los cronistas españoles como Cieza y Polo de Ondegardo, y la muy importante del gran mestizo Inca Garcilaso de la Vega.

No parecía estar entre el copioso legado del incario la idea de nación. La conciencia que unifica las voluntades precisa generalmente de una larga y paciente coadura,

donde al calor de un común sentido histórico se fusionen los diversos elementos que caracterizan a los núcleos regionales o por lo menos se haga una pluralidad de voluntades. Y bien es cierto que ese proceso sólo mostraba importante antigüedad en el Cuzco y en algunas de las comarcas sometidas al comienzo de la expansión quechua, pero en tan débil grado que resulta preferible hablar de conciencia imperial en la *élite* o bien de simple fidelidad al Inca. En cambio el Imperio reunió todas las características de un Estado; el mismo que sometiendo al accidentado territorio mediante caminos y obras de irrigación, y organizando la vida social y económica de su numerosa población, dentro de un sentido humanitario, distributivo y absolutista, evolucionó de la idea de conquista militar a la de organización imperial. Así legó junto con tan valiosa contribución al desarrollo del Perú (especialmente por su aporte ambiental, dimensión en el espacio), una incuestionable dignidad que animaba la vida jerárquica del incanato, y un impresionante culto a los muertos que incorporaba el pasado y alentaba vagamente la idea de Patria.

La confluencia puso en vital comunidad la herencia del Imperio y la cultura occidental. Independientemente de los circunstanciales e importantes hechos históricos de la conquista española y del virreinato, debemos advertir aquella profunda y única verdad, cual era la honda transformación de la barbarie indígena por los principios hispano-católicos y, por lo tanto, la formación de la peruanidad. El país y el estado existían; la nación y la peruanidad fueron obra de la confluencia. La teoría de la Síntesis Viviente, de Belaúnde, junto con sus muchos méritos, exhibe una característica que conviene recalcar: la vivencia de la síntesis. Esta no ha terminado, es decir, no se trata de una etapa puesta totalmente en la historia como un hecho o una época pasada, sino de una realidad en proceso, continuada, casi permanente, de creación nacional. Donde hubo tribus, ayllus, clanes, cacicazgos, confe-

deraciones, o un estado imperial, la confluencia hispano-americana creó patrias, almas nacionales. Este proceso incomparable en la historia de la humanidad indujo a Bartolomé Herrera a sostener que el Perú no había sido conquistado sino creado por la conquista. Y es que la confluencia fué etapa conceptiva y gestatoria. Así como el incanato evolucionó de la idea de conquista militar a la de organización imperial, la confluencia también evolucionó de la idea de conquista a la de creación nacional. El Perú completó su fisonomía y su propio ser y no sólo fué país y estado, sino nación y persona distinta de todas las otras personas nacionales formadas o por formarse.

La antinomia es consecuencia del sentido viviente de la síntesis peruana, porque el inconcluso desarrollo de ésta ha permitido la contraposición de varios de sus elementos en diversos órdenes. Con la antinomia se puso en marcha el Perú tan larga y maravillosamente formado. Su propio desenvolvimiento y múltiples concausas, colocaron a la nación en el trance de hacerse políticamente autónoma, puesto que culturalmente, como entidad espiritual, como ser, ya lo era casi plenamente, o bien seguir sujeta a la dominación española. Principios de *libertad* y *lealtad* en pugna. El Perú sufrió entonces el movimiento pendular de esta antinomia, conflicto interno, anímico, tremendo, y si bien luchó esforzadamente contra las primeras expediciones emancipadoras, al fin la débil conciencia nacional, (no el alma), acicatada por el ejemplo de naciones hermanas, (hermanas por España), estalló en el ya debilitado organismo con brío y mayor razón que en otros países. A la idea de país-estado recogida del incario, y a la de nación-peruanidad surgida de la confluencia, se unió el sentimiento de Patria, amor y culto a los valores que forman nuestra alma nacional y a los elementos que le sirven de físico y espiritual sustento.

¿Cómo negar alguna de estas realidades? El Perú será lo que nosotros consigamos hacer de él; (esto es faculta-

tivo, opcional y sujeto a diferencia de pareceres), por más que creamos que existe un mandato de la historia y un destino evidente que señalan el camino y el objetivo a todo esfuerzo; pero nadie podrá negar el pasado ni menos cambiarlo. De ahí que ni peninsularistas, ni indigenistas, ni acróbatas del mestizaje paritario podrán mantenerse sinceramente en sus opiniones sin pretender, implícitamente, la desintegración de este milagro histórico-cultural de síntesis jerarquizada que es el Perú.

La antinomia peruana

Hemos dejado anotado que concebimos el Perú como un proceso integratorio y jerarquizado —síntesis viviente lo ha llamado Belaúnde— cuya evolución comprende cuatro etapas fundamentales: el atomismo inicial, el imperio incaico, la confluencia y la antinomia.

Así como la cultura occidental vive actualmente una crisis cuyo origen no puede ser solamente el conjunto de fenómenos sociales recientes, sino la suma de factores mediatos e inmediatos, y hasta muy lejanos, así también es posible señalar que el problema nacional tiene sus raíces no sólo en los acontecimientos de los últimos veinte o cuarenta años, sino principalmente en la vida peruana del siglo pasado y aun en lejanas condiciones de nuestro desarrollo histórico-cultural.

Quiere decir que esta situación actual, en la cual unos buscamos acelerar la síntesis peruana y pretenden otros desintegrar nuestra verdad buscando posiciones extremas, inaceptables, no es cuestión de simple polémica entre Mariátegui y Belaúnde o de comparación entre las ideas de C. Pareja y Basadre, de Uriel García y Riva Agüero. Habría que ir un poco más lejos; remontarse siquiera hasta la lucha ideológica de Herrera con Laso y alcanzar por lo menos el más notorio origen del problema. Resulta indudable que la antinomia, cuya expresión inicial fué la

contraposición de las ideas de *libertad* y *lealtad*, durante la época emancipadora, devino luego con más hondura y raigambre en la polarización ocasionada por liberales y conservadores. El Perú constituye, pues, un país de antinomias geográficas, una nación de antinomias raciales, lingüísticas y costumbristas, y un proceso cultural de vaivén. La antinomia es una larga etapa, plena de actualidad. El Perú sigue sujeto a estos movimientos cenestésicos de acomodación interna de los elementos que integran su realidad social y cultural. Digamos también su realidad política. En efecto, si se medita bien quedará claramente establecido que la antinomia originaria ha quedado sustituida por una pugna entre indigenistas y peninsularistas en materia de interpretación de la peruanidad; entre sierra y costa para diversos y notables aspectos sociales y económicos; y entre los ideales de *libertad* y *orden* desde que San Carlos y Guadalupe abrieron sus fuegos en la polémica educativa que contrapuso, con motivo del apasionante tema de la soberanía popular, dos corrientes filosóficas (católica y liberal), que se desbordaron hacia los periódicos y sobre los hemiciclos parlamentarios.

La antinomia política ha marcado el compás de la vida republicana del Perú. Ha sido como la expresión clara y mejor señalada de aquel otro fenómeno, más hondo, de la peruanidad en trance de terminar su fusión cultural. Basta recordar los principales hechos de nuestra vida independiente para advertir cómo la antinomia ha sacudido al país hasta el presente y es presumible que se prolongue todavía en un tiempo más o menos largo. La Constitución liberal de 1823 y la contradictoria dictadura bolivariana traducida en la Constitución Vitalicia del 26; la Carta liberal del 28 y la respuesta militarista del 29 al 34; la Constitución liberal de este último año y la inmediata dictadura de Salaverry; la Confederación Perú-boliviana y el sucesivo gobierno autoritario de Gamarra con la Constitución conservadora de Huancayo (1839); la

anarquía de 1842 y la implantación del despotismo ilustrado de Vivanco; el movimiento liberal del 54, verdadera guerra civil, y su inevitable evolución hacia el autoritarismo de Castilla; la dictadura de Prado en el 66 y el movimiento revolucionario conservador, al año siguiente, son buena prueba de la antinomia política; la misma que tiene modernas expresiones mediante la pugna del autoritarismo de Sanchez Cerro y Benavides con el Apra, y entre el régimen colaboracionista de Bustamante y la reacción militar del 27 de Octubre de 1948. Es que por encima o por debajo de los acontecimientos más importantes, salvando la trascendencia o intrascendencia de conspiraciones, programas políticos, constituciones, cuartelazos, revoluciones, guerras civiles, períodos de bonanza, de tranquilidad y de zozobra, el Perú ha sido agitado por esta sola y profunda lucha entre los cívicos y los autoritarios, entre los liberales y los dictadores, los amantes de las libertades democráticas y los guardadores del orden público, entre soñadores y ambiciosos, utopistas y realistas, civiles y militares, marxistas y nacionalistas, cualquiera que haya sido el nombre de las agrupaciones o de los caudillos. El hecho de que en varios otros países haya ocurrido un proceso político similar nos privará, cuando más, de ser en esto originales, pero no puede evitar que veamos con exactitud nuestra realidad. Además, creemos que la antinomia peruana es mucho más profunda que en otros países, porque aquí ha impedido que se entronice o perdure un sistema de Gobierno y hasta un sistema de vida, y por eso hemos tenido, en siglo y medio, democracia jacobina, dictadura militar, parlamentarismo, régimen presidencial, directorios, caudillos civiles, gobiernos de emergencia, juntas de notables, confederaciones, restauraciones y apuntalamientos, etc. que ilustran sobre la forma de nuestra antinomia política.

Conviene insistir en que la antinomia peruana no es exclusivamente política. Precisamente alcanza su distinción

por fincarse en una divergencia más honda que el mero hecho político. Siempre habrá que pedir cuentas de la historia política no tanto a los gobernantes mismos, sino a los ideólogos que crean corrientes de opinión, establecen doctrinas y dictan consejos. Y nuestros ideólogos aun no están de acuerdo en definir la peruanidad. Vibramos al conjuro de la sola evocación de la Patria como caían de rodillas, sacudidos de santo temor, los elegidos de Dios para recibir su palabra. Pero en nuestro país los profetas están confundidos; acaso porque no todos han alcanzado la gracia de saber al Perú unido en su fusión cultural progresiva, o porque la pasión mantiene el intenso movimiento pendular. Sin embargo, la peruanidad existe y su antinomia es un hecho. Esta última continuó aún después de que comprendimos cómo para ser leales teníamos antes que ser libres, porque la libertad fué deformada con el jacobinismo y con las doctrinas materialistas, que vestían la túnica demoliberal y el gorro frigio e intentaban, mediante procedimientos secularizadores, la desintegración de la Cultura. Y el problema surgido a raíz de la emancipación caló tanto en la orientación nacional que desde entonces hubo como dos Perús, vale decir dos formas de ver la misma realidad. Mas sabemos que la unidad está en nosotros con plena y milagrosa vivencia de pueblo a quien Dios ha señalado un destino. Y ahora que sí podemos ser leales, porque ya somos libres, debemos salvar la crisis antinómica y alcanzar la definitiva y completa unidad objetiva. Pero no nos cubramos los ojos y miremos la agonía actual.

Crisis y unidad

Ha sido y es recurso fácil y engañoso, deprimente y taimado, pintar a la masa cuadros pavorosos de nuestra realidad, donde la acentuación estudiada de los rasgos oscuros difunde una especie de *luz negra* y penetrando en el alma popular la sobrecoge de espanto y la hunde en el

más cruel desaliento. Los envenenadores, los pesimistas y los que se sienten con el don extrahumano de flagelantes, verdaderos chicotillos del país, se precian de cumplir tan triste destino; pero están profundamente equivocados, como los vacuos pregoneros del optimismo inconsciente, de la supervaloración nacionalista, y del utópico y absurdo concepto de «no hay problema» o bien de «esos problemas carecen de importancia». Procuremos estar lejos de ambos extremos, y no equidistantes sino superantes de ellos.

Al tratar sobre las cuatro etapas en la evolución del Perú, y sobre la última de éstas, la antinomia nacional, tan actual y presente, acaso hemos dejado al lector con una impresión de explicable desconcierto, de duda sobre el futuro del Perú o incluso de amargura. Falta, pues, agregar a lo ya expresado nuestro razonado aliento y nuestra intuitiva y fervorosa esperanza en que esta realidad social, con razón de ser, con causa y con destino, y también con problemas de importancia, se proyecte en el porvenir con el mismo sino providencial que señalara Herrera, salvándose la síntesis, la peruanidad, su genuina posición cultural.

La antinomia, que *es* pese a nuestros mejores deseos, es decir, que existe, no alcanza a corromper aún la idea de peruanidad. La antinomia nacional es simplemente la crisis, la agonía, la lucha actual de la peruanidad (integración jerarquizada de valores), con los postulados, errores y propósitos desintegradores expuestos en numerosas y distintas formas. La antinomia podrá retardar, dificultar la culminación de nuestra síntesis, hasta podrá herir a la peruanidad, pero no podrá matarla. La cohesión nacional con fundamento histórico no desdeñable y con unidad esencial, está basada en principios superiores asumentes; y así como la actual crisis europea, vale decir de Occidente, no puede ni debe terminar con esta cultura hemisférica de proyección universal, así también nuestra crisis, localis-

ta con respecto a aquélla, menos virulenta, pero cierta, menos condensada en el tiempo, pero por lo mismo más peligrosa, no debe alterar el proceso cultural de nuestra Patria.

El caso de la antinomia no sólo es resultado de nuestra evolución nacional, como enfermedad del crecimiento o fiebre de la adolescencia, sino también es reflejo de la honda crisis de la cultura occidental. En realidad, jamás hemos dejado de reaccionar ante los acontecimientos culturales europeos y aunque el Perú tiene una fisonomía espiritual propia, bien es verdad que integra el mundo hispano-católico y por tanto su ecúmen cultural. Las antinomias europeas son nuestras antinomias con diferencias adverbiales de mayor o menor importancia. Indudablemente Europa vive las consecuencias de la secularización de su cultura (Dawson); y su angustiada situación ha planteado un problema universal, porque Europa ha dejado de ser un continente, nombre geográfico, para continuar siendo una cultura, concepto inmaterial. El problema es nuestro como partícipes de esta realidad que nos trasciende; pero el tema de la descristianización, o simplemente el tema religioso, vital en la idea de cultura, reviste en nuestro medio un aspecto diferente que acentúa el problema general. Y puede ser que se trate del asunto más decisivo en la lucha de la peruanidad por la supervivencia unitaria. En efecto, ¿quién es el Perú? Una persona, una persona colectiva, una nación. Como nación, el Perú es una realidad espiritual. Idealmente una nación puede significar comunidad de todos los factores, biológicos, sociales y espirituales. En la realidad, sin embargo, no siempre es así. Nuestro país, pese a la falta de muchas comunidades, tiene una que es definitiva: el alma nacional. Le falta, en cambio, la comunidad biológica, pues teniendo como base el Censo del año de 1940 se calcula que en la actualidad el 40 % de la población total es de raza cobriza; igualmente la comunidad idiomática, ya que el 30 % de la

población ignora el castellano; y también la comunidad económica originada en diferencias geográficas sustanciales, como ocurre con la zona selvática. No obstante estas diferencias, existe la conciencia nacional. Queremos ser peruanos y basta.

Ese querer se afianza en una base cualitativamente perfecta y cuantitativamente incomparable: *el espíritu religioso*. El Perú es nación religiosa y más concretamente católica, apostólica y romana. Conviene meditar, por lo menos con un simple criterio social, sobre la trascendencia de la unidad religiosa y su importancia para una nación como la peruana, sacudida por antinomias. Militantes o no, debemos convenir en que el catolicismo ha contribuido a forjar la peruanidad, en que es el alma de la cultura hispánica, y en que su persecución ha puesto al mundo al borde de un abismo. Cabe anotar que en el Perú el problema espiritual no reviste la misma forma que en el viejo continente. En nuestro país el marxismo, por ejemplo, ha resultado impotente con respecto al espíritu religioso de la población y ha eludido la lucha abierta. En Europa, en cambio, ha tenido mejores resultados, excepto en España y en Portugal, y en importantes sectores de algunas otras naciones. El problema peruano es actualmente distinto, y más amplio, puesto que además del peligro materialista o de las diversas formas del ateísmo, abarca un aspecto nuevo dentro de su realidad: la infiltración de la heterodoxia. La antinomia naciente, la novísima, la presente, la que crece ante nuestros ojos con la impalpable consistencia de un gas mortífero es la antinomia religiosa.

El *homo religiosus* no está sólo frente al *homo technicus*, sino que el católico está frente a los sectarios pseudo-reformistas. El encubridor y peligroso mesianismo de poderosas organizaciones religiosas no católicas está creando ante nuestra impasividad, culpable por cómplice, un problema que no teníamos; uno más y, lo que es peor, que afecta directamente a la unidad nacional. No es que

el Perú necesariamente se haya de pulverizar por obra de la lucha religiosa; no; pero es preciso convenir en que la unidad nacional, (por lo menos este argumento vale para todos), se pone en serio peligro. El tema religioso no puede ser solamente para quienes tienen inquietudes espirituales en el orden individual; tiene que serlo también para todos los demás como miembros de una comunidad nacional. La infiltración sectaria ha tornado el pequeño asunto de las minorías religiosas disidentes en un tema de interés general. Inútil parece intentar en este ensayo una exposición sobre los métodos que los protestantes utilizan para propagar sus doctrinas. Esto ya es conocido por todo el mundo. Pero baste señalar, como pauta dimensional, el hecho de que una sola secta, la de los Adventistas del Séptimo Día, confiesa tener ciento cuarenta escuelas de educación primaria y dos colegios de educación secundaria sólo en el Departamento de Puno, una de las veinticuatro circunscripciones políticas del territorio peruano. Sin embargo, aun no se advierten los efectos de su propaganda, y el peligro pasa inadvertido. No se necesita ser profeta para pronosticar que la gravedad de la antinomia religiosa aparecerá a los ojos somnolientos de los peruanos cuando sea tarde para evitarla. Entonces ya la infiltración habrá echado raíces y estará montado todo el aparato de propagación sectaria. No pretendemos incurrir en el pesimismo censurable a que nos referíamos iniciando este capítulo. Simplemente queremos resaltar una de las antinomias, la más reciente y la más importante.

Es un hecho histórico que la peruanidad nació católica, y tendrá que ser igualmente aceptado que si se pretende eliminar o disminuir ese factor se estará desintegrando o menguando la peruanidad. También habrá que admitir que reforzar y mantener la unidad católica supone el refuerzo y el mantenimiento de la peruanidad auténtica. Parece, pues, evidente que así como es preciso recristianizar la cultura, es necesario y recomendable sal-

var nuestra unidad a través del factor religioso. Ni la sangre, ni la fuerza, ni los intereses bastarán para mantenernos unidos. Será imprescindible recurrir a nuestros valores culturales, es decir, a la fuerza cohesiva del espíritu. Así podremos proclamar, con la altivez de siempre, que *el Perú es una comunidad espiritual*, que ni se mide, ni se pesa, ni se vende.

JULIO VARGAS PRADA

Lima, Mayo de 1954



El 20 de marzo del pasado año 1953, unido por una aguda dolencia que resistió a todos los cuidados, murió a las 6 de la mañana en Río de Janeiro el escritor y novelista brasileño Graciliano Ramos. La crítica nacional le ha erigido un monumento de loor casi universal. Estas alabanzas apuntaban a su personalidad de escritor, a su estilo refinado y de altas calidades literarias, a su potencia creadora en la literatura de imaginación. Las objeciones a su ideología comunista han sido ligeras y escasas, cuando no se han pasado del todo por alto, y se atribuyen a diversos motivos. Desde luego esa ideología, cuando se aplica a su obra, le hace desde un fondo obscuro de experiencias de la vida y descripciones concretas de hechos, en libros de recuerdos personales (e. g. «Memórias do Cárcere») se descarta su pensamiento político, y se trata de esperar, pues es él la causa de bien o no, de la vida o de la muerte; la reacción interior le lanza afuera sus más íntimas preocupaciones, sus protestas, y toda la

Graciliano Ramos: trayectoria y personalidad



EL 20 de marzo del pasado año 1953, minado por una aguda dolencia que resistió a todos los cuidados, moría a las 6 de la mañana en Río de Janeiro el escritor y novelista brasileño Graciliano Ramos. La crítica nacional le ha erigido un monumento de loor casi unánime. Estas alabanzas apuntaban a su personalidad de escritor, a su estilo refinado y de altas calidades literarias, a su potencia creadora en la literatura de imaginación. Las alusiones a su ideología comunista han sido ligeras y evasivas cuando no se han pasado del todo por alto, y esto por diversos motivos. Desde luego esa ideología, cuando aflora a su obra, lo hace desde un fondo oscuro de concepciones de la vida y descripciones concretas de hombres; sólo en libros de recuerdos personales (v. gr. «Memorias do Cárcere») se descara su pensamiento político, como era de esperar, pues es él la causa debida o no, de los dolores relatados; la reacción interior le lanza afuera sus más íntimas preocupaciones, sus protestas, y toda la

problemática ideológica y sentimental que ese hecho de su «prisión por motivos políticos» le plantea.

Mas no nos engañemos; en muchos casos el vitor iba veladamente encaminado a la exaltación del hombre como símbolo de una posición política, y aprovechaba su muerte para llamar la atención sobre una figura que con su fama literaria atraía insensiblemente los ojos hacia una ideología, a la que el elogiado vivió adherido hasta el final. La táctica de utilizar ese resquicio literario para el medro y prestigio político, comunista o comunistoide, no es insólita; la veladura era forzada en un país donde el comunismo, como partido y como propaganda, está fuera de ley.

Aparte y a pesar de intenciones partidarias, Graciliano Ramos fué un excelente escritor de obras de imaginación y memorias personales, tal vez uno de los más poderosos novelistas brasileños; en este sentido el clamor de alabanzas ha sido muy justo.

Un estudio de los valores positivos (y negativos, que no faltan en Graciliano Ramos) requiere más espacio; quiero reducirme a dar una visión conjunta de su obra explicándola a través de la trayectoria de su vida y aplicando ésta a extraer esencias de su personalidad como estilista y como creador.

Hijo de un comerciante con modesta tienda de tejidos, nace el 27 de octubre de 1892 en Quebrangulo (Estado de Alagoas); pasa su infancia en una finca del estado de Pernambuco, permanencia que va a tener un doble reflejo en su vida; porque el recuerdo de estos días de niño será un refugio a la vez literario y espiritual, en años maduros de íntimas complejidades, y los tipos pernambucanos se llenarán de vida entre los rasgos de su pluma reconstructora de memorias infantiles. En Viçosa comienza los estudios; los continúa en el colegio de Maceió; pronto vuelve a Viçosa. Estudios que no se completan, pero en cambio, muy temprano se dedica a leer novelas y

poesías (a menudo, ya mayor, en voz alta durante la noche, según testimonio de amigos y vecinos) y a componer sonetos; detalles muy significativos para dos aspectos de su personalidad literaria: la precoz orientación hacia la literatura imaginativa, y su constante preocupación por la exactitud expresiva, por el rigor de las palabras y de los pensamientos a que necesariamente obliga la estrechez y medida indesbordable de un soneto.

En 1914, llega a Río de Janeiro para abrirse camino; es la plenitud de los deseos; la realidad le resulta dura; sus intentos fraguando momentáneamente sobre el periodismo en la redacción de un Diario, pierden alas; caminos penosos, y al fin, sensación de fracaso definitivo. Esta conciencia de inicial fracasado es otro hecho que ha de marcar también huella en su carácter y en su obra, y puede descubrirnos la raíz verdadera de varios de sus rasgos y actitudes, v. gr., la introversión espiritual (acentuando una tendencia ya temperamental), tal vez la filiación política al comunismo, y en los temas literarios, su gusto por los contenidos de abstracción (recuerdos lejanos y ensueños) y por los relatos no elaborados (memorias de su propia lucha y de su propio fracaso), en contraste con la creación realista en que mundo exterior e imaginación se juntan, si no se equilibran, por uno y otra viven acariciados en el alma del creador; de estas construcciones sobre la realidad, Graciliano Ramos solo se preocupa más tarde y durante un período relativamente breve de su vida; mas de ese período y de esa actitud fusionadora nacen sus mejores obras como novelista; la realidad será siempre para él un mal recuerdo y la huirá cuanto pueda, tránsfuga hacia su mundo interior de recuerdos personales o de mera fantasía onírica.

De Río de Janeiro vuelve a su retiro casi rural de Palmeira dos Índios con un alma de vencido en que los horizontes, los planes literarios y la propia vivencia están sometidos a una forzosa alimentación y hasta aburguesa-

miento. Se casa, vegeta, enviuda. Entra en el funcionalismo político; ejerce varios cargos, llega a alcalde de Palmeira dos Índios y a director de la prensa oficial del Estado en que vive. Parecía que su vida iba a cerrarse definitivamente dentro de este cerco y de este provincialismo, de esta «vida interior», como se dice en el Brasil, donde el «interior» es esa inmensidad territorial más o menos alejada de las grandes capitales; «interior» que por su misma inmensidad, si posibilita las más amplias y múltiples ambiciones, también puede matar los mayores esfuerzos de expresión personal en la voracidad de su infinito.

El augurio fúnebre se rompe inesperadamente; el destino literario, tan ansiosamente buscado y ya casi esfumado como un fantasma inaprensible, se le vuelve de rostro y se le ofrece de lleno. Un contacto personal con un auténtico captador de genios ocultos le presenta a Graciliano Ramos la posibilidad de realizarse como escritor, le descubre su valor personal y le urge y anima a cristalizarlo en obras; el encuentro de Federico Augusto Schmidt con unas cuartillas de Graciliano Ramos, de contenido lo menos literario que cabe imaginar, resuelve el milagro; este encuentro es un verdadero «descubrimiento literario» que lanza a vida pública a un escritor que ya antes de conocerse a sí mismo y darse a conocer, agonizaba obscuramente entre que-haceres de un provincialismo vulgar; un descubrimiento, pero la diferencia aquí está en que el descubrimiento del genio por otro genio benéfico y ya consagrado es un hecho histórico, con la particularidad de ser hasta cierto punto «tardío». Cuando el poeta Schmidt descubre a un escritor en Graciliano, éste cuenta ya 34 años, estaba de vuelta de ideales o ambiciones literarias y parecía haber dado a su vida un rumbo bien distinto; pero su cuño de gran escritor deja la huella allí donde pone la pluma, y de estas huellas, un poeta. Fué así: dos informes oficiales enviados por Graciliano al Gobierno del Estado,

caen en manos del poeta Federico Augusto Schmidt que los lee e intuye inmediatamente entre aquellas páginas al escritor de garra; Schmidt era también editor entonces, y a disposición del informador oficial pone los recursos de su influencia literaria y de sus prensas editoras; es en 1926. Graciliano recobra los ideales desandados; de nuevo se levanta ante su vida la gloria literaria, en realidad él no ha dejado nunca de escribir, de elaborar secretamente una personalidad literaria original; elaboración oculta —de años y sin esperanza— que da a la formación de su estilo una sinceridad, una limpieza de expresión que será una de sus más originales características: la del estilo trabajado en secreto consigo mismo, sin las deformaciones a que se expone todo escritor que comienza con un punto de la pluma sobre sí, sobre la cuartilla, y el otro floreando engañosamente hacia fuera, a «hacer literatura».

Todavía siete años de silencio; solo en 1933 publica su primer libro que es su primera novela: *Caetés*. Tras la singular trayectoria de su vocación con tantos afanes de emergencia a la publicidad, este hecho inicial de su vida pública como literato acontece a los 41 años, edad típica de escritores tardíos; no nos engañemos con todo: Graciliano Ramos no es un escritor de vocación literaria tardía; lo único tardío en él ha sido la oportunidad de sacar a flote una vocación que él sentía y vivía desde niño y nunca dejó de urgirle; y desde niño estaba preparándose y moldeándose el escritor público con años de arrancadas juveniles y con muchos más de secreta y acaso desesperanzada, pero perseverante elaboración; lo veremos rápidamente luego.

Basta analizar un poco su primera obra; *Caetés*, primera novela, nada tiene de primeriza: ni vacilaciones de estilo, ni confusión en los trances, ni imprecisiones de expresión; la seguridad técnica es casi consumada; el autor sabe lo que quiere y lo que lleva a cabo tranquilamente. La limpidez del tema y su construcción, la proposición

de los lances y sus resoluciones, la exactitud y vigor en el manejo del lenguaje, la fluidez de la narración y su claridad, etc. etc. delatan una larga y firme preparación no solo para la pluma sino concretamente para el género novelesco y aún para esta novela. Obra primera de un escritor maduro de años, ella está también madura en casi todos sus elementos técnicos; hasta se advierte la ausencia de preocupación, tanto la del profesional que mira demasiado al público como la del candidato que no logra eliminar la impresión penosa del esfuerzo, del adiestramiento. Si en el orden de valores supraliterarios (sin dejar de ser plenamente literarios) como la ideología y su contenido humano, la obra de Graciliano Ramos no pasa de un lastimoso negativismo, técnica y estilísticamente ya su *Caetés* «acontece» como un hecho espontáneo tras una gestación natural, retardada antes que repentina; un hecho que le pone en trance de lanzarse con una fuerza largamente adquirida para revelarse ante sí mismo y ante el público. No importa que un ojo despierto señale aquí y allá influencias de Eça de Queiroz; la personalidad del autor de *Caetés* está patente, y aún esos rasgos de pluma extraña serán eliminados al año siguiente en su segunda novela. Lo importante en la curva del escritor es que con *Caetés* rompe los marcos regionalistas o provincialistas de su pluma y que el éxito halagüeño de esta primera experiencia lo arroja al ámbito plenamente nacional.

Un año más, 1934, y aparece su segunda novela: *Sao Bernardo*. Entonces es ya director de Instrucción Pública del Estado de Alagoas. Su originalidad está ahí neta, liberada de aproximaciones y de modelos. Para muchos críticos es ésta la más densa, la mejor construída de todas las novelas de Graciliano Ramos. Por su forma literaria representa el momento de la atracción pública: si *Caetés* echa a Graciliano Ramos sobre la atención nacional reclamándola, *Sao Bernardo* vuelve la atención nacional sobre Graciliano Ramos buscándolo y situándolo categórica-

mente. De hecho, a raíz de su segunda novela vuelve él a la capital de la nación.

Es posible que no fueran solo motivos literarios los que a esa altura le llevan a Río de Janeiro; afanes políticos acaso también actúen. Lo cierto es que en 1935 se fragua una intentona comunista armada y sangrienta en Río de Janeiro, y al ser sofocada, no sin efusión de sangre, Graciliano Ramos es encarcelado y en prisión permanece un año en la Ilha Grande. Días amargos, cuya tortura le seguirá en el recuerdo hasta asomar como contenido de la obra póstuma de que hablaremos a su tiempo. (No queremos aventurar nada sobre su actuación en la revuelta comunista, mezcla vergonzante de traición y osadía; tal vez se reduzca la complicidad de Graciliano Ramos a una complicidad teórica en ideas comunistas que él libremente profesaba. No sería justo acusar de fechorías a un hombre que acaso por carácter mismo no era capaz de ellas, pero tampoco creamos a piés juntillas lo que el interesado cuenta en sus *Memorias do Cárcere*. La prensa, a su muerte, no tocó el asunto y aún pareció soslayarlo de propósito, señalando simplemente el hecho de su «prisión por motivos políticos»).

En 1936 publica su tercera y más famosa novela: *Angustia*. No debe extrañarnos que así sea al año de cárcel política, y tampoco explicarlo precisamente atribuyéndola a esa «genialidad carcelaria» de que hay tan gloriosos ejemplos en la historia literaria. *Angustia* parece en la temática una reelaboración o rehacimiento de escritos anteriores que ahora toman cuerpo de obra única con una refundición más alta de contenido y de estilo.

Su cuarta y última novela, *Vidas Secas*, asegura su posición cimera en la novelística contemporánea del Brasil, ya conseguida con *Angustia*. Pero *Vidas Secas* tiene sus peculiaridades; es la única de sus novelas nacida del contacto con el mundo exterior, y a la vez la más cercana a su propia vida. Por eso el giro que, después de esa obra,

toma la pluma del novelista, confunde a primera vista, y solamente una honda penetración en sus estados espirituales puede explicarlo. Con *Vidas Secas* se corta bruscamente la actividad propiamente novelística de Graciliano y se suplanta por una actividad de literato, de profesional de la literatura dedicado a la rebusca de sus fondos íntimos y a su exploración literaria escapando todo lo posible a la realidad exterior. Notemos que ese hecho se cumple cabalmente después de la novela en que esa realidad ha sido más personalmente asimilada como sentimiento y como pensamiento; ¿por qué? La vida de Graciliano Ramos está llena de cansancios y de repugnancias, como secuelas de su temperamento en parte y en parte de sus luchas y fracasos, que imprimen una amargura a su persona y a su obra, que apenas logra desaparecer en los momentos más felices. No pasemos por alto el golpe mortal de aquella reclusa de la fortuna literaria a su primera cita en plena juventud; son heridas que nunca o difícilmente cicatrizan, y a menudo motivan unos complejos que entumescen al alma para la creación, al menos para la creación generosa y fecunda que requiere siempre, de una forma o de otra, contactos con la realidad. En Graciliano Ramos su carácter, sus sufrimientos espirituales y físicos, sus amargas derrotas, su forzada limitación de tantos años a la estrechez provinciana, entumescen su alma de creador; si por unos años se libera de ello, no sin grande esfuerzo, pronto vuelve a invadir su alma la repugnancia a ponerse en roces con el mundo externo; y cuando esa repugnancia domina, la fantasía creadora se paraliza y se pierde; el mundo exterior es el material insustituible para toda creación — más para la novelística — por muy íntima que ésta sea en su gestación o en su contenido. Graciliano Ramos es buena muestra; sin el mundo circundante, la mirada del espíritu creador se tiene que reducir a sí mismo y entregarse a lo que le queda de anteriores exploraciones: el ámbito de la memoria, el mundo del recuerdo. Este proceso psicológico,

universal y fatal, explica, a mi ver, la brusca interrupción del novelista que en pleno éxito nacional y ya con proyección internacional, cambia el rumbo y se convierte en un memorialista, en un escritor de memorias.

De este estado espiritual surgen los recuerdos de años infantiles que cuajan en una narrativa autobiográfica: *Infancia*. Muy alabada por la crítica, es para algunos uno de los mejores libros de memorias escritos en lengua portuguesa. Y de ese estado, que perdura hasta la muerte, también la redacción de sus *Memorias do Cárcere*. En *Infancia* la reviviscencia literaria de los más lejanos y felices instantes de su vida, y en *Memorias do Cárcere* la de las horas más dolorosas y atormentadas física y espiritualmente, he ahí donde ha venido a refugiarse la labor del novelista huido de su propio presente. Las *Memorias* han salido póstumas en cuatro tomos; su éxito editorial ha sido verdaderamente extraordinario a pesar del alto precio. Se han alzado suspicacias sobre alteraciones del texto original de esas *Memorias* con fines políticos, pero un hijo del difunto, Ricardo, también escritor, ha rechazado indignadamente la suposición, explicando las variantes por el mismo sistema del escritor de redactar sus obras en varias fases o correcciones, como luego veremos. El crítico que levantó la sospecha de falsificación, califica a Graciliano Ramos de «pésimo comunista», «tolerado por sus colegas solo gracias al prestigio de su nombre y que probablemente no escaparía del primer expurgo serio». De todas formas, la filiación comunista del autor, nunca negada por él, se ofrece aquí de manera descarada y flagrante, y esto hay que tenerlo en cuenta al valorar su objetividad en contraste con los propósitos efectivos del encarcelado.

Con sus colecciones de cuentos tenemos otro aspecto de Graciliano Ramos; estas colecciones son *Historias Incompletas*, *Insônia* y *Dois Dedos*, tres volúmenes reducibles a uno solo porque en la reedición de cada uno de ellos se fueron incluyendo los cuentos editados en los anteriores. La

temática de estos cuentos es de la misma índole que las novelas: la cárcel y el hospital, el dolor y la injusticia, etc. Sin embargo, varía parcialmente el sentido y la emoción de esos mismos temas en las novelas y en los cuentos: la causticidad de las novelas (en uno de cuyos extremos, el de arranque, está la amargura vital, y en el otro, el de la pluma, fluye el sarcasmo y la ironía mordaz) se suaviza en los cuentos declinando en momentos dados hacia sentimientos muy humanos, concretizados en deliciosas personalidades de niños y en animales; basta recordar a Luciana y a la perrita Baleia, que hay que relacionar con figuras de la novela *Vidas Secas*.

Mencionemos su reciente viaje a Europa: Francia, Italia, Checoslovaquia, Polonia, Rusia, no podía fallar su preferencia por la Europa del área comunista. Esperemos que salgan a luz sus impresiones de viajero; la editorial ha levantado su voz de propaganda como lo hizo enseñada, a partir de la muerte, con las *Memorias do Cárcere*; será un relato de viajes que al fin cabe en la categoría de libro de memorias, género que es el último refugio del alma de Graciliano Ramos.

El 27 de octubre de 1952, con ocasión de su sexagésimo cumpleaños, en la Cámara del Distrito Federal de Río de Janeiro se le tributó un homenaje de admiradores y amigos, al que él ya no pudo asistir pues la enfermedad cruel, que le arrastrara a la muerte pocos meses después, le retenía en casa completamente impedido.

Las obras completas de Graciliano Ramos abarcarán catorce volúmenes en la edición de la «Livraria José Olímpio»: seis, de obras publicadas en vida del autor, de las cuales cuatro son novelas (*Caetés*, *Sao Bernardo*, *Angustia* y *Vidas Secas*), uno de cuentos (*Insônia*) y otro de memorias de niños (*Infância*); cuatro tomos más de escritos póstumos (*Memorias do Cárcere*) han salido ya a luz. Queda todavía un tomo de crónicas; otro de literatura infantil que integrará una «Pequeña Historia da República», que re-

coge cuentos breves y crónicas escritas para la revista «Cultura Política»; finalmente sus relatos o impresiones de viajeros por Europa, sobre todo la Unión Soviética.

Al morir Graciliano Ramos, desempeñaba el cargo de Inspector Federal de Enseñanza Media en Río de Janeiro. Muerto en la fecha indicada arriba, su cadáver fué trasladado de la «Casa de Saúde Sao Victor» (en Botafogo) donde estaba internado, a la Cámara Municipal, y de allí al cementerio de San Juan Bautista, quiera Dios que en espera de una felicidad y una luz mejor que la que en vida le llevó, en ausencia de la fe, a obscuridades y desvaríos.

Hemos ido insinuando rasgos de carácter y cuarteles recónditos del alma del difunto novelista a través de la trayectoria de su vida proyectada en su obra; no estará de más ahondarlos aparte rápidamente.

Graciliano Ramos era temperamentalmente un introvertido, un espíritu sin flexibilidad con lo circundante, un alma esquinada; hay en ello mucho de constitutivo, sin duda, pero también mucho de huellas de la vida. Amigos de infancia y juventud lo describen como asiduo contertulio de familiaridad, mas también ausente de las alboratadas expansiones juveniles; ello supone solo un carácter serio y precoces preocupaciones muy humanas, muy naturales y en él muy temperamentales. Lentamente, esa seriedad se transforma en esquivez partiendo de una niñez marchita por una adolescencia desorbitada a una virilidad que se debate amargamente. Esas luchas de todo orden determinan en su actitud un rictus de cansancio, un gesto de desconfianza y de oscuridad para todo lo que le rodea; la realidad ha sido acerada para él en los instantes más decisivos de su destino, de su persona, y él se acerca con una perdurable mueca angulada ante la realidad, ante lo exterior, ante la humanidad sobre todo. Esta actitud tiene su reflejo natural y su huella permanente en su mismo físico; su dolor anímico, como un estilete, fué grabando, agrandando esas líneas duras que son las características

de su rostro: enjuto, seco, anguloso, con unos ojos tristes y pesados, de mirada absorta y velada por una alertada reserva; ojos abiertos, cuya luz percibimos vuelta hacia sí mismo en un afán de concentración y de evasiva. Graciliano Ramos esquiva sus sentidos al orden exterior; no es recogimiento, sino más bien encogimiento; no embebecimiento espiritual de una secreta luz superior y muy entrañada, sino más bien hurañez de la luz de fuera que le hiere. Y naturalmente también el silencio, la ausencia de la comunicación verbal, la reserva de la palabra; Graciliano Ramos por razón de su misma introversión, de su esquividad, fué un empedernido taciturno. No fué hombre de diálogo.

Lo importante es que estos estados psíquicos pasan del alma del creador a la de sus criaturas, como no podía menos de esperarse; el conjunto de los personajes literarios de Graciliano Ramos no son más que la proyección literaria de sus estados interiores: v. gr. su misantropía (con la tendencia a apoyarse sentimentalmente en los seres irracionales, que tienen en aquella frecuentemente su base y su impulso en busca de una afectividad fuera de los humanos) está proyectada en su personaje Fabiano, del que el novelista dice que no gustaba de los hombres y sólo se daba bien con los animales; de Graciliano cabe decir exactamente lo mismo. La humanidad que él siente más cercana es la que se configura mejor con sus concepciones de la vida, esas concepciones negativas arrancadas de su personal existencia llena de negaciones, abnegaciones y renunciaciones. Es lo más natural que así sea por otra parte. La humanidad más próxima al alma de Graciliano Ramos es la de los miserables, la de los malaventurados, la de los angustiosamente preocupados, porque esa humanidad tiene mucho de parecido con su manera de ser y de vivir la existencia; él mismo se consideraba una víctima, un perseguido de sino maléfico, y era desde luego un torturado interior, un preocupado por agudas inquietudes espirituales.

Corazón bandeado por incertidumbres, por perplejidades constantes, de él le salen esos personajes angustiados y desorientados de los que es un símbolo el título de una de sus novelas, la más celebrada, *Angustia*; de él, ese conjunto de figuras de mirada perennemente vaciadas hacia un mundo privado; figuras solitarias devanándose en un monólogo interior, monólogo que existe casi siempre en Graciliano Ramos y es el hilo de sus enredos novelísticos; figuras de tramas interiores que son el punto de partida y el eje de observación para el desenvolvimiento de los hechos y situaciones del mundo social; de él, esas almas sin asidero ideal, sin arrimo a un sentido de la vida, que se agarran a los restos de su naufragio vital, a su recuerdo, a su pasado, lo único que les queda porque sólo con ellos puede morir; almas como la suya, asida decididamente a su pasado, ya de dulces añoranzas (*Infância*), ya de dolorida experiencia (*Memoria do Cárcere*), ya hacia la real irrealdad onírica (*Insônia*). De su corazón resecaado le brotan esas vidas que se consumen sobre sí mismas en una parálisis espiritual de diversos orígenes, y de las que también puede tomarse como símbolo el título de su última novela, *Vidas Secas*. «Vida Seca», en realidad, es el rótulo que encaja en buena parte de los personajes inventados o recogidos por Graciliano Ramos: siendo esa su última creación novelística, bien puede interpretarse como el límite o la meta a que ha alcanzado la potencia inventora de Graciliano, y también como cristalización de su concepto sobre la vida humana: vida sin sentido superior, sin contenido efectivo, vida condenada a una ineluctable esterilidad. Ante esas criaturas de Graciliano Ramos nos quedamos perplejos: seres acosados de un dolor sin esperanza, de un dolor infecundo, de horizontes cerrados, de aspiraciones muertas, de pensamientos alicortos, si no es que el pensamiento se aprieta en un reducto de incesante rumia interior como una rueda de tortura.

Hasta aquí hay que llegar para comprender las dimen-

siones del pensamiento humano de Graciliano Ramos y valorarlo justamente; para saber a qué se reduce ese sentido suyo humano «tan hondo», como se nos proclama a boca llena. Adepto a una ideología materialista, como la del comunismo, su sentido humano no tiene de hondo sino lo que ahonda en sus miserias, sobre todo en sus miserias espirituales; y no deja de ser bien deshumana, y aún inhumana, esa valoración negativa de lo humano. Se nos quiere calificar como «humano» todo aquello que presenta vivamente las lacras, los bajos fondos del corazón y del pensamiento de los hombres, algo así como en arte se nos decía «realista» toda obra de fealdades, más realista cuanto más deforme (hoy ha variado ya no poco esa interpretación); y no se advierte que todo eso, siendo «muy de los hombres» es «muy poco humano», y que siendo muy explicable, lo es sólo por la capacidad de hombre, de cada hombre, de desviar en sí el sentido de su naturaleza, de su humanidad, el sentido de sus nobles destinos temporales y eternos. Realmente, muchos de esos seres novelados de Graciliano Ramos, esos seres irredimibles de la miseria física o de la tortura moral, en los que se pretende ver más sentido humano, son precisamente los que más carecen de él, porque en ellos, como ruínas de una humanidad irreconstruible, se ha destruído lo que hay de más humano en el hombre, su inalienable capacidad de redención y de superación; porque son detritus de la humanidad en que lo humano ha perdido su sentido: «Vidas Secas», vidas humanas sin jugo, sin sentido de humanidad.

Mírese también desde este ángulo otra actitud característica de Graciliano Ramos como escritor: el sarcasmo, la ironía, la amargura caústica. Esta la tiene él muy arraigada en su misma alma, y le viene de un primordial escepticismo ante la vida, ante los hombres, fruto a su vez de una existencia desgarrada. Sus creaciones tienen mucho de pobres diablos trágicos por cuyas muecas él desahoga su

dolor. Pero la ironía mayor, el sarcasmo más lacerante para ciertos seres humanos, para ciertas situaciones humanas, no está en el color burlesco con que se las pinta, sino en haberlos dotado de forma humana, de alma humana, en haberlos hecho hombres, vaciándolos por dentro de humanidad, de contenido humano, de esperanza y amor; haberlos creado con nombres humanos, con gestos humanos, negándoles humanidad. Desde aquí se verá hasta donde puede calibrarse el sentido humano de ciertos escritores cuya actitud esencial para con el hombre (el hombre real y el que ellos crean) es sarcasmo, causticidad; digo de la ironía despiadada y malhiriente, y no del humorismo propiamente dicho, que es una actitud bien distinta. La ironía no puede crear más que seres demoníacos o muñecos vacíos, «vidas secas»; y ya sabemos cuánta sequedad espiritual hay por ahí cavada en el corazón de los personajes de Graciliano Ramos. Esto, naturalmente, no empece a que determinados trances de su obra y determinados personajes estén dotados de un auténtico sentido humano; pero la atmósfera espiritual más común quizá sea muy otra.

Por esto de la sequedad nos introducimos en el estilo de Graciliano Ramos; es nota común a todos los aspectos de su personalidad, y en el estilo se delata desde el primer instante. El estilo de Graciliano Ramos es un caso bien perfilado de aquel tipo que los preceptistas latinos calificaron como «siccum» en contraposición al estilo «pingüe» o florido. En Graciliano las calidades de esta manera de escribir son de unos quilates que pocas veces ha alcanzado la literatura brasileña.

La perfección formal fué una de sus más angustiosas preocupaciones. Nunca cejó en su esfuerzo por aclararse el pensamiento y plasmarlo con la mayor justeza; no floreció, sino delgadez y elegancia expresivas. Esta búsqueda de la frase precisa, de la palabra más expresiva, explica el sistema de redacción de Graciliano, que era una manera

de obligarse a volver continuamente sobre lo escrito para afinarlo, para adelgazarlo en líneas cada vez más puras; su técnica le forzaba a escribir dos o tres veces los capítulos, y la redacción final era el resultado de este lento proceso de aquilatamiento. El mecanismo de redacción de las *Memorias do Cárcere* lo conocemos por unas declaraciones de su hijo Ricardo: una primera redacción a lápiz, un repaso sobre este primer original lo dejaba listo para pasarlo a tinta, corregido y enmendado, y finalmente este original a tinta se copiaba a máquina con nuevas correcciones, que no siempre eran las definitivas; tres originales con tres medios de escribir escalonados: lápiz, tinta, máquina, representando cada uno un nuevo esfuerzo hacia la depuración final. Nada de improvisación o de espontaneidad; Graciliano era un gran escritor que tenía a la vez el golpe genial del artista y el martilleo paciente del artesano. Sus páginas, cuidadosamente elaboradas, maduras en largos silencios, rehechas a distancia, son de una perfección nítida, porque todo, palabras, giros, ordenación, se conjura para la más adecuada plasmación de la idea; adecuación perfectiva que requiere al mismo tiempo exactitud, expresividad y elegancia. Esta elaboración formal tenía un propósito, la «economía de las palabras» hasta el límite posible sin salirse del reino del arte; es más, hasta el límite en que resultaba un elemento maravilloso para el arte; la economía verbal da a sus pensamientos una expresión ceñida e intensa sin la menor concesión a la musicalidad artificiosa o al abandono del ritmo de mal gusto; pocas palabras, pero seguras, propias, insustituibles. El uso de sinónimos, de repeticiones, las insistencias sobre un mismo pensamiento, es caso raro en él, y siempre con determinados fines estéticos o expresivos, por precisión de claridad, nada por retoricismo.

Con la economía, la selección, Graciliano Ramos posee un rico y variado arsenal de vocablos nobles, tomados de la boca del pueblo y del tesoro clásico de la lengua portu-

guesa que algunos escritores brasileños cuidan tan poco por desgracia. Se apunta certeramente en Graciliano el retorno a lo que podríamos llamar el espíritu lingüístico de Machado de Assís, con todo lo que eso significa para el lenguaje de un gran escritor. Una larga asimilación de elementos, un largo ejercicio técnico a solas o en reducido círculo provinciano, preparan ya de pequeño al futuro escritor: preparación solitaria, porque Graciliano es un autodidacta, pero habilmente orientada por esa innata intuición de toda grande vocación literaria. El nos cuenta de sus lecturas tendidas e interminables y de sus versos de juventud como ejercicios encaminados a superar una deficiente formación de primeras letras, y también como desahogo de una necesidad casi fisiológica de tener que decir algo, hecho que nos revela su primitiva y radical vocación a las letras. Lo de menos entonces era la forma, y el ejercitante tardará muchos años todavía en encontrar su verdadero camino, que no era el de la poesía: «jamás pretendí ser poeta; componía mis sonetos solo para adquirir un poco de ritmo». Pero el adiestramiento fué un factor operante, y sus logros técnicos madurarán después, no precisamente en forma poética, sino en una estupenda prosa literaria.

Con esta previa acumulación de integrantes vivos y operadores en la gestación estilística, en cada obra de Graciliano Ramos todo está previsto, todo está sometido a nobles principios literarios, simples y claros, y nada accesorio o artificial tiene cabida. Fruto de tamaños afanes de depuración literaria es su estilo, tan personal, tan limpio, tan sintético, tan intenso de expresión, tan decantado hasta lo justo, tan elegante y tan sobrio; con un concepto de la arquitectura española, llamaría yo «herreriano» al estilo literario de Graciliano Ramos: líneas puras, pero en una ordenación genial de simplicidad y de nobleza. Piedra de toque para una estimación, sirven más al crítico los cuentos que

las novelas; aquellos, piezas menores ponen al escritor en trance de demostrar mejor sus posibilidades.

En buena parte hay que buscar en su preocupación de estilización expresiva la causa de esos productos, «secos» que son casi todas las obras de Graciliano Ramos; sin duda el complejo proceso de decantación las ha descarnado, frecuentemente hasta las ha chupado no poco de jugo vital. Mas en la esencia hay que convenir en que son hijos de un temperamento artístico formado por un natural adusto y seco aunque de mucha veta, resabiado en su «sequedad» y en los caracteres de la misma por las circunstancias de su vida. Finalmente esa preocupación — y su afán de constante apuración literaria — pudo contribuir parcialmente al hecho de su tardía revelación como escritor y al de su escasa producción. Todos esos angustiados por la perfección formal, si juntan a ello un carácter de indecisiones y agobios psicológicos — como sucede grandemente en Graciliano Ramos — suelen estar siempre insatisfechos de su obra y se dejan poseer de pavores para una publicidad que les corte definitivamente su labor secreta de artesanos.

Concluyo con un pequeño parangón entre el difunto novelista moderno y otro novelista brasileño considerado como acaso el mejor de la literatura nacional del Brasil, Machado de Assís; se ha aludido a él reiteradamente con ocasión de la muerte de Graciliano, y no siempre con acierto. Desde luego hay, a mi juicio, muchos aspectos para enfrentar y equiparar a los dos novelistas: ambos viven bajo la acción oprimente de complejos que siembran su espíritu de vacilaciones, de resistencias ante la realidad, de ansias de eludirla y ahuyentarla; ambos poseen un rico arsenal lingüístico, variado y puro, más característicamente portugués-portugués el de Machado de Assís, más portugués-brasileño el de Graciliano Ramos; ambos son artífices de la expresión literaria en palabras, en giros, en descripciones; en ambos la intuición irónica es frecuentemente la

actitud ante sus criaturas literarias y ante la vida, como ideología y como realidad, que en ellas intentan reflejar; en ambos, el precipitado literario de su temperamento, de sus conceptos sobre la literatura y sobre la vida, de sus preocupaciones técnicas, de ese estilo típicamente «seco», despojado de adornos, de rasgos directos e incisivos, tan aptos para la ironía penetrante como para la descripción desnuda y palpitante de ciertas almas vitalmente anuladas, esas almas «secas» —por inanidad o por limitación espiritual o por un dolor irredento o por egoísmo inconfesable— que son el fondo de muchos personajes de Machado de Assís y de Graciliano Ramos; «vidas secas» que llegan a símbolo es una obra de Graciliano Ramos, y que, en un sentido, están condesadas en la frase final del protagonista de una de las mejores obras de Machado de Assís: «Este último capítulo é todo de negativas. Nao alcancei a celebridade do emplasto, nao fui ministro, nao fui califa, nao conheci o casamento»... y ...«a derradeira negativa deste capítulo de negativas: Nao tive filhos, nao transmiti a nenhuma creatura o legado da nossa miséria». (Memórias póstumas de Braz Cubas»).

GUILLERMO DE LA CRUZ-CORONADO

Universidad del Paraná. Brasil.

Sao Paulo, Febrero 1954.

acudir ante sus creaciones literarias y ante la vida, como ideólogos y como realidades, que en ellas intentan reflejar, en sus obras, el precipitado literario de su tiempo, de sus preocupaciones, sobre la literatura y sobre la vida de sus países. Estas pautas técnicas, de ese estilo típicamente «escuro», después de haberse desdoblado, de rasgos directos concisos, tan apropiados para la ironía penetrante como para la descripción detallada y polifónica de ciertas zonas vitalmente anudadas, pasan a ser «secas» — por ironía o por limitación espiritual — por un dolor creyendo o por egoísmo incontenible — pues son el fondo de muchos personajes de Machado de Assis y de Graciliano Ramos; «vidas secas» que llegan a simbolizar esta obra de Graciliano Ramos, y que en un sentido, están condensadas en la frase final del protagonista de una de las mejores obras de Machado de Assis: «Esta última capitulación a todo de negatividad. No alcanzó a celebridades de esta plaza, no fui ministro, no fui cañista, no concebí otros castigos...» y «... cada vez que me acordaba de este capitán de negatividad, no tuve sino que no transitar a pensamientos creativos o lugares de otras miserias» (Memórias póstumas de Brás Cubas).

Concluimos con un pequeño apéndice un poco oportuno para el lector de este Cuaderno de Estudios Brasileños, como un caso de la literatura nacional de Brasil, más concretamente de São Paulo, febrero 1954. Se trata de la obra de Machado de Assis, «A morte de Capote», y no siempre con acierto. Desde luego hay, a mi juicio, muchos aspectos para enfrentar y equiparar a los de los novelistas, ambos vistos bajo la acción optimista de los complejos que muestran la aspiración de superación de la realidad, la búsqueda de la existencia de la realidad y la búsqueda de la vida en la vida. En ambos autores, ambos a su vez, un rico arsenal lingüístico, variado y puro, más característicamente portugués-portugués el de Machado de Assis, más portugués-brasileño el de Graciliano Ramos; ambos son artífices de la expresión literaria en palabras, en giros, en descripciones; en ambos la intuición irónica es frecuentemente la

NOTAS



El tema de Vespucio será siempre de una especial importancia en lo que concierne a la época de los descubrimientos en el comienzo de la Edad Moderna. No es pues de extrañar que, repudiando la bibliografía más reciente sobre la materia, nos encontremos contribuciones valiosas como la de Cabral de Sousa (1940) y de Pohl (1944), ambiciosas como la de Levilier (1948) o desearas de sistematizar la problemática vespuciana, como la parte destinada a tal objeto en el tomo de *Historia de América* dirigida por Antonio Ballesteros (tomo dedicado a esta experta pluma de Amando Melón y Ruiz de Cordoba) o la breve pero excelente puesta al día de Giuseppe Ca-

... se ha escrito recientemente por el que escribe estas líneas. Por Vicente Yáñez Pinzón fue el primer descubridor de la isla de San Martín y se ha documentado el suceso en un completo libro de las declaraciones que se conservan en el Archivo de Indias de Sevilla, cuando se ha puesto de manifiesto por las inscripciones plásticas, sentadas por los descubrimientos.

NOTES

Problemática vespuciana actual



El tema de Vesputio será siempre de una especial importancia en lo que concierne a la época de los descubrimientos en el comienzo de la Edad Moderna. No es pues de extrañar que, repasando la bibliografía más reciente sobre la materia, nos encontremos contribuciones valiosas como la de Marcondes de Souza (1940) y de Pohl (1944), ambiciosas como las de Levillier (1948) o deseosas de sistematizar la problemática vespuciana como la parte destinada a tal objeto en el tomo de la Historia de América dirigida por Antonio Ballesteros (tomo debido a la experta pluma de Amando Melón y Ruiz de Gordejuela) o la breve pero excelente puesta al día de Giuseppe Caracci (1954).

Cuando se ha escrito recientemente por el que escribe estas líneas que Vicente Yáñez Pinzón fué el primer descubridor de la costa brasileña y se ha documentado el aserto en un completo análisis de las declaraciones que se conservan en el Archivo General de las Indias de Sevilla; cuando se ha puesto de manifiesto que las expediciones pinzónicas, alentadas por los descubrimien-

tos del Almirante, tienen también otro objeto, que no es simplemente el aventurero —como ya había dejado dicho el eximio Carlos Pereira— y cuando llega el momento de confrontar estos resultados con la afirmación taxativa de muchos investigadores según los cuales la indicación que Vespuccio hace en su carta de Sevilla de 18 de julio de 1500 a Lorenzo Pier Francisco de Médicis se refiere al descubrimiento del Amazonas, surge inevitablemente el deseo de explicar estas contrapuestas opiniones.

Sube de punto el interés cuando se comprueba que Roberto Levillier ha dado por aprovechables no sólo las tres cartas florentinas de 1500, 1501 y 1502 sino también el *Mundus Novus* y la llamada *Lettera a Soderini*, que contradicen a aquéllas haciendo caso omiso de las tempranas constataciones de Managhi en 1924, estimadas por Levillier como un mero juego dialéctico. Cuando se recuerda que A. Davies (*Geographical Journal*, CXVIII, 1952, pp. 331-337) vuelve al olvidado viaje de 1497-1498, ejemplo singular —según comenta Caraci— de cómo la fantasía, lo extraño y el error se unen para no concluir nada, la perplejidad es aún mayor. Ejemplos ambos de que no todos han aceptado las básicas aportaciones de Managhi.

El problema de las fuentes, los viajes y hasta la fecha de nacimiento de Vespuccio son objeto de opiniones diversas. Unas por convencimiento, otras por desconocimiento de cuestiones ya investigadas. Incluso en los autores más desapasionados se aprecia aún una nota de orgullo nacionalista, pese a convencidas protestas de imparcialidad.

Parece increíble que resultados llenos de rigor científico hayan sido tachados de sectarismo patrioter. No de otra manera se nos ofrece el juicio de Charles E. Nowell que achaca a Managhi móviles de orgullo italiano al hacer a Américo Vespuccio descubridor de la boca del Amazonas cuando, si se demuestra probadamente la autenticidad de la carta de Sevilla de 18 de julio, no queda otro remedio que asentir con Managhi ya sea español, portugués o anglo-sajón.

El parecer de Nowell, al criticar la obra de Levillier, *América*

la bien llamada, es corroborar su opinión de que Vicente Yáñez es el primer descubridor del Amazonas,

«...wich is the usual historical veredict».

Pero para realizar esta afirmación se necesitan pruebas y no el consentimiento tradicional de ciertos investigadores. También ha sido tradicional —siguiendo a Varnhagen y Vignaud— admitir la autenticidad del *Mundus Novus* y de la *Lettera a Soderini*, mientras que la moderna crítica demuestra que esa autenticidad sólo conviene a las cartas florentinas. En cuyo caso el «usual veredicto histórico» es tan sólo una falta de profundizado examen de la cuestión (1).

Por lo que vamos diciendo, las presentes palabras podrían tomarse como confesión contrita de un lapsus cometido por el propio autor de estas líneas, sobre la primacía del descubrimiento de Yáñez. Cosa cierta, en efecto, pero de tal modo ligada con el problema de conjunto de Vespucio que nos lleva a tratar dicho problema en su totalidad.

El Centenario de Vespucio

Otro ejemplo de disparidad de criterios: la fecha de nacimiento del florentino. Así por ejemplo en la obra de Pulido Rubio sobre *El Piloto Mayor* —excelente estudio de conjunto, único en su género—, se comete la imprecisión de tachar a Vespucio de falaz y admitir como fecha de nacimiento la de 1451.

Vignaud —el autor preferentemente consultado en la problemática vespuciana, ya que la obra de Managhi no ha adquirido toda la difusión deseada—, conserva todavía la vieja fecha del nacimiento de Vespucio, la de 1451. Pero ya en 1898 —indica Caracci—, E. Masini en una nota titulada *La data della nascita di A. Vespucci* (*Rev. Geogr. Ital.* V. 1898, pp. 87-89) había demostrado que el año de su nacimiento fué el de 1454.

Pues bien, la ocasión de este centenario es asunto de gloria

1 Guiado por ese usual veredicto histórico no dimos cabida al descubrimiento de Vespucio en nuestra obra: *Descubrimiento del Marañón*, Sevilla, 1954. Como la obra estaba impresa hace tiempo hemos preferido no alterar el contenido de su primer capítulo.

para todas las naciones descubridoras del Nuevo Mundo. Y por ello si la ciudad natal de Américo ha tomado la iniciativa de honrarle, tampoco España puede permanecer ajena a este recuerdo. De este modo me complace subrayar que no creo que los autores «ibéricos tratemos de reducir al mínimo la gran aportación italiana a la empresa del descubrimiento de América».

En Florencia, el 19 de marzo último, ha dado comienzo el año vespuciano. Fruto de esta conmemoración, que coincide con el séptimo centenario del nacimiento de Marco Polo, es la publicación que tenemos en las manos editada por la dirección de *L'Universo*. Con el título de *Due grandi viaggiatori italiano, Marco Polo, Amerigo Vespucci* ha dado a luz una serie de artículos firmados por especialistas tan competentes como Almagia, Giotto Dainelli y Dino Gribaudi en lo que se refiere al veneciano y las plumas de Giuseppe Caraci y Diletto Nocentini sobre el florentino. De estos dos últimos, la puesta al día de la problemática vespuciana por Caraci destaca especialmente, tanto por la claridad de la exposición como por la rigurosidad científica de las conclusiones.

Pero Caraci, aunque reconozca el decisivo impulso que en la historiografía de Vespuccio ha significado la contribución de Managhi, no quiere sentar cátedra de apasionado y así repite hasta la saciedad que los problemas vespucianos no están todos definitivamente resueltos. Permítasenos reproducir sus palabras:

«La nueva solución dada al enigma de las fuentes, si elimina en gran parte la problemática precedente, abre otra no menos empeñada. Como siempre todo cambio de enfoque muestra una cuestión bajo luces diversas y con impensados reflejos».

La cuestión de las fuentes

La investigación en torno a la figura del florentino ha cambiado completamente de aspecto desde el momento en que el genial Managhi tuvo la intuición de reducir los viajes de Vespuccio a dos tan sólo. El realizado bajo España en 1499-1500 y el de 1501-1502 a las órdenes de Portugal.

Para ello, tanto el *Mundus Novus* como la *Lettera a Soderini* —que

apareció incluida en la *Cosmographiae Introductio*, de M. Waldseemüller, publicada en S. Dié (Lorena) en 1507— son rechazadas como arreglos amañados de los verdaderos viajes y relaciones de Vesputio. Las cartas florentinas publicadas, una por Bandini en 1745, otra por Bartolozzi en 1789 y la última por Bandelli Boni en 1827 —tenidas siempre en cuarentena— son las del verdadero puño y letra del florentino.

El estilo de estos dos grupos de documentos es completamente distinto. Si las dos cartas del primer grupo —la segunda de las cuales afirma los cuatro viajes de Vesputio, como los cuatro colombinos— pudieran dar pie a la argumentación de investigadores como Navarrete y Santarem sobre la falta de competencia náutica de Vesputio, el grupo de las tres cartas florentinas nos ofrece otro Vesputio, experimentado y competente en cuestiones náuticas y feliz pensador. Lo cual se da la mano con aquella alta estimación que en la Corte española se tuvo del florentino, como lo demuestra la expedición de Título de Piloto Mayor por la reina Doña Juana en agosto de 1508, la Real Cédula nombrándole Piloto en Sevilla a 18 de septiembre de 1512, o la citación para que acudiese con Juan Díaz de Solís, Vicente Yáñez Pinzón y Juan de la Cosa a tratar de «descubrir por toda la costa del Brasil adelante». ¿Cómo se podría casar este reconocimiento del saber de Américo con la opinión, desgraciadamente admitida, de su incompetencia?

A espaldas de Managhi, desconociendo su labor sobre las fuentes, fácil es incurrir de nuevo en aberraciones fundamentales. Llegaríamos a las conclusiones de Rambaldi, a utilizar las cinco cartas sin discriminación, para estudiar sus viajes. Llegaríamos a su errónea opinión de que el «segundo viaje» de Américo lo realizó con Diego de Lepe, cosa de la que nosotros no hemos hallado ni el más remoto indicio. Levillier también utiliza las cinco cartas, aunque estudiándolas comparativamente. Pese a apartarse de Managhi el abordar el asunto a través, asimismo, de las representaciones cartográficas, ha supuesto un nuevo enfoque, un distinto ángulo visual que pone de manifiesto cuestiones pasadas en silencio.

El apartamiento de Levillier del camino de Managhi no nos parece suficiente para que Caraci diga de Levillier que «no ha supuesto un pequeño avance, sino más bien un retroceso en los estudios vespucianos». Levillier hace posible una revisión y esto equivale siempre a enfrentarse con nuevos problemas. Levillier podrá ser tachado de dogmático, pero su dogmatismo no lo creemos peligroso, máxime cuando fué el primero en colocarse decididamente en esa línea superadora de la inacabable polémica entre los detractores y defensores de Vespucio... Y en el mejor conocimiento de los viajes del florentino influirá indudablemente el análisis de la cartografía (2).

La cuestión de las fuentes no hay que sobrevalorarla, si bien esté en la base del problema. Entre otras razones, porque no suministra una información exhaustiva al gusto de la moderna crítica. Aunque los datos que por otro conducto puedan llegarnos parezcan contradecir lo atestiguado en ellas.

Y aquí se presenta la dificultad. La cartografía, y más aún el exámen de las declaraciones de los descubridores españoles, parecen enfrentarse con las conclusiones de la carta vespuciana de Sevilla (1500): la primacía de Vespucio o Pinzón en el descubrimiento del Amazonas, cuestión de la que expondremos el modo de entenderla.

Es innecesario advertir que no nos guía el afán de polémicas estériles, sino simplemente ejercitar un poco de justicia, dar a cada cual lo suyo. En sí la cuestión de precedencia en el descubrimiento no tiene gran importancia para nosotros, si no fuera porque en ella hallamos motivos de reflexión, que son, en definitiva, los que han inspirado estas líneas. Creemos, además, que estas «glorias» de primacía en los descubrimientos, de que tan pródigo en su investigación se mostró el siglo liberal, son realmente incomprensibles en el escenario de los albores de la Edad Moderna. ¡Suenan tan distintas las palabras de López de Gómara sobre el

2 Pese a los puntos que pueden discutirse a Levillier y a pesar de no haber leído el folleto de Pedro S. Casal sobre "Américo Vespucio y las costas argentinas y uruguayas" negando el descubrimiento de Vespucio, y atribuyéndoselo a Solís, nos cuesta trabajo aceptar la tesis de Pedro S. Casal.

descubrimiento de las Indias y el orgullo racial de Quevedo cuando nos diga que «Colón pasó los godos el ignorado cerco de esta bola...»! Uno es expresión de universalidad, el otro de resabios localistas. Por ello, los acontecimientos que este año se conmemoran en Florencia los estimamos también nuestros. Florencia, es cierto —como anota Caraci en frase afortunada— «fué la expresión más armoniosa y perfecta del Renacimiento», pero no es menos cierto que la «virtú» renacentista parece haberse recreado en fortalecer, con un maravilloso sentido universal, las almas de los esforzados españoles que dieron su realidad a aquella época admirable en que el hombre salía de la Edad Media. También en Castilla y en Aragón soplabá aquel espíritu renovador que fué el drama diario, vital y creador de la epopeya hispana.

En fin, la aceptación de las cartas florentinas como únicas fuentes auténticas, que en nuestro fuero interno juzgamos hartó demostrado por Managhi, coloca a Vespucio por delante de Vicente Yáñez Pinzón en el descubrimiento del Amazonas. Y sobre esto hemos de contrastar opuestos pareceres.

La actitud española en el problema de Vespucio

Parece, en efecto, que el oscurecimiento de Vespucio por los cronistas españoles ha sido algo interesado. Pero no desde el primer momento. Lo que no acabamos de explicarnos es el silencio que el periodista de los descubrimientos guardó sobre Vespucio en los hechos que dieron lugar al conocimiento de la costa nor-este de Sud-américa. Cómo exaltó la acción de los Pinzones sin admitir copartípe en Vespucio. Cómo Ojeda citaba concretamente al florentino y cómo en las Probanzas del Fiscal (1512-15) se hacía hincapié en que Yáñez y Lepe fueron los primeros descubridores de aquellos litorales.

Después, es cierto, tiene regusto de partidismo la afirmación de López de Gómara:

«Yo creo que navegó mucho; pero también sé que navegaron más Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, yendo a descubrir las Indias; de Cristóbal Colón y de Fernando de Magallanes no hablo, pues todos saben lo mucho que descu-

brieron» (*Historia General de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles. T.º XXII, pp. 211).

Nosotros no dudáramos en achacar a López de Gómara su sectarismo si supiésemos que conocía la expedición de Vespucio de 1501-1502 al servicio de Portugal. Pero estamos seguros que las noveladas relaciones del *Mundus Novus* y los *Quator Viagges* se vieron envueltas justificadamente en el descrédito. Que se había formado un ambiente incierto sobre la realidad de sus viajes y que por esto, con el mismo López de Gómara podría decirse:

«Muchos tachan las navegaciones de Américo o Albérigo Vespucio; como se puede ver en algunos Tolomeos de León de Francia».

¿Es esto exponente de maliciosa interpretación? ¿No es más bien incomprensión de hechos oscuros, efecto de la pugna tolemaica y experimental, de las ideas tradicionales y de las novadoras, ideas novadoras de las que son representantes no sólo Vespucio, sino asimismo los Pinzones?

Comprendemos la posición de Vernhagen al romper lanzas contra las «duras e injustas acusaciones hechas al florentino por los dos mayores estudiosos que España y Portugal tuvieron en este campo: Navarrete (1829) y Santarem (1842). Comprendemos pero no justificamos. Justificaríamos a Varnhagen si hubiera tenido como Managhi pruebas persuasorias. Deseamos que estas reflexiones sobre la cuestión polémica aclaren ciertos juicios.

Puede apreciarse, por todo lo que hasta aquí hemos dicho, el elevado concepto que nos ofrece la síntesis reciente de Giuseppe Caraci, pero desearíamos que este mismo autor hubiese evitado ciertas frases que todavía suenan a polémica, pese a los deseos manifestados. Que Navarrete estuviese dominado claramente —según Caraci— por la prevención y la finalidad nacionalista no es del todo falso, pero debían encontrarse expresiones más indulgentes, evitando, por ejemplo, la acritud de Caraci hacia los Pinzones o cuando comentando a Vignaud se refiere a la mas ecuaníme valoración que hace de Vespucio.

«...frente a la persistente, acre y presuntuosa actitud de los escritores ibéricos, siempre a la caza de nuevos pretendientes que contraponer a nuestro navegante».

Palabras que no están en consonancia con la serenidad del espíritu.

Los motivos del viaje de Vespuccio (1499-1500)

No vemos razón tampoco para escandalizarse de que Vespuccio —también en frase de Caraci— fuese «sotto il comando» de Ojeda, cuando partieron el 18 de Mayo de 1499 a la nueva expedición a la tierra firme.

El motivo de la misma para Ojeda parece ser la continuación de los pasos de Colón, exactamente como manifestaba en 1515, Alonso Pardo, escribano público y vecino de Moguer:

«...que a cabsa quel dicho Almyrante descubrió, los que con el yvan deprendieron del porque hera hombre muy cierto en la mar en el arte de descubrir e que por esta cabsa de aquy se aventuraban otros a descubrir».

¿Dicen estas palabras que el fin de Ojeda fuese «puramente mercantil o aventurero»? En la frase transcrita se habla del arte de descubrir. Por esta razón nos parece excesivo atribuir, como lo ha hecho Caraci, sólo a Vespuccio los puros afanes exploradores. Ciertamente es demasiado atrevido ensalzar tanto a Vespuccio, sin tener en cuenta que sacarlo de su época es comenzar a desfigurarlo de nuevo. También creemos falto de base el atribuirle el mérito de que la expedición bajo Portugal (1501-2) es la primera en toda la historia del Descubrimiento de América que se propone un fin exclusivamente explorador sin ninguna intención de especulación económica. Esta es la parte, que a nuestro juicio, ha de enmendar Caraci en la apreciación del florentino. Su grandeza es suficientemente amplia para que queramos adornarle con una corona más de flores marchitas.

Nos parece más inexacta la opinión de Caraci sobre el segundo viaje, por el hecho de que contrapone esa precisa intención exploradora de Vespuccio «a la de los muchos epígonos ibéricos y el genovés guiados por el afán del lucro o el espíritu de aventu-

ra». Aparte de su regusto a rivalidad entre dos ciudades italianas, creemos sumamente inexacto negar a los descubridores españoles toda concepción geográfica y en la figura del florentino tanta conciencia como inconsciencia se achaca a los navegantes hispánicos. Lo hemos dejado dicho en nuestro artículo *Diego de Lepe, descubridor del Marañón*:

«... y el ejemplo del almirante —que según Pereira no fué el estímulo de Yáñez— o el azar no bastan a explicar las expediciones pinzónicas.

El concepto geográfico sobre las nuevas tierras es decisivo también, junto con los intereses puramente medievales que forman la base de la empresa colombina».

Vespucio es en esto muy parecido a sus coetáneos. Cuando en su primer viaje llega a la costa brasileña ¿no prosigue con dos carabelas hacia el SE. con la esperanza de poder llegar al país de la especiería, rebasando el C. de Cattigara y entrar así en el Sinus Magnus, donde se pensaba que estaría la tierra de las especias? ¿Y no hemos indicado nosotros las idénticas razones que movían en su viaje de 1499 a Vicente Yáñez Pinzón? Vicente Yáñez, que salía de España cuando las naves del florentino habían tocado las playas brasileñas, no podía obrar de acuerdo con él. Todo conduce a suponer que ambos descubridores se movían en un ambiente cultural del que ambos forzosamente habían de participar.

«Vespucio fué el primero que dió noticia del río Amazonas»

Y llegamos con esto a la cuestión que nos ha impulsado a aparecer en la palestra vespuciana con ocasión del centenario de su nacimiento.

No tenemos a la vista, desgraciadamente, el contenido de la carta de Sevilla de 18 o 28 de Julio de 1500. Recordamos de memoria que, en efecto, se hace en ella clara relación al encuentro con la desembocadura de un río de proporciones notables. Y esto basta. Dada la autenticidad de la carta, el problema se plantea, pues, ante la seguridad con que los compañeros de expedición de los Pinzones afirman haber sido los primeros descubridores de

aquel tramo de la costa brasileña. ¿Por qué esta afirmación tajante?

A la luz de las preguntas que en aquella ocasión se hacía a los descubridores en las Probanzas del fiscal, creemos haber encontrado un modo de conciliar las contrapuestas afirmaciones.

En efecto, la pregunta sexta del interrogatorio se expresa en los siguientes términos:

«Si saben que Vicente Yáñez Pinzón y los que con él fueron a descubrir descubrieron hacia la parte de Levante a la Costa que está descubierta, hasta la punta que llaman de Santa Cruz y de San Agustín, de aquí entró en la boca del Río Grande donde hallaron el agua dulce que entra en la mar, que el Almirante *ny otra persona destes reynos* nunca antes descubrieron en aquella costa».

Estando tan próxima la muerte de Américo Vespucio y presente a las declaraciones Juan Vespucio, nos parece acertado, para conciliar el problema que hemos planteado, hacer notar que las palabras de la cláusula en la que se hace referencia a «otra persona destes reynos» han de referirse forzosamente al viaje de Américo relatado en su carta de Sevilla de 18 a 28 de julio.

Nos reafirmamos en esta opinión al sorprender que la pregunta séptima sobre el viaje de Diego de Lepe hace referencia simplemente «al almirante ni otras personas» sin indicación *destos reynos*. Todo ello abre un nuevo camino de investigación; puesto que si, de acuerdo con Caraci, Pohl, Marcondes y Managhi, el itinerario costero de Vespucio se ajustó casi exactamente al de Yáñez y Lepe habrá de procurarse determinar con precisión los verdaderos puntos visitados por Vespucio, contrastándolos con aquéllos que sabemos descubiertos por Yáñez y Lepe.

Valor del descubrimiento de Vicente Yáñez Pinzón

Seguimos pues como exactas las manifestaciones de Caraci cuando comenta a Managhi. Es decir que Vespucio, habiendo penetrado en el estuario del Amazonas el mes de julio-agosto de 1499, precedió en cinco o seis meses a Pinzón —que arribó al ca-

bo de Consolación (o cabo de S. Agustín) el 26 de enero de 1500—, en seis o siete a Lepe (14 de febrero de 1500) y ocho o nueve a Cabral —que el 22 de abril de aquel mismo año tocó en una parte de la costa brasileña (17 grados al sur), territorio que él suponía isla—.

Ahora bien la cartografía nos ha conservado, como para advertirnos la importancia del viaje pinzónico, el testimonio de los descubrimientos pinzónicos y no el de Vesputio. Ahí queda, en el mapa de Juan de la Cosa, *El Macareo*, que fija por primera vez con toda precisión la boca norte del río Amazonas. También, el río Buziabarriles (lugar donde vaciaron los barriles de agua según los testimonios de Yáñez y Lepe), etc.

Por otra parte, la duda de Yáñez, que nos la trasmite Anglería sobre si sería el Amazonas río o brazo de mar coloca muy en su punto el alto valor de nuestro navegante. En un momento en que todavía no se ha perfilado la teoría de la *cuarta pars*, el atisbo genial de encontrarse ante una nueva realidad que contraría las creencias profesadas hasta el momento.

Enaltecer la figura del florentino, ya se ve, no viene en menoscabo de Yáñez. Y que en la España del momento tanto uno como otro gozaban de un singular crédito lo testimonia el orden en que aparecen llamados a consulta en el año de 1508: primero Díaz de Solís —el primero en concertar una capitulación para navegar a «espaldas de Castilla del Oro», antecedente de Magallanes—; después Yáñez, Juan de la Cosa y por último Américo Vesputio.

Estos méritos colocan pues a Yáñez en un lugar preferente, caracterizado por un deseo puramente explorador, propio de quien en uno de los primeros viajes colombinos había demostrado este extremo cuando en la Española se dedicó a herborizar.

Y que el descubrimiento del Amazonas sigue siendo su timbre de gloria, siempre evocado por aquel nombre harto elocuente de Santa María de la Mar Dulce, queda apoyado por el hecho de que su conocimiento de este pedazo de la costa brasileña fué el origen de la popular propaganda de Anglería y su gloria resulta concomitante, por tanto, con la gloria de Vesputio.

Partiendo de esta base, es seguro que los nuevos hallazgos de una sistemática investigación irán ampliando el conocimiento de los primeros viajes menores, su cronología y significado. La serenidad de espíritu que presida estas investigaciones será el mejor homenaje que pueda tributarse a la memoria de un gran navegante, cuya aportación en el descubrimiento del Nuevo Mundo va siendo ya por fortuna universalmente reconocida.

Nuevas metas de la problemática vespuciana

Para apreciar en todo la aportación vespuciana, quedan por investigar unos cuantos puntos que Caraci ha concretado en su reciente artículo y que nosotros no podemos sino transcribir:

1.º Nueva investigación sistemática de archivos para conseguir nuevos datos.

2.º Resolver los problemas concernientes a la preparación teórica y práctica del Navegante sobre la que no sabemos casi nada.

3.º Sus relaciones con los gobiernos de España y Portugal.

4.º La más exacta y minuciosa reconstrucción del itinerario de sus viajes, especialmente del segundo, dada la falta de datos contenidos en las tres cartas florentinas.

5.º La parte que le corresponde en las empresas de la época. Relaciones con la de Juan Díaz de Solís, etc.

6.º Actividad cartográfica.

7.º Todo cuanto pueda ayudar a arrojar luz sobre las falsificaciones florentinas y sobre los eruditos de S. Dié.

8.º Análisis de la cartografía y relación con las expediciones.

No queremos ser demasiado optimistas sobre los progresos que en estos aspectos realizarán las futuras investigaciones, porque los archivos parecen resistirse al hallazgo de nuevo material sobre el asunto. De todos modos, dos puntos precedentes son un guión de trabajo que encauzará los esfuerzos evitando la pérdida de energía y el estancamiento estéril en un punto muerto.

Ladislao Gil Munilla

Instituto Enseñanza M. y P. Haro (Logroño)

de prácticas de esta base, es seguro que los nuevos hallazgos de las ciencias investigadas van ampliando el conocimiento de aparatos más nuevos, se cronología y significados. La seriedad de espíritu que precede estas investigaciones será el mejor homenaje que pueda tributarse a la memoria de un gran investigador cuya aportación en el descubrimiento del Nuevo Mundo va siendo ya por fortuna universalmente reconocida por el sentir de la humanidad. Nuevas metas de la problemática vasca van surgiendo por el camino.

Para apreciar en todo la aportación vasca, quedan por investigar unos cuantos puntos que García ha concretado en su reciente artículo y que nosotros no podemos sino transcribir. Nueva investigación sistemática de archivos para conseguir nuevos datos, sea en el orden de las ciencias o en el de las artes. Resolver los problemas concernientes a la problemática y práctica del Navégaris sobre la que no sabemos casi nada. Sus relaciones con los gobiernos de España y Portugal. La más exacta y minuciosa reconstrucción del itinerario de sus viajes, especialmente del segundo, dada la falta de datos detallados en las tres cartas florentinas de navegar por omnes terras. La parte que le corresponde en las empresas de la época. Relaciones con la de Juan Díaz de Solís, etc. — años de vida.

Actividad cartográfica, análisis de relaciones a seguir.

Tanto cuanto pueda ayudar a seguir las relaciones florentinas y sobre los eruditos de S. Die. —

Análisis de la cartografía y relación con las expediciones. No queremos ser demasiado optimistas sobre los progresos que en estos aspectos realicen las futuras investigaciones, pero los archivos parecen tener el hallazgo de nuevo material de gran importancia. De todos modos, dos puntos precedentes son un punto de partida que encierran los errores evitando la pérdida de tiempo y el estancamiento en un punto muerto de la investigación. La obra de García de la que se ha hablado en esta revista es de gran interés y de gran actualidad.

Pintores del Nuevo Mundo en la XXVII Bial de Venecia



A participación de varios países del Nuevo Continente en la XXVII Bial de Venecia pone de relieve la apretada inquietud que está fermentando en aquellas tierras. Una brillante constelación de artistas ha dado fe de vida —reiterando algo ya sabido— en el más importante certamen artístico del mundo. Y no se ha limitado a dejar mera constancia de su existencia, pues el ánimo atento puede percibir profundas corrientes expresarse con acento tan americano que en ocasiones hace falta situarse en un plano espiritual desacostumbrado e inédito para descifrar —íntegra y luminosa— la clave de su mensaje.

En una hora como la presente, tan intensamente subyugada por arrolladoras corrientes de tipo internacional, acaso pudiera parecernos insuficiente esa expresión despersonalizada del tiempo amargo que nos ha tocado vivir. Tal vez echemos de menos, no sólo la voz individual, inconfundible en su temblor solitario, sino ese húmedo y casi mudo gemido con el que, ciegamente, se van hundiendo las raíces en la tierra viejísima. Esa amorosa y dolorida comunión que sumerge al creador en la profunda espesura de la

entraña materna, que le une con los cálidos hondones a cuya fecundidad debe el ser y el estar, la propia vida y su contorno cariñoso e hiriente a la vez, es lo que da a tantas obras de arte el valor de las cosas que llegan, empapadas de sangre humeante, desde muy lejos.

Esa palpitación tan imperiosamente derramada, podemos sentirla sobre todo en las palabras de aquellos pueblos donde se ha superpuesto, casi sin transición, el cemento a la tierra virgen, la estructura metálica al árbol milenario. La perspectiva histórica, al reducir y simplificar los planos temporales, descubre cuánto hay de inmediato en las remotas savias sepultadas bajo el reciente poderío de las nuevas arquitecturas. Un oscuro y apremiante susurro nos dice que, si se produjera el milagro de cesar por algún tiempo el poder de las riendas humanas, veríamos el imperio ancestral reconquistar hasta los más unidos resquicios, separar con sus cuñas de verdor los altos muros condenados al derrumbamiento. Así sucedió a las culturas desaparecidas, devoradas por esa incontenible marea.

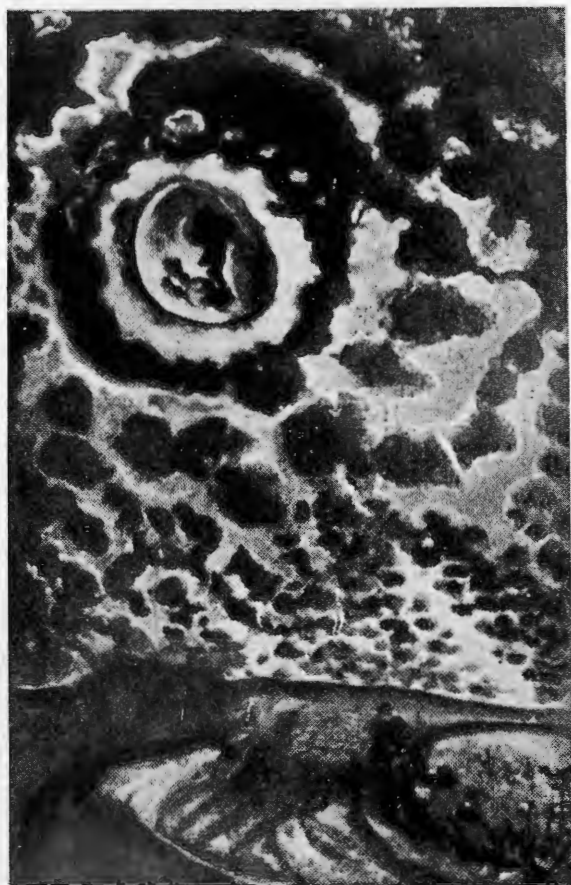
Cuando nos habla el arte de estos pueblos, notamos el mojado empuje del suelo sin fatiga, tan distinto del pasivo sometimiento con que acepta, en otros lugares del ancho mundo, el paso de una nueva locura o un nuevo sueño.

Los artistas brasileños, por ejemplo, siendo los que con mayor generosidad han abierto sus puertas a los estilos desnacionalizados que subyugan el ritmo estético de occidente, dejan brotar un manantial inconfundiblemente suyo en los dibujos de Arnaldo Pedrosso D'Horta, cuya espléndida riqueza imaginativa tiene un eco de frondosidad selvática. Torturado a ratos, Livio Abramo se escapa por la ventana de la abstracción del problema que angustia a nuestras generaciones, como Alfredo Volpi, que alterna un acercamiento a lo infantil con radicales simplificaciones geometrizantes.

Dejando lugar aparte a la maestría de Cândido Portinari, queda la tensión expresionista que hace vibrar las composiciones abstractas de Antonio Bandeira, Fayga Ostrower y Samson Flexor; así como la proximidad al suprematismo en Lygia Clark e



Arturo Martínez. «Pescadores negros»



José Cuneo. «Luna y troperos»



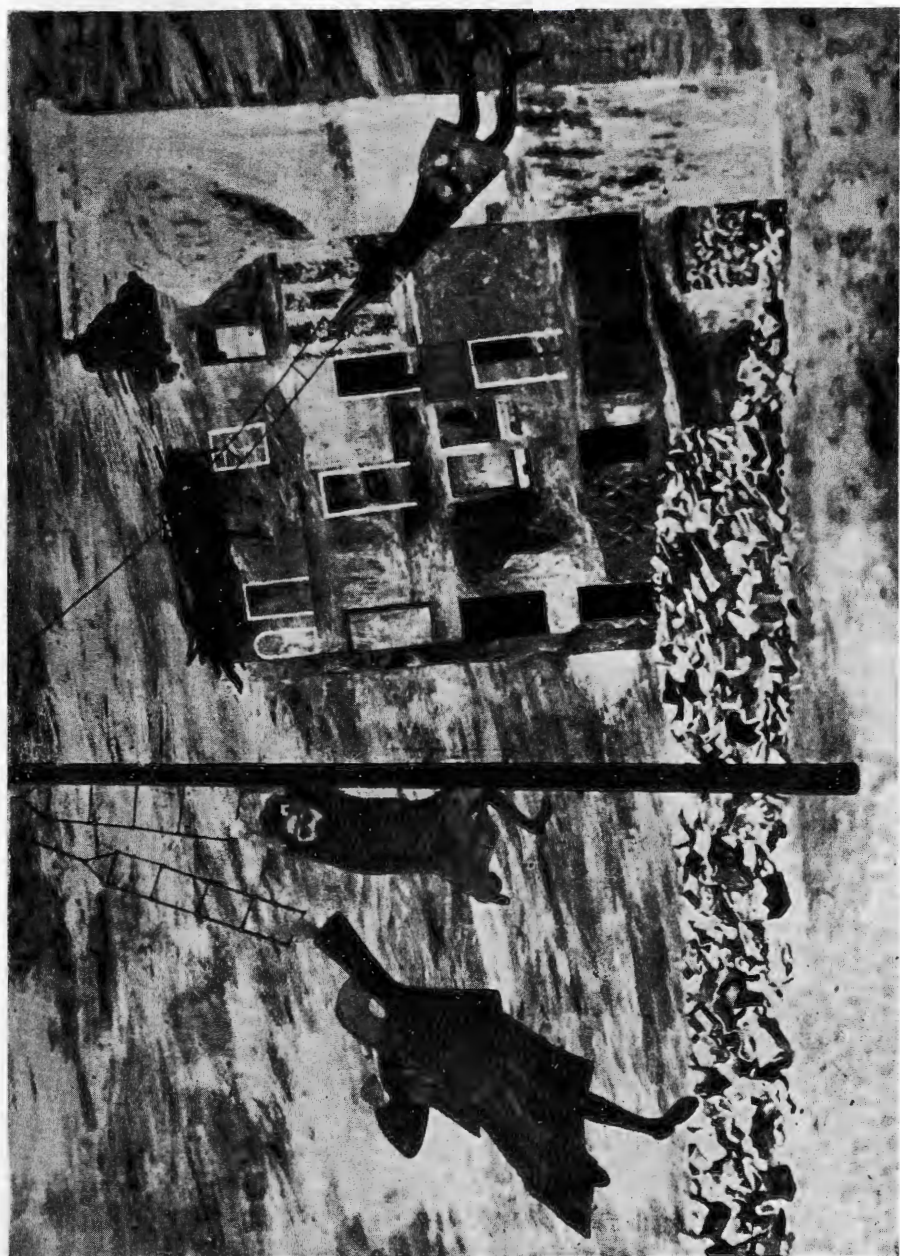
Willem de Kooning. «Pittura»



De Kooning.
«Donnall»



Ben Shahn. «La scala rossa»



Ben Shahn. «La liberazione»

Ivan Serpa Ferreira, y las inspiraciones biológicas de Milton Goldring.

Si exceptuamos a Portinari, Abramo, Pedrosso D'Horta y alguna que otra cosa aislada, se percibe en casi todos los casos un deliberado esfuerzo por cubrir con las páginas ya sabidas del diccionario internacional las deprimidas esencias nativas. Formando un grupo de excelente calidad objetiva, la representación brasileña parece perjudicarse al buscar ese desasimiento.

El uruguayo José Cuneo no sólo se acerca a su tierra, sino que además sale —deslumbrado— a recorrer los caminos machacados por los bueyes y las pesadas ruedas de los carretones. En él, como lo fué para su compatriota Pedro Figari, el cielo alto, levantado y solemne, es un tema primordial. Para Cuneo es, casi, el único personaje. El sol, la luna, las nubes, pasman al artista, que recoge todo esto con un asombro dramático. Los caminos serpenteantes, las montañas encadenadas, tienen una minúscula dimensión bajo el peso y la vehemencia de los grandes espacios apasionados. Vemos en ellos una poesía ruda, profunda, pero también directa, sencilla, persuasiva. En esas rutas, el hombre será siempre un caminante; estará allí, habrá pasado o estará a punto de pasar; pero en cualquier caso, su destino se halla en el polvo del sendero, en su longitud que nunca fatiga la mirada.

Esta es una actitud noble, sincera y honrada para enfrentarse con la naturaleza. El artista se despoja de cualquier ambición intelectualista, se resigna a la ineludible pequeñez de ser sólo un hombre, y un hombre —como todos— solitario. Su emoción se expresará más o menos pobremente, pero si logra ser verdadera quizá consiga arrastrarse, antes de morir, para intentar romper el helado vacío que le cerca. Cuando nos preguntamos qué es el arte, sólo encontramos la respuesta de que se trata de un hermoso esfuerzo, condenado al fracaso, para intentar comunicar algo que nos llega desde ignorados hontanares: acaso la voz antiquísima de la tierra, tal vez un retorcimiento intelectual o el mensaje de nuestro más recóndito e intransferible secreto. Por eso, la pintura de José Cuneo tiene su más noble cualidad en el tinte emocional que la envuelve. Y ello es muy de agradecer cuando se vive en un

mundo que parece empeñado en arrebatar despiadadamente todo lo que es tibio y entrañable.

Los guatemaltecos Arturo Martínez y Dagoberto Vázquez Castañeda persisten en este apego a lo nativo. Martínez conmueve en *Madres* y admira por la graciosa desenvoltura de sus *Pescadores negros*.

Ascendiendo hasta el Canadá, encontramos tres distintas e interesantes personalidades. El más independiente de todos es Paul-Emile Borduas, aunque también aparenta ser el más inquieto e inestable; así, con muy suficiente base objetiva, su hermoso caballo rojo, desde el que saltamos a diversas abstracciones de atinado colorido, destacando una curiosa y sorprendente experiencia para simultanear el objetivismo y la abstracción. Los otros dos —Bertram Charles Binning y Jean Paul Ripolle— forman en el orbe pictórico norteamericano. Es un dato de interés el constatar esta probable expansión de la influencia estadounidense fuera de sus fronteras a través de las producciones de Binning y Ripolle. El primero ofrece un vivo recuerdo del *esquematismo industrial* del siglo XX cultivado por Demuth y Sheeler, aunque en ocasiones descomponga más esa fría y lineal visión objetivista. El segundo exhibe grandes composiciones abstractas al estilo de *Tundra*, la tan divulgada obra de Tobey.

Aquí estamos ante dos productos muy explícitos de la actual sensibilidad americana. Para mi personal entender, el más interesante es ese *esquematismo industrial* que define toda una posición del hombre ante las construcciones indiferentes alzadas por la mecánica moderna. En vez de revelarse contra ellas, el artista busca su belleza por la supresión de todo lo que es accesorio y anecdótico. Acepta su insensible geometría y se acerca a ellas cuando están en reposo y el calor ha huído ya de los engranajes.

Esta es otra forma de ser indigenista. Para el hijo de una civilización mecanizada, el paisaje familiar —y hasta, posiblemente, el único paisaje— está formado por esas estructuras colosales cuyos nervios metálicos sustentan un poderío y una esclavitud del hombre.

Pero entre las chimeneas pululan seres tal vez agobiados por

lo que hay de ajeno a ellos en una sociedad planeada para seguir el ritmo cada vez más veloz de los ciegos mecanismos. Entonces se produce una profunda disociación que crea castas especiales de inadaptados, rebeldes, disconformes y críticos. El artista ve sumarse al problema estético de hallar su propia e intransferible dicción, el agobio insoslayable de situarse como ser social. Algo insólito está sucediendo en torno suyo. Todo se transforma y toma rumbos inesperados. Acaecen horribles cataclismos y se cierne la amenaza de otras catástrofes todavía mayores. La vida se endurece, se recubre de aristas hirientes. Encerrado en este marco, el creador hace su elección en un clima donde es tan difícil mantenerse indiferente como tomar partido.

En la Bienal hemos visto dos pintores norteamericanos para los que el mundo, su contorno vital, no es un paisaje exterior a ellos. Todo les duele, les araña y les hace sangrar. Hablando con su personal lenguaje, ambos esgrimen el arma de la crítica, tan grata a todos los norteamericanos, para presentar el mundo tal como lo ven, con arriscada y valerosa sinceridad.

«No creo que el arte, en general, sea una condición de *comfort*», afirma Willen de Kooning. Nosotros añadiríamos que para él es una condición de tragedia, no sólo en esas inquietantes composiciones abstractas donde reina una tensión despavorida, sino también en esas mujeres que recogen el horror, la deformidad y el asco. Siempre expresionista —tanto en sus abstracciones como en sus descuartizamientos figurativos—, De Kooning se expresa con una franqueza y un dramatismo absolutos. Su pintura duele, pero no engaña.

A Ben Shahn es fácil imaginárselo en cualquier manifestación política, llevando pancartas con inscripciones iracundas y esperanzadas. No es un estricto hombre de partido, pero su arte siempre está en la calle, dispuesto a sumarse al primer tumulto, presto al amor y a la protesta. «Siempre he deseado vivir cuando sucediera algo grande, como la Crucifixión». En estas palabras está todo Ben Shahn, con su activa sed de justicia y su inquieta protesta. Lo único que le importa es la verdad, por muy dura y descarnada que parezca.

El solo hecho de que el Museo de Arte Moderno de Nueva York haya enviado *precisamente* estos dos pintores a la Biental, basta para probar la ausencia de filisteísmo que impera en los medios oficiales del arte norteamericano. Una elocuente lección que algunos no aprenderán jamás.

Aquí termina este somero repaso a los pintores de todas las Américas en la XXVII Biental de Venecia, donde pese a las ausencias que ya habrán advertido nuestros lectores, se puede escuchar con claridad el mensaje de unos pueblos que luchan por aportar una nota pura y personal. Y si no de unos pueblos —que eso, por demasiado extenso, pudiera parecer pedantesco y hueco—, sí a lo menos de unos hombres que aman, admiran o se lamentan sobre la porción de suelo que nutre su sangre y desde la cual contemplan este disperso mundo nuestro.

Vicente Aguilera Cerni

COMENTARIOS



Dos casos paralelos. Entre los hechos más interesantes que se notan en la evolución de los países americanos destaca el de que a una época de inactividad católica está sucediendo ahora otra de preocupación atenta y despierta ante los problemas sociales. No vamos a referirnos a los casos de México, Chile, Colombia, Brasil o Argentina, donde ya existen núcleos de un catolicismo social organizado. Queremos más bien tratar de dos países, cuyas profundas estructuras conservadoras han tenido que soportar el impacto de las tendencias extremistas.

El de Bolivia y el de Guatemala, ambos son, dos casos paralelos del mismo acuciante problema social: los graves conflictos que ha adquirido la cuestión agraria e indígena. Dos economías diferentes, minera la una y agrícola la otra, pero dependientes del extranjero, y un mismo fondo de fútil y anticristiano desequilibrio social. Problema cuya solución —al igual que en otros países, como el Perú— no admite mayor dilación. Ante el general debilitamiento de la tradición cristiana —por una serie de factores históricos que no nos toca explicar— sin posibilidad de poder actualizarse como solución eficiente de ese problema, éste adviene como fenómeno político-social en las bases de la desorientación, inquietud y, a ella se suma la incertidumbre irresoluble de los grupos conservadores, y el no

El solo hecho de que el Museo de Arte Moderno de Nueva York haya enviado precisamente estos dos pintores a la Bienal, basta para probar la ausencia de filisteísmo que impera en los medios oficiales del arte norteamericano. Una elocuente lección que algunos no aprenderán jamás.

Aquí termina este somero repaso a los pintores de todas las Américas en la XXVII Bienal de Venecia. Donde pese a las ausencias que ya habrán advertido nuestros lectores, se puede escuchar con claridad el mensaje de unos pueblos que luchan por aportar una nota pura y personal. Y si no de unos pueblos —que eso, por demasiado extenso, pudiera parecer peifanteo y hueco—, si a lo menos de unos hombres que aman, admiran o se lamentan sobre la porción de suelo que entre su sangre y desde la cual contemplan este disperso mundo nuestro.

Vicente Agustera Cerni

COMENTARIOS



Dos casos paralelos. Entre los hechos más interesantes que se notan en la evolución de los países americanos destaca el de que a una época de inactividad católica está sucediendo ahora otra de preocupación atenta y despierta ante los problemas sociales. No vamos a referirnos a los casos de México, Chile, Colombia, Brasil o Argentina, donde ya existen núcleos de un catolicismo social organizado. Queremos más bien tratar de dos países, cuyas profundas estructuras conservadoras han tenido que soportar el impacto de las tendencias extremistas.

El de Bolivia y el de Guatemala, ambos son dos casos paralelos del mismo acuciante problema social: los graves contornos que ha adquirido la cuestión agraria e indígena. Dos economías diferentes, minera la una y agrícola la otra, pero dependientes del extranjero, y un mismo fondo de injusto y anticristiano desequilibrio social. Problema cuya solución —al igual que en otros países, como el Perú— no admite mayor dilación. Ante el general debilitamiento de la tradición cristiana —por una serie de factores históricos que no nos toca explicar— sin posibilidad de poder actualizarla como solución eficiente de ese problema, éste adviene como fenómeno político-social en las banderas de la desorientación izquierdista. A ello se suma la mezquina insensibilidad de los grupos conservadores, y el no

menos funesto efecto de los partidos o tendencias liberales, como señalaba hace poco, refiriéndose a su país, ese gran prelado que es Monseñor Rossell Arellano, Arzobispo de Guatemala. En tales circunstancias, es comprensible pues, que la eclosión revolucionaria surja como la solución oportuna del problema social.

La de Guatemala ya sabemos fué torpemente desviada hacia un inocultable acercamiento pro-comunista, y cayó con la participación directa de presiones e intervención foráneas. No nos toca pronunciarnos sobre ello; nos interesa destacar la reacción afirmativa de los grupos católicos frente a los núcleos marxistas. La lucha les obligó a revisar sus programas, a organizar sus cuadros, a procurar llevar a la práctica las iniciativas de la doctrina social católica, en suma, a superar la rutina haciéndose presentes en el gran drama que afronta la nación. Sabemos de su falta de recursos, de dirigentes y sacerdotes, de las difíciles condiciones para emprender una recuperación católica que se hacía impostergable. Por otra parte, para ver hasta qué punto los católicos pueden llegar a influir en la orientación de una sana reorganización nacional y recuperar mediante su magisterio doctrinal y moral el puesto que les corresponde en los países católicos, destaquemos la actuación del Arzobispo de Guatemala. El ha sabido indicar en la hora del triunfo las normas más claras y terminantes para ganar una justicia social auténtica y cristiana. «No habéis expulsado a los comunistas de Guatemala —ha recordado en una pastoral de gran repercusión— para regatear los derechos de los trabajadores, ni menos aún para quitarles el derecho natural que tienen a la tierra que trabajan, ni para despojarlos de sus conquistas sociales justas: para derrotar al comunismo falta aún la batalla decisiva, la batalla por la justicia social y distributiva...» Es decir, que ahora el catolicismo no sólo se ha visto fortalecido, sino que además tiene la oportunidad —alejado de toda ingerencia política— de decir su palabra encaminada a resolver los problemas nacionales.

En cuanto a Bolivia, ciertamente, todavía no se ha advertido con justeza el influjo que han podido tener las directrices católicas en su esfuerzo de orientar mejor las reformas emprendidas. Se puede afirmar, sin embargo, que si no fuera por ellas, la revolución boliviana habría adquirido una inclinación sumamente extremista. Por ejemplo, es un hecho que sobre las tesis marxistizantes llegó a prevalecer un tono social cristiano en las discusiones de la reforma agraria. Y ahora en el debate educacional parecerían incorporadas las sugerencias católicas. Igualmente, lo mismo que en Guatemala, y a pesar de la escasez de recursos de toda clase, es digno de señalarse la estupenda floración del movimiento social católico. Así como

también —aunque no tiene ninguna relación con la Iglesia— se destaca la creación del Partido Social Cristiano.

Todo lo cual nos habla de una eficacia verdaderamente sorprendente en un ambiente, de ambos países, que cada vez se iba alejando más de una bien entendida tradición católica. Cuando parecía que todo iba a ser arrastrado por el desconcierto, estos grupos han demostrado que el catolicismo también se hace presente para procurar resolver los complejos problemas sociales americanos. Demuestran asimismo, que ellos constituyen la reserva espiritual más lúcida y alerta ante los desquiciamientos de los errores presentes. Representan un ejemplo irrecusable para quienes ven en el catolicismo una rémora, y un ejemplo para otros rezagados e inactivos. Estamos pues ante un caso concreto e histórico de la recuperación católica, que bien dice de las posibilidades del catolicismo en este próximo medio siglo, tan decisivo para el destino de estos países.—M. M. E.



¿Cesó la recesión? *La evolución de la economía norteamericana durante el presente año, ha constituido una fuente permanente de inquietudes para cuantos, dentro y fuera del país, se interesan o se sienten afectados por dicho desarrollo. Políticos, economistas, sociólogos, dirigentes laborales, toda una extensa gama de personajes de mayor o menor cuantía, han opinado en los meses pasados sobre el problema. Descartando de nuestro comentario aquellas opiniones que por su patente partidismo u oportunismo no merecen ser tenidas en cuenta seriamente, podríamos agrupar las restantes en las correspondientes a tres grandes grupos de comentaristas: 1.º los profetas del desastre, 2.º los eternos optimistas, 3.º los observadores reflexivos que no se aventuran a predicciones tajantes.*

Los primeros anunciaron una catástrofe poco menos que incontrolable, los segundos, o se han negado a ver síntomas de recesión, o no los han considerado dignos de ser estimados como peligrosos, en el tercer grupo, se ha observado una moderada reacción desde la postura expectante, algo preocupada y decidida a poner remedio si la situación empeoraba, hasta el limitado optimismo que parece prevalecer hoy.

Es cierto que algunos factores económicos —aumento del paro, disminución de las producciones metalúrgicas y minera, descenso en las ventas— presentaron un cariz bastante desagradable en el primer semestre y aun hoy no pueden considerarse conjurados, sino más bien aliviados. Otros elementos integrantes del complejo mecanismo económico —construcción de viviendas, inversión de capitales— no sólo no han sufrido descensos, sino grandes y aun espectaculares aumentos en lo que va de año.

Es humano pues, que, ante ingredientes tan varios, unos prefieran utilizar las estadísticas favorables y otros las desfavorables. En líneas generales, el Partido de la Oposición y los dirigentes laborales han solido destacar los síntomas que alimentan el pesimismo. El Partido Republicano ha preferido resaltar los que favorecen un augurio optimista. La contienda política y las próximas elecciones, justifican, hasta cierto, punto estas deliberadas visiones incompletas de un todo mucho menos homogéneo de lo que partidarios y detractores han querido pintar.

La Administración se ha mostrado muy cauta desde el primer momento y sin negar que la situación económica era delicada y que podía llegar a ser grave, se ha negado desde el principio a admitir que la temida recesión fuera inevitable y que no pudiera ser abortada sin acudir a remedios extremos. Hoy el presidente se siente incluso esperanzado y cree que lo peor ha pasado ya, su opinión valiosa, en cuanto proviene de un hombre que no se arriesga a profecías ligeras, parece indicar que los consejeros económicos de Eisenhower creen que la economía norteamericana tiende a recuperar un cauce normal. Esto más bien da la razón a quienes calificaban de transitorio tanto el bache producido por la evolución de una economía de guerra caliente —Corea— a otra de guerra fría —de duración por ahora indefinida— como el reajuste de ventas, preciso para liquidar un enorme volumen de mercancías almacenadas que habían de salir al mercado, antes de que le sustituyeran otras, con la inevitable contracción de compras que este compás de espera suponía.

Quedan en pie, sin embargo, factores negativos que oscurecen estas predicciones. La industria del acero, barómetro económico del país, no ha recuperado su auge, el paro, aun representando un limitado porcentaje de la población obrera, permanece aun prácticamente estacionario, las inversiones de capital en nuevas empresas no alcanzan el volumen previsible en el desarrollo normal de una economía gigantesca como la norteamericana, que necesita de una continua superación, para poder ser considerada sana. No basta conseguir los límites que ya se alcanzaron antes para considerar lograda la victoria, pues el aumento de población hace necesario un correlativo aumento de riquezas, si no se quiere que disminuya la renta media por habitante.

Puede decirse en resumen, que: 1) La recesión anunciada se produjo realmente, 2) esta recesión no ha alcanzado en ningún momento los caracteres de desbordamiento que algunos habían previsto, 3) los síntomas actuales parecen reflejar una mejoría gradual en algunos factores de producción y consumo y en otros al menos, un alto en el proceso de depresión, 4) para el futuro se pronostica un moderado optimismo basado en la confianza de que, de un modo lento pero constante, la economía norteamericana, superada la crisis, comienza de nuevo a desenvolverse por vías más seguras.

Un elemento como el psicológico, económicamente imponderable, pero que tanto puede favorecer o perjudicar la economía de un Estado compuesto de 160 millones de seres, ha actuado esta vez de un modo saludable. La nación, posiblemente alentada por

La falta de nerviosismo de las esperas oficiales, no se ha dejado llevar del pánico y muchas empresas han dado la pauta iniciando enormes operaciones de expansión en el momento mismo en que algunos economistas hacían pronósticos muy pesimistas. Tal vez esta confianza en sí misma haya cooperado mucho a la recuperación que empieza a producirse y que sólo más adelante podrá ser calificada como permanente o transitoria.—M. R. G.



Independencia: Tesis Peruana. La contribución peruana a la independencia nacional y del continente ha sido minimizada por los historiadores extranjeros y poco revisada por los nacionales. Los trabajos de conjunto de Vargas, Lorente, Dávalos, Dellepiani, Bonilla, Valega, con ser tan valiosos, resultan insuficientes. Y la clásica obra de Paz Soldán, concebida en la más puntual rigurosidad y representativa de la tendencia nacionalista, no llegó a una completa valoración del esfuerzo peruano de la época de Abascal y Pezuela, de los guerrilleros y de la revolución de Pumacahua. Así como dejó de lado la de Túpac Amaru, que aunque lejana y ajena a todo separatismo, está en el pórtico del complejo proceso social que concluiría en la Independencia.

La versión española —Torrente, Toreno, Valdez y García Camba— es insuficiente y parcial, toda vez que se basa solamente en las fuentes del bando realista. Por la prescindencia de los archivos peruanos y la interposición de las corrientes bolivariana y sanmartiniana, las versiones grancolombiana y argentina han disminuído notoriamente la presencia peruana. En ellas, ésta no es más que una consecuencia de la presencia de los ejércitos libertadores del sur o del norte. En cierta forma, la obra del chileno Vicuña es esencial, mientras que la de su paisano Bulnes está cargada de una constante enemistad anti-peruana, por haberla escrito después de la guerra del Pacífico. Bien puede decirse, pues, que la historia de la participación peruana en la Independencia está esperando una revisión completa y desapasionada. Por supuesto que posteriormente se han publicado valiosísimos trabajos parciales, por ejemplo el de J. A. de la Puente: «San Martín: Planteamiento Doctrinario», pero su enumeración excedería la extensión del comentario. Mas en general se nota la ausencia de nuevos métodos de trabajo, que incorporen en forma científica el aspecto económico y social, la evolución de las instituciones y el influjo de las ideologías.

De ahí la trascendencia del Primer Congreso Nacional de Historia del

Perú, sobre la Independencia, celebrado en Lima, con la organización del Centro de Estudios Históricos Militares, que preside el ilustre intelectual General D. Felipe de la Barra. Ha contado con la especial participación de los delegados del Instituto Bolivariano de Venezuela y del Sanmartiniano de Buenos Aires. Es imposible dar una reseña de todos los trabajos presentados a las comisiones de Fuentes Históricas, Teoría e Ideario, la lucha por la Independencia, Estudios Biográficos, Organización del Perú Independiente de 1821 a 1826, Factores Geográficos, Iniciativas y realizaciones prácticas, Historia Militar, y aparte un Simposium para Profesores de Enseñanza Media. Por esto vamos solamente a destacar alguna de las conclusiones.

«La Independencia —dice una de éstas— no rompe la continuidad de la vida histórica peruana, siendo al mismo tiempo la consecuencia genuina de un proceso de afirmación nacional, por lo cual el hecho de la intervención de otros países americanos actúa como importante elemento coadyuvante». Lo cual, aprobado oficialmente en un Congreso, que ha reunido a los más calificados estudiosos, tiene la importancia de superar esa periodificación —tan propia de la historiografía decimonónica y de alguna postura indigenista— que fragmenta profundamente lo que es una continuidad cultural y en algunos casos institucional. Por ello, no es raro que la aplicación del derecho hispánico e indiano se prolongue hasta mediados de siglo. Pero lo más importante de esta declaración está en concebir todo este período como un proceso histórico. Idea de proceso que implica necesariamente todos los aspectos de una realidad determinada. Frente a las diversas tesis sobre la Independencia, que insisten en un aspecto y le dan preponderancia sobre los restantes, esta posición de los historiadores peruanos es radicalmente integradora de todos ellos —como se apunta en otra conclusión—, pero con una diferencia fundamental respecto de esas tesis. Que ese proceso histórico encierra en sí más que las virtualidades, las manifestaciones del nacimiento de una nueva nacionalidad. Virtualidades históricas que se actualizarían, consecuentemente, en un cambio del régimen político —luego de su etapa fidelista— y encierran la esperanza o lo «promesa», como dice Jorge Basadre, del destino colectivo de la vida peruana. Nacimiento de una idea latente de patria —tan discutida como poco precisada— que asoma como intuición perceptible en las páginas del Mercurio Peruano (1790). Y se hace patente como motivo de meditación con la generación Carolina. Cuando los «mercuriales» impugnan los «paralogismos» de los sabios de la Ilustración europea, esa idea del Perú se hace problema, objeto de estudio y surge como «toma de conciencia» y definición augural del país.

Por otra parte, con este planteamiento, que equivale a invertir los términos de importancia de este período, en cuanto los bolivarianos y sanmartinianos consideran decisiva y casi única determinante de la independencia peruana la acción militar del sur o del norte, se llega a una valedera interpretación de la independencia condicionada fundamentalmente por un proceso anterior. Porque de lo contrario, esa consecuencia fundamental, que es la sustitución de un sistema político por otro concebido como republicano y democrático, quedaría desarticulada, ajena y en el aire, segregada a su proceso histórico que es su origen legítimo e indiscutible. Lo cual, como se verá, abre nuevas perspectivas para un cuidadoso estudio del punto de vista peruano en la Independencia, y bien nos habla por ello, de la importancia de este Congreso.—M. M. E.



El problema universitario. Los últimos tres meses han sido testigo de una serie de disturbios en el ámbito universitario de algunos países hispanoamericanos. Se pueden pasar por alto las huelgas estudiantiles que tuvieron lugar en Chile o en Méjico, ya que no se trataba en ellas de otra cosa que de conseguir ventajas académicas inmediatas, como el derecho de otorgar títulos, que reclamaba para sí la Universidad Católica de Chile, —aunque tenga esto, según se alegaba por algunos, derivaciones que afectan a la libertad de la enseñanza— o la supresión del severo régimen de asistencia obligatoria a las clases, en Méjico. No se trataba aquí, en definitiva, de atacar a fondo el problema universitario patrio.

Es completamente distinto el caso de Bolivia y de Colombia.

En el primero de estos países, la revolución estudiantil depuso a las autoridades docentes de la Universidad de San Andrés —Rector, decanos y Consejo Universitario— e instauró en un «cabildo», abierto incluso a obreros y personas ajenas a la Universidad, un Consejo Revolucionario, que se transformó en seguida en el Consejo Universitario Provisorio, integrado por profesores y alumnos, y que desde entonces rige el «Alma Mater» pacense. El Presidente Paz Estenssero, basándose en el art. 162 de la constitución del país, declaró que no intervendría en el conflicto. Este «visto bueno» táctico del gobierno indujo a otra Universidad, la de Sucre (Cbuquisaca), a seguir el ejemplo de sus compañeros de La Paz, extendiéndose el movimiento de «golpes de Estado» universitarios también por otras ciudades bolivianas.

Mucho más elocuente es el dramatismo de los hechos en Colombia. El estudiante bogotano viene conmemorando, desde el año 1929, la trágica muerte de un estudiante,

accedida durante una protesta pública de aquel año. La manifestación de bogaño acarreo la muerte de once estudiantes más, víctimas de la inexplicable violencia policiaca y militar, cuya presencia, en el recinto universitario, había sido solicitada por las autoridades académicas. La prensa de todos los colores políticos condenó enfáticamente el asesinato. El Presidente, Rojas Pinilla, ordenó tres días de duelo nacional y entregó la investigación de los hechos a la jurisdicción militar, abogándose, sin embargo, sus resultados en el papeleo de declaraciones contradictorias. Con el fin de descargar la atmósfera, fueron destituidas las autoridades universitarias, cuya culpabilidad estaba fuera de dudas, nombrándose sucesivamente, en un breve espacio de tiempo, dos rectores interinos, coronel del ejército, el segundo, pero ésto no hizo más que agravar la situación. El nombramiento definitivo para la Rectoría de la Universidad Nacional de Colombia de Jorge Vergara Delgado, ex-Rector de la Universidad del Valle, que fué recibida por los estudiantes con beneplácito unánime, promete haber resuelto lo más inmediato del conflicto. Sin embargo, las declaraciones de la Federación de los Estudiantes Colombianos (FEC) y de la paralela a ella, Asociación Femenina Estudiantil (AFE), constituidas a raíz de los sangrientos acontecimientos, hacen entrever que la generación joven, «la generación del medio siglo», como ellos mismos se bautizaron, no está dispuesta a recibir, sin más, la reforma de la Universidad desde arriba, de una generación «insensibilizada por la edad, desviada por la política hacia terrenos del interés personal o grupista...»

La revolución universitaria en Bolivia y la manifiesta crisis por la que atraviesa la Universidad colombiana señalan, a nuestro juicio, la culminación de la llamada «Reforma Universitaria» americana que, políticamente influida en buena parte por las tendencias izquierdizantes (Palacios Ingenieros, en Argentina, Haya de la Torre, en Perú, etc.) preconiza como puntos principales de su ideario la autonomía universitaria, el sentido social de la Universidad y la participación de los estudiantes en su gobierno.

Lícitos o ilícitos, estos hechos denuncian la gravedad de la crisis institucional de la Universidad en los dos países, rutinaria y anquilosada e invitan a decir, con Abel Naranjo Villegas, el ex-Rector interino de la Universidad Nacional colombiana, teniendo a la vista la realidad hispanoamericana actual, que «el problema inmediato de la Universidad está en restablecer el profundo sentido cristiano de la cultura y de la vida por medio de la incorporación a las funciones universitarias de elementos que no lleven consignas de partidos, sino de la única política digna de la Universidad, que es la del espíritu». — J. Ch.



Crisis ibañista. La nación chilena atraviesa en estos últimos tiempos una grave crisis que ha hecho que la enorme popularidad del General Ibáñez, elegido en 1952, haya decrecido bastante como lo prueba el hecho de que, en las elecciones de marzo de 1953, se mantuviera en el Senado una fuerte mayoría anti-ibañista.

El desconcierto en el país es grande; se prodigan las crisis ministeriales y las huelgas, especialmente la de los obreros de las minas de cobre. La nacionalización de este mineral fué una de las promesas del General Ibáñez al subir al poder, que ha quedado incumplida, y ante la negativa gubernamental de vender el mineral a un precio algo superior al fijado en los mercados mundiales, juntamente con el proyecto, no llevado a cabo, de vender cobre a Rusia, derogando la ley que prohíbe el comercio con los países comunistas, ha tenido como consecuencia el almacenamiento de grandes cantidades de este mineral, lo que ha traído consigo una gran baja en los precios.

Como resultado de la petición de mejoras de sueldos de los obreros de las minas «El Terminante», se han declarado últimamente en huelga 6.500 obreros, a los que se solidarizaron igual cantidad de mineros de Chuquicamata. Ante la gravedad de la situación, y para acabar con la tensión social existente en toda la nación, se tomaron por el Gobierno varias medidas, tales como militarizar a los mineros y la detención de los dirigentes sindicales.

Si esto es en el orden gremial, no son menos complejas las cuestiones ministeriales y de los partidos. El Presidente, ante la situación actual, sostuvo unas entrevistas con el dirigente de la oposición, Eduardo Frei, en las que se acordó organizar un gabinete de orientación nacional técnico e independiente, lo que fué bien acogido por un gran sector de opinión. Efectivamente, poco después se produjo la crisis ministerial; en el nuevo Gobierno, Frei figura como ministro de Hacienda y de Minas.

Por otra parte, en el último mensaje presidencial, leído en la inauguración del Congreso Nacional, el Presidente advierte explícitamente el fracaso de su política, atribuyéndolo a diversos factores extraños, entre los que se encuentran: el revivir del parlamentarismo, el abuso del poder contralor, la dispersión partidista y el alzamiento gremial. De estos factores, creemos que los que revisten más gravedad son la dispersión partidista y el alzamiento gremial, ya que son los dos elementos más adecuados para hacer fracasar la tendencia de un régimen político. Para llevar a cabo el

reajuste en la política chilena que se pretende, hay que llegar primero al esclarecimiento y consolidación de las posiciones políticas, haciendo además que las fuerzas gremiales adquieran, en formas jurídicas nuevas, las condiciones necesarias para integrar eficazmente los organismos económicos y sociales del Estado.

Desde hace algún tiempo existe en Chile una grave crisis en las relaciones entre el Gobierno, el Congreso Nacional y los partidos políticos. En una enérgica declaración conjunta, los partidos políticos chilenos han formulado su protesta ante la campaña de desprestigio contra el Congreso Nacional, los partidos políticos y las instituciones republicanas, sostenida por los diarios y publicaciones que costea el propio gobierno. Al hablar de los partidos políticos chilenos hay que destacar que en este país el partido comunista carece de estatutos jurídicos, que le fueron negados por la llamada Ley de Defensa de la Democracia. Aunque Ibáñez al exponer su plan de gobierno, prometió derogar dicha Ley, ello no pasó de ser otra promesa incumplida.

Ante la gravedad de la situación causada por las huelgas de los mineros de cobre y las crisis ministeriales, el Presidente Ibáñez ha pedido al Senado facultades extraordinarias. Al decidir el Senado que esta petición sea considerada como de simple urgencia, se la considera virtualmente rechazada. En efecto, el Congreso dispone así de un mes para tramitar la petición y se supone que al cabo de ese tiempo no necesitará el Gobierno de tales poderes especiales.—C. B. C.



Inflación en Colombia. Todos los colombianos coinciden en juzgar la situación económica de altamente favorable para el país. Los datos de los informes oficiales confirman y justifican esta opinión. Los préstamos a particulares, efectuados por los Bancos comerciales, aumentaron desde mayo de 1953 hasta mayo de 1954 en 147,5 millones, los realizados por organismos oficiales, en el mismo lapso, aumentaron a su vez en 114 millones de pesos. La emisión de billetes llegaba a 684 millones, los medios de pago en circulación alcanzaron la cifra de 1.615,6 millones de pesos frente a 1.334,5 millones el 30 de junio de 1953. Y, ante todo, en la balanza de pagos, en lugar del crónico déficit, se espera conseguir, a finales del año en curso, un superávit de 150 millones de dólares. La situación monetaria, actualmente tan próspera, es consecuencia

inmediata del alza en el precio del café en los Estados Unidos y del mayor volumen de exportaciones: 6.838.500 sacos de café durante el último año cafetero.

Pero esta cantidad de millones de dólares y de pesos, que hasta ahora los colombianos nunca habían presenciado, tiene alarmados a los dirigentes de la política económica nacional. No es para menos, si se tiene en cuenta la otra cara de la medalla: el hecho de que los índices de producción industrial, agrícola, pecuaria, etc., no se han elevado en la misma proporción, presentándose por tanto un crecimiento descomunal de los precios y la consiguiente carestía de vida.

De la inflación que pueda sufrir o está sufriendo Colombia, se habla en la prensa desde hace varios meses. Pero en cuanto a las medidas encaminadas a cortar la espiral inflacionaria se ofrecen, entre los economistas, tantas fórmulas como intereses creados existen en la vida económica colombiana. El gobierno, según había manifestado su Ministro de Hacienda, está dispuesto «a velar porque esa abundancia, esa prosperidad no se torne en una pesada carga para los desposeídos que viven de un escaso salario fijo». Pero la política económica que sigue el régimen, afirmaba recientemente «El Tiempo» es la menos apropiada para atraerle prestigio y simpatías. También «El Diario de Colombia» había manifestado su disconformidad con la política del gobierno. Por lo general, se insiste en la necesidad de sanear el peso colombiano modificando el tipo de cambio. Sin embargo, esta opinión no se comparte en el campo oficial. En las notas editoriales de la «Revista del Banco de la República» declaró su gerente, Luis Angel Arango, que las medidas del gobierno están orientadas a «detener presiones inflacionarias —cuya realidad es manifiesta— por vías distintas de la conocida y respetable fórmula sobre modificación del régimen cambiario».

La segunda preocupación —y aquí las opiniones de los colombianos son ya completamente dispares— es el destino que se debe dar a la abundante entrada de dólares: ¿importar bienes de consumo o bienes de capital?

Para tratar de estas cuestiones, convocó el Ministro de Hacienda, Carlos Villaveces, una junta paritaria de expertos económicos liberales y conservadores y, posteriormente, entró a formar parte de ella el Dr. Antonio García, líder del Partido Socialista Colombiano. Según se desprende de la reciente discusión en la Asamblea Nacional, servirán estas conferencias de base para la creación de un Consejo Económico Nacional, pues se considera que sus resultados han sido satisfactorios y su necesidad ha quedado comprobada.

Entre las medidas que se dictaron para combatir las corrientes inflacionarias figuran éstas: elevar el precio de reintegro del café y el impuesto a la exportación cafetera, aumentar considerablemente (a 78 %) el depósito oficial bancario —«encaje» lo llaman los economistas hispanoamericanos—. y, finalmente, emitir un bono representativo en dólares, que dará las divisas necesarias para realizar la importación en grande escala de maquinaria agrícola para distribuirla entre los campesinos a precio del coste

y a pagar en diez años. Su finalidad es fomentar la agricultura y elevar el nivel de vida de los campesinos.

Esta última medida es, a nuestro juicio, la de más trascendencia. El notable economista H. W. Singer señalaba (Ciencias Sociales, OEA, n.º 27) entre los obstáculos para el desarrollo económico de los países atrasados —y Colombia desgraciadamente también lo es— «el rechazo de los cambios sociales y de las reformas institucionales que son requisitos de ellos para el cambio de las técnicas de abastecimiento». Si se tiene en cuenta que el 70 % de la población colombiana es agricultora, toda medida encaminada a mejorar su técnica productiva y su posición social promete influir favorablemente sobre el conjunto de la economía nacional colombiana.—J. Cb.



La Acción Católica Mejicana. Uno de los temas más apasionantes de la cultura americana de este medio siglo, es la plena y vigorosa recuperación del catolicismo mejicano. Y por ser éste una especie de cifra y medida del hispanoamericano queremos hacer una breve precisión que bien puede tener carácter general. Casualmente al cumplirse el XXV aniversario fundacional de la Acción Católica, que aparece por ahora como la vanguardia más prometedora de la nación, y por ello, brinda la oportunidad de un juicio de conjunto sobre la situación religiosa.

Acerca del sentido afirmativo de esta situación, hicimos un balance o recuento con ocasión del Congreso Nacional de Cultura Católica, (ESTUDIOS AMERICANOS, n.º 19). Allí señalábamos cómo el fervoroso entusiasmo y la pujanza juvenil dan la tónica general a este renacer espiritual. Pujanza que se manifiesta sobre todo en el volumen extraordinario y la organización de la A. C. M., creada hace veinticinco años en medio de las más azarosas y heroicas circunstancias. Han pasado los años y cuenta ahora con cientos de miles de afiliados y hasta puede asegurarse que no hay diócesis o parroquia donde no se note su presencia. Sus asambleas y congresos reflejan una obra extraordinaria y se presentan trabajos y ponencias capaces de satisfacer al más exigente, se aplauden conferencias magistrales, publicaciones, folletos, boletines, se repiten encuestas, se organizan peregrinaciones, se agrupa a los campesinos, obreros y universitarios. Hay relaciones con el extranjero y, sus dirigentes concurren a reuniones internacionales y demuestran gran capacidad.

Sin embargo, yendo al fondo del problema religioso, en cuanto es la

misión esencial de todas las asociaciones de la Iglesia, la elevación del nivel de la vida espiritual y su florecimiento en formas de apostolado —vida en el Cuerpo Místico— este aniversario se presta a una reflexión mayor. ¿Hasta qué punto coinciden estos éxitos de organización con los provechos espirituales y apostólicos?, se preguntan los dirigentes acemistas. La respuesta nos la dará precisamente el Asistente Eclesiástico Nacional de la A. C. M., Pbro. D. Ismael Villalba, y por esto, el testimonio adquiere una importancia excepcional y merece la mayor atención. «Se nota con tristeza —dice— que esa institución que cuenta con cientos de millares de socios no da los frutos o los da raquíuticos que no cuentan casi nada ante la opulencia del follaje de la Higuera». ¿Por qué —pregunta— este contrasentido si la A. C. M. tiene entre sus filas hombres y mujeres de gran capacidad intelectual, oradores de primerísima fuerza, maestros de la técnica y de la táctica que deben aplicarse a la organización de un ejército de apóstoles? ¿Por qué la Jerarquía no ha encontrado esos brazos en la A. C. M. con los que esperaba maniobrar en la tarea de la recristianización de las almas? ¿Veinticinco años no han bastado para darle vida y crear verdaderas obras de apostolado espiritual?

Estamos, pues, ante un hecho de sumo interés, que nos puede dar la medida o el tono de la espiritualidad de las agrupaciones católicas, inclusive, como hemos indicado, de muchos países americanos. Del análisis de las actividades de la A. C. M. se desprende la causa de este estado de cosas y las formas de superarlas. «La A. C. M., dice D. Ismael Villalba, se ha ocupado más de lo exterior que de lo interior, más de lo accidental que de lo esencial: y lo esencial y vital es el espíritu sobrenatural que debe animarla». Y agrega, «no pretendo decir que sus miembros no vivan en gracia, pero aun admitiendo que llevan vida cristiana, es una vida introvertida, una santidad egoísta en la que no aparece la opulencia del celo y caridad apostólicos». Así planteada la cuestión, el camino para superarla hay que buscarlo en esa fórmula que el Santo Pío X recomendaba: «Oración y vida interior, que después vendrá la acción fecunda». Fórmula que nos descubre esa antinomia de la vida cristiana señalada en más de una ocasión: el activismo que hace perder el sentido de lo eterno; o la contemplación desprendida de las obras de un catolicismo militante y social. Y el remedio está, como lo indican las citadas, palabras en una equilibrada correspondencia, que fundamentalmente implica la preocupación sobrenatural.—M. E.



La carretera Panamericana. Se ha dicho que la relación directa entre los caminos y la prosperidad es invariable. Un buen sistema de comunicaciones terrestres puede afectar de una manera decisiva las condiciones económicas y sociales de un país. En ocasiones, el trazado de una carretera origina un desplazamiento de población a suelos más apropiados, cercanos a la nueva ruta nacida, que redundan en provecho de la tierra y del propio individuo. Otras, es el camino el que avanza a la conquista de lugares de tradicional aislamiento, penetra en comarcas encerradas, las revitaliza y las hace integrarse en la vida activa de una nación. Como consecuencia, al facilitar la comunicación entre zonas de producción y consumo, antes sin posible contacto, se ejerce un efecto expansivo en el desarrollo económico de cualquier estado.

No es extraño, pues, el interés que los países americanos han puesto en los sucesivos congresos de carreteras celebrados, interés renovado ultimamente en la asamblea celebrada del 11 al 23 de julio en la ciudad de Caracas. El objetivo básico perseguido por las naciones congresistas es «la integración de todas las comunicaciones terrestres en los países de este hemisferio en escala regional, nacional e internacional». Y, en especial, se pretende alcanzar la plena realidad de un proyecto acariciado hace largos años: una carretera que ha de unir a las tres Américas, prolongable a los países antillanos. Nada mejor para alcanzar la comprensión y la defensa mutua de los países del continente americano. Un verdadero agente de panamericanismo a través de la cordillera andina. Porque, efectivamente, esta ruta interamericana es una empresa común a todo el pueblo americano y que ha de ser resuelta por una estrecha colaboración interamericana.

Inconvenientes múltiples van surgiendo a medida que la ruta avanza. Mas lo intrincado de una ruta montañosa o el financiamiento de un tramo, no deben ser obstáculos para su realización. Y éstos parecen ser los problemas más acuciantes presentados al citado Congreso. La impenetrable y pantanosa selva del Darién, en la frontera de Panamá y Colombia, ha sido impedimento, hasta ahora insuperable, para la marcha de la carretera. Una expedición científica a esta zona, casi inexplorada, estudiará sus recursos naturales e intentará trazar la carretera panamericana en esta región. Igualmente difícil es el superar lo costoso de las obras en otros países centroamericanos, como Guatemala o Costa Rica, donde la construcción de un kilómetro se valora en un millón de dólares, ya que el camino ha de subir a doce mil pies. Hay que considerar que la carretera no ha sido concebida con fines de lucro, y podrá ser usada libremente, sin estar grabado este uso por impuesto alguno. Luego su financiamiento en los tramos correspondientes a naciones económicamente débiles, habrá que obtenerlo mediante créditos de instituciones bancarias internacionales y aportaciones de países más poderosos. Se ha hablado mucho de la ayuda norteamericana a Guatemala. E. E. U. U. se ha propuesto estimular la política progresista en este país como un medio de reforzar el plan

integral de América contra la agresión totalitaria. No cabe duda que la asignación de 4.750.000 dólares que el gobierno norteamericano aprobó como aportación para la apertura de los taponés en la carretera de Guatemala y Costa Rica será una ayuda verdaderamente eficaz, y pocas otras inversiones demostrarán tan claramente las buenas intenciones de Norteamérica por sus vecinos centroamericanos. Al mismo tiempo contribuiría algo a calmar ese desagradable mar de fondo que en algunas repúblicas ha surgido a causa de los excesivos impuestos que gravan a los contribuyentes con destino a la panamericana, especialmente, cuando en estos países no se aprecia el adelanto. Por ello, nos parecería igualmente eficaz interesar al pueblo en una obra de tal envergadura y conseguir, como en Panamá se ha conseguido, que incluso alguna de las obras se hagan por suscripción popular. Bien está que se celebren congresos, ya que ésto da ocasión a que los diversos estados americanos «cobesionen sus esfuerzos para mejorar sus respectivos sistemas de vialidad, mediante un generoso canje de conocimientos y experiencias», pero no estaría de más emprender una campaña de orientación popular basada en lo que un buen sistema de carreteras significa en todo el mundo moderno, de forma que se obtenga voluntaria y generosamente la aportación popular.—M.^a D. V. A.



Política económica puesta a prueba. Entre el cúmulo de problemas que la política económica norteamericana ha presentado durante el año en curso, hay tres, esencialmente polémicos, que han acaparado la mayor parte de los comentarios favorables o desfavorables. Uno es la solución que deba darse al comercio con el exterior; otro la protección que el Estado haya de otorgar a los precios agrícolas y el tercero, la medida que el intervencionismo estatal deba desarrollar sobre industrias básicas, como la de producción atómica o sobre ensayos económicos, tan interesantes como el de la Autoridad del Valle del Tennessee. Todos ellos tienen un común denominador: ¿hasta qué punto el Estado debe controlar la economía de un país y subordinarla a la política general del mismo y aún a las necesidades de la Economía mundial? Para poder enjuiciarlos con alguna probabilidad de acierto hay que plantear, ante todo, que la Administración Eisenhower se propone en estas materias y hasta qué punto se distancia de las que le precedieron.

Parece ser que las principales directrices de la Nueva Administración en política económica, son: asegurar un papel primerísimo en la economía

nacional a la iniciativa privada; limitar la intervención y el apoyo del Estado a lo indispensable; favorecer el comercio con el exterior, combatiendo las barreras aduaneras en tanto ello no perjudique notoriamente a la industria del país.

Cada uno de los tres problemas anteriormente citados, ha supuesto una piedra de toque para el Gobierno del nuevo Presidente. Conviene no olvidar que la posición política presidencial parece basada en tres supuestos: conservadora en economía; liberal en relaciones humanas; intervencionista en política exterior. Tampoco conviene olvidar que gran parte de las fuerzas del Partido Republicano proviene de la industria y que los intereses de ésta no coinciden en parte con los proyectos del Presidente. Finalmente los asuntos internos pesarán de modo decisivo en las próximas elecciones y los congresistas se han atenido y se atendrán mucho a esta presión a la hora de apoyar o censurar a la Administración, máxime en materias como éstas, que no rozan de modo inmediato la zona más neutral y menos partidista de la política exterior.

Resulta extremadamente difícil abarcar en breves líneas una visión de conjunto de toda una cuestión tan amplia y discutida. Resumiéndola en grandes trazos puede decirse que: 1) con relación al comercio exterior, sólo a duras penas ha podido conseguir el Presidente la prolongación por un año de su poder para reducir tarifas, por lo que ha tenido que aplazar hasta la nueva legislatura su intento de liberalizar más, a tenor de lo recomendado por la comisión Randall, las restricciones hasta ahora existentes. 2) Por lo que a la Política de precios agrícolas afecta, ha sido reconocida por todos como una indiscutible y aún inesperada victoria política la aprobación de la ley que, por primera vez en muchos años rompe la situación que más parecía ya definitiva que provisional de la paridad al 90 %. Sin llegar al tope mínimo del 75 % que Eisenhower pidió, lo conseguido, el 82,5 %, supone ya una considerable concesión en favor de una política agrícola menos rígida, que apoye al agricultor sin convertirle en un ciudadano privilegiado frente al Estado y frente al consumidor. 3) En cuanto a la nueva ley de Energía Atómica y las recientes directrices sobre la función de la Autoridad del Valle del Tennessee, la política presidencial ha procurado descargar al Estado de parte del absorbente poder que antes le competía e interesar a la industria privada en las fascinantes posibilidades que la expansión atómica y las reservas hidroeléctricas de la gran obra del Tennessee ofrecen. La oposición del Partido Demócrata ha sido aquí más enconada, quizás, que en otras ocasiones, pues la nueva política contradice punto por punto la iniciada por las Administraciones Roosevelt-Truman.

En cambio, en la cuestión de las tarifas comerciales, ha sido el Partido Republicano proteccionista, quien más ha estorbado la acción del Presidente. Todas estas contrapuestas presiones, más las exigencias que la gravedad de la situación internacional imponen, deben ser cuidadosamente tenidas en cuenta al enjuiciar la reciente decisión presidencial de elevar las tarifas aduaneras para la importación de relojes, que ha provocado una protesta general fuera del país y aún dentro de éste ha encontrado también amplios sectores adversos. Aun juzgada en sus justos límites, en relación con toda la política económica extranjera americana y en función del pretendido valor estratégico de la industria protegida, parece ser que la decisión presidencial no ayudará mucho a establecer en Europa un clima de confianza sobre las intenciones norteamericanas acerca del comercio exterior y creará en U.S.A. un estímulo para intentar la creación de nuevas barreras protectoras.

En líneas generales, el criterio predominante sobre la política económica presidencial parece inclinado a considerarla dirigida de acuerdo con el aparente interés general del país y en función de la situación económica mundial. La oposición del Presidente al Partido Demócrata en cuanto a intervencionismo económico estatal; su criterio contrario a muchos miembros en el Partido en el poder favorables a una política aduanera más enérgica; su decidida oposición al poderoso bloque agricultor americano para evitar la perpetuación de un privilegio impuesto por situaciones de excepción ya caducadas, le acreditan de estadista independiente. Su objetivo parece ser una economía libre en un país con moneda sana y costo de vida estabilizado, dentro de una economía mundial progresivamente menos rígida.

Hasta ahora (esperemos que la elevación de la tarifa que afecta a la industria relojera sea una excepción), su línea de conducta va ajustándose a estos fines en la medida que las limitaciones políticas le imponen, provenientes de un Congreso en el que no cuenta con una clara mayoría y en el que sus deseos no coinciden, a veces, con los de una importante fracción de su propio Partido.—M. R. G.

... lo que a él sólo se oye a palabras suyas
en la historia y los historiadores de hoy de sus
criterios. No documenta y llama como los his-
toriales, pero cuestiona y expresa en lo que cabe.
—El Comercio, Carta a Nicolás Rosales,
4 de diciembre de 1987.

INFORMACION CULTURAL



... tal vez, más poco como epigrafe que sustenta y
define el alcance de una cuestión largamente de-
batida en nuestro país y para defender o atacar la
cual han sido usados toda clase de medios. Ella
versa respecto de la posibilidad y aun de la necesi-
dad de conciliar dos opuestas corrientes histó-
ricas argentinas, procurando una mayor equidad en la posición
revisionista adoptada por las nuevas generaciones.

...

... Dos corrientes histórico-políticas, disputan la justicia de su
causa a través de la historia argentina, y las dos concepciones
son, para la generalidad, inconciliables. El motivo de ello es que
nuestra historia fue escrita con deshonesta parcialidad por los sus-
critores de una de ellas, es decir, por un partido, por una clase
por una fracción.

... Como la tesis tradicional del relato de nuestro pasado está
constantemente dividida en multitud de publicaciones, nacionales, condi-
cionadas o de afuera los mares, que van desde el libro erudito hasta
el manual sencillo, pasando por el material de distribución gratuita,
emitido de variadas instituciones entre nosotros y gestado de
afuera, en el exterior, parece más interesante para el caso, y en
relación a la novedad, dar por sabida esta parte y resumir en algu-
nos párrafos la novedad interpretativa que sostienen los modernos

INFORMACION CULTURAL

Lo que a mí más me gusta e interesa ahora, es la historia, y los historiadores de hoy día son excelentes. No elocuentes y falsos como los liberales, pero científicos y exactos en lo que cabe.

(G. Santayana, Carta a Mercedes Escalera, 6 de diciembre de 1951).



UTILIZAMOS la frase del ilustre hombre de letras fallecido hace poco como epígrafe que sintetiza y define el alcance de una cuestión largamente debatida en nuestro país y para defender o atacar la cual han sido usados toda clase de medios. Ella versa respecto de la posibilidad y aun de la necesidad de conciliar dos opuestas corrientes históricas argentinas, procurando una mayor equidad en la posición iconoclasta adoptada por las nuevas generaciones.

Dos corrientes histórico-políticas, disputan la justicia de su causa a través de la historia argentina, y las dos concepciones son, para la generalidad, inconciliables. El motivo de ello es que nuestra historia fué escrita con deshonesta parcialidad por los militantes de una de ellas, es decir, por un partido, por una clase por una fracción.

Como la tesis tradicional del relato de nuestro pasado está bastante difundida en multitud de publicaciones, nacionales, continentales o de allende los mares, que van desde el libro erudito hasta el manual escolar, pasando por el material de distribución gratuita, cortesía de variadas instituciones entre nosotros y gentileza de embajadas en el exterior, parece más interesante para el caso, y en mérito a la brevedad, dar por sabida esta parte y resumir en algunos párrafos la novedad interpretativa que sostienen los modernos

estudiosos, tomando lo que a primera vista tienen todos ellos de más en común.

Piensen éstos, en general, que, salvando diferencias meramente electoralistas y esquemas de plataformas político-partidarias, en el fondo, de un lado, está el país católico, enraizado en la tradición colonial, tan previsora en la fundación de las primeras ciudades del virreinato y en la población del territorio, como en la adecuada distribución de los núcleos de población y riqueza; el país de familia arraigada, respetuoso de las instituciones, grande en su situación de privilegio y en las líneas generales de sus posibilidades políticas. Y que, frente a esto, del otro lado, están lo epidérmico europeo que inferiorizó a nuestros mejores publicistas, las grandes ciudades que son como la fachada que da al vacío que es el país, el divorcismo, la quiebra del estado de derecho, la explotación de la nación llevada a cabo en provecho exclusivo de una clase que no entendió sus verdaderos intereses o por recién venidos que la defraudaron en negociados que a todos ellos enriquecieron, enfeudando unas veces el patrimonio común o destruyendo otras simplemente las fuentes de riqueza o el natural espíritu humano de empresa.

Abocándose al aspecto puramente histórico, y dentro de éste a la fundamental cuestión de la unidad territorial y al análisis de las ideas básicas de gobierno, aducen los renovadores que los miembros del partido llamado unitario, o sus voceros, adeptos de un esquema ideal de gobierno e instituciones, no pensaron que el mismo no se adecuaba al país, decidiendo en cambio que éste debía adecuarse al sistema. Se presenta a Artigas como víctima típica de criterio semejante y, como consecuencia de todo ello, la anarquía, el desorden, los levantamientos y, por fin, la guerra civil, que como fiebre voraz, síntoma del organismo enfermo, asoló en gestas de leyenda el suelo patrio.

Alberdi, padre intelectual de lo que a través de la perspectiva del tiempo puede englobarse bajo la denominación de liberalismo unitario, en alguno de esos juicios contradictorios de los que está hecha toda su obra, enjuicia a sus contemporáneos diciendo:

“enfrente de ese mal que nos dejó la colonia, y que nos conserva y nos conservará el desierto, hemos tenido otro mal que también estudió el autor de “Facundo” en 1845, y que hoy ha olvidado enteramente”, es “la política del partido liberal exaltado, que, desconociendo lo que había de normal en el hecho del caudillaje, quiso suprimirlo de un golpe, ya sancionando las instituciones más adelantadas de la Europa del siglo XIX, ya fusilando o suprimiendo a los caudillos. Delante del poder irresponsable, se alzó la libertad omnimoda y se quiso remediar el

despotismo del atraso con el despotismo del progreso: la violencia con la violencia”.

No obstante tan claros testimonios, ni él ni los suyos parecieron entenderlo así, ni tampoco obraron en consecuencia. La disidencia, planteada en los albores mismos de nuestra independencia, concluyó con el triunfo de quienes llegaron al poder, de una manera definitivamente estable, después de Caseros. Antes, los altibajos del camino que va desde 1810 a 1853 no hicieron sino encarnar el espíritu de quienes a la postre lograron el triunfo de su partido y, en parte, de su sistema.

El país los resistió arduosamente en sus caudillos. No obstante, se perdieron la Banda Oriental y el Alto Perú. Y hubieran terminado por atomizar el territorio argentino, erigiendo una patria chica en cada provincia o grupo restringido de ellas, a no ser por la reacción nacional que los desalojó del gobierno encumbrando a Rosas en su lugar, quien, en una tarea sin respiro de veinte años, logró dar unidad a lo que restaba del primitivo territorio, antes de caer derrotado.

Esta unidad le merecía el siguiente juicio a Alberdi:

“El terreno está demás entre nosotros; y la América no podrá entablar contiendas por miramientos a él sin incurrir en el ridículo de esos dos locos a quienes Montesquieu supone dueños solitarios del orbe y disputando por límites. En América el vasto territorio es causa de desorden y atraso: él hace imposible la centralización del gobierno, y no hay estado ni nación donde haya más de un sólo gobierno. El terreno es nuestra peste en América, como lo es en Europa su carencia. Chile, el más pequeño de los Estados de América, es, más rico, más fuerte y más bien gobernado que todos. Más chico que él, es el Estado Oriental del Uruguay, y resiste, a la grande y anarquizada república Argentina”.

La dialéctica en la argumentación es tan brillante como falsa. Contradice su juicio al hacer la comparación entre Europa y América. Si allá falta territorio, y eso es una peste, debemos achicar el país para contagiarnos del ahogo, lo que, a juicio de Alberdi, parecería ser más distinguido que la enfermedad americana del espacio. El destino libró a los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, de padres de la patria con tan despreñada ideología. Los resultados están a la vista.

Pese a todo, al ser derrocado Rosas, no obstante las discordias internas y la guerra en el exterior, esta parte de su obra quedaba hecha. Es curioso el fenómeno que representa don Juan Manuel de Rosas en la historiografía universal.

Luego de un largo gobierno erizado de dificultades, sin cam-

bio, prácticamente, del electo dirigente, la propaganda enemiga que acabó haciendo opinión, la normalización del país que rechazaba ahora al hombre al cual buscó en la hora de la angustia y, por fin, el levantamiento de Urquiza, acabaron con el Gobierno de Rosas en los campos de Caseros. El país entero retrocedió ante la coyuntura que significaba su gobierno y que, de durar un poco más, hubiera permitido recoger insospechados frutos a la nación.

Vueltos entonces del exilio los desalojados o sus descendientes directos o ideológicos, el partido unitario que no tiene parangón con sus similares universales, pues ninguno prefirió ver a su patria despedazada en republiquetas o gobernada como factoría extranjera antes que por el que ellos veían, sobre todo, como enemigo personal, se adueñaron del poder, y, propietarios de la verdad —de su verdad—, hicieron que se enseñara en las escuelas, se pontificara desde las academias, se propalara desde la prensa, una relación de los hechos y sus consecuencias que en todo los favorecía, dejando al adversario como a un loco criminal y representante de la época más triste, negra, desgraciada y sanguinaria del país.

Las primeras reacciones llegaron a través de una burguesía escandalizada por el desgobierno y unida en una agrupación que nació con el nombre de Unión Cívica, al que añadió el término Radical con el correr de los años. El adjetivo tiene, como se ve, un sentido distinto del aplicado en general en los países europeos, pues, y esencialmente, se trató de una unión de clase media y burguesía pudiente, en la que militaron los apellidos más tradicionales del medio argentino. Fracasados sus intentos, electorales o revolucionarios, para acceder al poder, lo consiguió por fin, manteniéndose en él hasta 1930, año en que estalló el descontento ante un tercer período presidencial que desmereció los dos anteriores, en especial el de Alvear, debido a la senilidad de su caudillo, Irigoyen, y la intranquilidad y el desastre administrativo que volvieron en su contra a un pueblo al que había conquistado ya. Lo que se acrisoló como consecuencia de ello en un movimiento en dicho año, fué lo que luego, en variada forma, ha venido denominándose nacionalismo, y que se había originado alrededor de un quinquenio antes, cuando el prestigio de algunos hombres aglutinó a su lado una brillante pléyade de inteligencias. El fracaso de la revolución del año 30 tuvo como consecuencia —dejamos de lado la aplicación de las causas— el ascenso nuevamente al poder de la oligarquía desalojada unos pocos años antes, pero con esta variante: que durante los dos primeros años de su retorno el panorama del país pareció cambiar. El nuevo presidente, enérgico, emprendedor,

ejecutó obras públicas como desde entonces no han vuelto a realizarse; impuso el orden, la tranquilidad; hubo un renacimiento de paz, de confianza, de progreso, y luego, apremiado por las clases llamadas dirigentes, trastocada la dirección de los negocios públicos por un nuevo rumbo, absolutamente contrario al anterior, se inició un período que llegó a denominarse como "la década infame".

El nacionalismo reaccionó, y en mítines famosos reunió a veces un centenar de miles de personas que bebían en la fuente generosa de las grandes ideas y de las palabras justas. Eso en la apariencia. En la realidad, fué todo un movimiento confuso, disperso. Muchas de sus facciones, a veces las más numerosas, estaban dirigidas por aquellos a quienes el mismo gobierno atacado pagaba por hacerlo; otras eran usadas como fuerza de choque carne para el plomo que servía para crear una mística y un heroísmo que encandilaba a la adolescencia. A quienes trataron de unir, remediar, ordenar, coordinar, dirigir hacia un fin —la conquista del poder— esa fuerza, se los saboteó metódica y sistemáticamente. Alguien definió, en un estudio sobre el tema, el panorama que ofrecía tan homogéneo y al mismo tiempo hondamente contradictorio movimiento, con la frase feliz de "la misteriosa anarquía del nacionalismo".

No es este el sitio para hacer la historia ni el proceso de tal período argentino. Lo traemos a colación como antecedente de lo que se trata de resumir. No todo fué fracaso ni siempre inútil. De entre sus filas surgió la escuela histórica que, genéricamente, se designa con el nombre de revisionismo.

El revisionismo en nuestro país, significó una reacción contra todo lo que el oficialismo había difundido de falseado y parcial. Como tal no pudo evitar ese primer movimiento como de péndulo que, arrastrando todo por delante, confunde los fines (reivindicación de los grandes ideales nacionales y de su proyección histórica), con el medio (estudio e investigación documentada de un hombre y de su época en especial).

La cuestión residió, fundamentalmente, en la ubicación histórica y política de don Juan Manuel de Rosas y en la consiguiente explicación de las características de la época que con su figura llena, como clave de casi todo problema importante de la nación a partir de su nacimiento mismo, ya que con él hicieron crisis, puede decirse, todos los errores y todos los aciertos nacionales.

Armados los revisionistas, las más de las veces, con el solo entusiasmo por la causa, improvisados otras, frívolos o diletantes, dejándose resbalar por la pendiente de lo fácil, ante auditorios más

adictos que críticos, desunidos por rencillas internas o disparidades políticas, tuvo todo ello como efecto final, amén de por otras causas, ir deshojando el primitivo núcleo, haciendo hoy los mejores obra por su cuenta. El movimiento impulsó, y aun obligó, a los historiadores liberales a repasar la justicia de su causa. Pero a aquellos de sus componentes que realmente valían, que aplicaron hasta sus últimas consecuencias en el terreno de la práctica las enseñanzas políticas de la historia, se les cerró el camino para hacerse un nombre y una reputación en las letras; no encontraron editor ni tribuna; se los ahogó en el silencio, con la sola excepción de los que por algún modo o servicio lograron el frío favor oficial.

De entre las mismas filas de esa oscura masa a que nos hemos venido refiriendo, y denominando por comodidad en la palabra, nacionalismo, hay quienes proclaman hoy, con docta pedantería la necesidad de una conciliación, y un inquieto hormigueo parece haber despertado a quienes dormían sobre sus laureles. Pero los nuevos historiadores inquieten punzantes: conciliar no es sino el adjetivo. ¿Qué es lo que se quiere conciliar? ¿A los argentinos? En ese terreno viven en perfecta paz y armonía, salvo las escaramuzas verbales y alguna que otra estatua ultrajada. ¿Conciliar dos políticas? Suponiendo la posibilidad, ¿no sería querer propender hacia la chatura del partido único?, ¿hacia la uniopinión? Esto es absurdo, dicen. ¿Conciliar la historia, quizá? ¿Y cómo? Lo hecho, hecho está. Y los actos de sus protagonistas tienen la irremediabilidad acabada de lo pasado.

¿Y a qué se debe que tal cuestión se debata ahora? ¿Cuál es el origen de la inquietud? Prácticamente, nunca se había pensado de otro modo como se nos enseñó a hacerlo en la escuela a todos los argentinos: a deletrear con pavor el nombre del tirano primero y propagando el vergonzoso folletín después. Las cosas, tal como se ofrecían, eran el desideratum del universo: teníamos paz, progreso, pan, limpia tradición guerrera, una historia con sus dogmas y sus anatemas, un empireo en el que vivían todos los declarados grandes hombres por nuestros mayores. ¿Cuál ha sido el milagro que ha provocado la necesidad de defender la memoria de próhombres considerados hasta ahora ejemplo de la ciudadanía? ¿Cómo puede haberse volcado de tal manera la conciencia colectiva hasta el punto que hoy los inmarcesibles y padres de todo lo grande se ven necesitados de alguien, que no ya los loe, sino simplemente los justifique? Parecían vivir más allá de lo humano y hoy se levantan voces para hacernos ver que no fueron tan malos ni

tan dañinos ni tan nefastos a su país como las nuevas generaciones parecen creerlo. La razón es obvia, e imposible un testimonio más claro del triunfo de la escuela revisionista, pese a los matices despectivos y esquemáticos que ensaya la crítica bibliográfica de los rotativos de gran difusión en el medio.

Determinados círculos de los que sustentan el criterio fundamentalmente conciliador se consideran a sí mismos católicos, hispanistas, americanistas, tradicionalistas, etc., y no hay por qué dudar de que así lo sean en efecto. No se está en desacuerdo con ellos sino con algunas de sus ideas, una de las cuales es esta de la conciliación. Los motivos de tal actitud se presumen muchos: en unos, puede pensarse que defienden la tradición familiar; otros no pueden menos que deslumbrarse con el brillo que significa siempre el poder y que fué ostentado por una clase durante muchos años; para unos terceros, la cosa no tiene gran importancia; en realidad, piensan, nada tiene gran importancia, ni en la teoría ni en los hechos; lo principal es vivir siempre como hermanos, olvidando los errores que han perdido significación y pertenecen definitivamente a un pasado; otros, por fin, afirman la necesidad de reivindicar el nombre de próceres o patriotas gobernantes a los cuales juzgan hoy injustamente escarnecidos.

Es de creer en la bondad de la tradición familiar, pero no al punto de seguir a nuestros antepasados en el error por el simple hecho de ser tales y representar nuestro vínculo de arraigo a la tierra; es comprensible la admiración hacia el poder, pero no hasta el punto de hacernos olvidar los deberes esenciales; puede adherirse al deseo, hondo en todos, de ver a los argentinos viviendo hermanados en una gran nación, y si se es partidario del bisturí no es para separarlos sino para extirpar lo maligno que significan para la salud nacional esos errores cuyas consecuencias se sufren, olvidando en cambio aquellos otros que en nada afectan el futuro de la colectividad. Reivindíquese en buena hora a los grandes hombres, pero no a lo dañino de sus ideas ni a lo poco ejemplar de su conducta pública: la verdad es mejor tónico ciudadano que un mito inalcanzable.

* * *

Resumido en estas breves líneas lo más indispensable de la tesis sostenida por el movimiento renovador, veremos de concretar los aspectos positivos o negativos en que fundan, respectivamente, los adversarios su defensa y ataque al sistema de idea en cuestión.

Sostienen los defensores de la historia oficial, o por lo menos de algunos de sus postulados, que hay una obra que no puede ignorarse, realizada por los gobernantes argentinos desde 1853 en adelante, y que el saldo positivo y nada despreciable de dicha obra sirve, no sólo para justificar algunos errores (más producto de la exageración apasionada de los adversarios que importantes en sí mismos), sino también para, a lo menos, hacerlos acreedores de la gratitud de la posteridad y de un lugar significativo en la historia patria.

Quienes no están de acuerdo, piensan en cambio, no en negar tales saldos positivos de la obra de nuestros mayores, sino más bien en combatir algunos aspectos de su acción que han ido depositando un limo espeso y nocivo en la conciencia y en la inteligencia de las generaciones posteriores y, sobre todo, en rectificar el tabú histórico que los eleva por encima de los seres humanos e impide orientar el rumbo nacional.

Las realizaciones a que se refieren los partidarios del sistema en vigencia son considerados verdaderos hitos en el camino de nuestro progreso como nación. Son cuatro ideales que se sucedieron a través de gobernantes, sin importar enemistades personales, partidarias o ideológicas; que se persiguieron con igual energía y entusiasmo por todos, aun cuando no se pensara igual en las demás materias de gobierno. Ellos son: enseñanza, inmigración, progreso y organización nacional. Para una mayor comodidad en la exposición, dividiremos cada una de estas cuestiones en dos partes, la primera, para exponer la obra positiva de la que hacen mérito sus panegiristas, en tanto que la segunda servirá para resumir la tesis de sus impugnadores.

LA ENSEÑANZA

Cuando se levantó el primer censo nacional de 1869 era analfabetos el 77 % de los habitantes de más de 14 años. En 1895, año del segundo censo, la proporción se había reducido a un 53 %, en 1914, la tasa había descendido a un 35%. El progreso que señalaba esta cifra era notable, sobre todo si se lo comparaba con el analfabetismo en otras naciones.

Durante los 30 años posteriores al último censo general de 1914, el esfuerzo oficial y privado para suprimir el analfabetismo fué creciente. Un cálculo realizado por la Dirección del Censo Escolar de la Nación, con la base de los resultados del censo de 1943, estima la proporción de analfabetos en un 16 %. Quiere decir

que los progresos han continuado en forma ininterrumpida, transformando en 75 años a nuestra patria, de país en que predominaban los analfabetos, a su actual estado, en que sólo afecta —en relación— a una parte reducida de su población.

El analfabetismo de la población de 14 y más años

Años	Población de 14 y más años	Analfabetos	
		Número	%
1869	1.011.740	788.130	77'6
1895	2.451.760	1.305.740	53'3
1914	5.026.910	1.765.900	35'1
1943	10.160.400	1.688.800	16'6

Si bien la mejora no ha sido pareja en todas las zonas del país, es necesario considerar que en algunas de ellas la alta proporción de analfabetismo se debe a que tienen poblaciones muy diseminadas, a las que resulta muy difícil asistir a la escuela por las enormes distancias que tendrían que recorrer.

A ello debe añadirse el problema de las regiones en las que el nivel de vida es más bajo que en el resto del país, y que al niño es necesario vestirlo, alimentarlo y traerlo a la escuela, sin contar con que ya a temprana edad puede comenzar a ayudar en su casa, en pequeñas tareas, las que tampoco puede desempeñar al asistir a la escuela.

Además, afirmar que en la Argentina hay un millón y medio de analfabetos parecería, a primera vista, denunciar una cifra enorme. Pero debe tenerse en cuenta que esa cantidad comprende a más de medio millón de personas que han pasado ya los 50 años. Muchas de ellas, arrastran las deficiencias de la época en que se hallaban en edad escolar. Por otra parte, en el grupo de la población de más de 50 años, existe una gran proporción de extranjeros que llegaron a nuestra patria siendo adultos y analfabetos.

La proporción de inmigrantes analfabetos con relación al total varía entre el 23% y el 25% hasta el año 1929, para disminuir posteriormente a un término medio de 15% en el período 1931-1940.

Todas esas personas pueden considerarse como definitivamente perdidas para la escuela. El estudio del problema del analfabetismo por grupo de edades permite advertir de inmediato que la alta tasa de analfabetos existe únicamente en el grupo de personas de edades más altas.

El cálculo oficial de 1943 estima que la población de 50 y más años —1.988.000 personas—, cuenta con 588.900 analfabetos, o sea un 29 % del total. En cambio, el grupo de 22 a 49 años que comprende 6.297.000 personas, sólo acusa 956.560 analfabetos, es decir poco más del 15 % del total. Y el de 14 a 21 años, con 1.874.000 personas, dió 143.200 analfabetos, o sea el 7 % del total.

Como puede apreciarse, el analfabetismo afecta primordialmente a la población que, en la época en que estaba en tiempo de asistir a la escuela, no pudo recibir los beneficios de la misma, por no haber en proporción, en ese entonces, un número de escuelas y una organización escolar como la que ahora cuenta el país. En 1914 había una escuela por cada 200 habitantes en edad escolar; en 1943, el número era de una escuela por cada 160 habitantes en la misma edad.

Quiere decir que la alfabetización del país ha de lograrse eliminando gradualmente a aquellos que salen de la edad máxima de la obligación escolar —13 años—, sin haber aprendido a leer y escribir. Esa cifra puede estimarse en 20.000 niños al año.

**Población escolar de niños que nunca fueron a la escuela.
Censados de 6 a 14 años de edad**

Censos	Total	Nunca fueron a la escuela	
		Número	% sobre el total
1869	409.876	327.201	79'8
1895	794.127	460.446	58'0
1914	1.485.785	504.133	33'9
1943	2.259.642	307.738	13'6

Como se ve, en 1869, sobre 409.876 niños en edad escolar no habían asistido nunca a la escuela 327.201, es decir el 79'8 % del total. Las preocupaciones de orden político e institucional, la estrechez económica del erario, la falta de escuelas y maestros, la poquísima densidad de la población, que hacía más impresionante la sensación del desierto, son causas que explican esta altísima proporción de no concurrentes a la escuela primaria. Un cuarto de siglo después, las cosas habían mejorado un tanto, aunque en forma muy lenta, pues la proporción de no concurrentes baja a un 58 %. Debe tenerse en cuenta que este es el período de organización de las escuelas primarias, cuya ley nacional databa de diez años atrás. El total del grupo en 1895 es de 794.127 niños y el número de los no concurrentes alcanza a 460.446.

Con los resultados del censo de 1914 se puede ya afirmar que se comienzan a percibir los frutos del esfuerzo en pro de la difusión del alfabeto. Mientras la población en edad escolar pasa de 794.000 personas en 1895, a 1.485.785 en 1914, el número de los no concurrentes aumenta sólo en unos 40.000, llegando a 504.133.

La proporción de éstos sobre el total del grupo baja bruscamente del 58 % a sólo un 33 % del total. La tendencia decreciente no se detiene en el período inmediato posterior. Las cifras del Censo Nacional Escolar de 1943 lo han confirmado plenamente. Sobre un total de 2. 259.642 niños censados en el grupo de 6 a 14 años, no concurrieron a la escuela 307.738, es decir, el 13 % del total. Pero si se tiene en cuenta que de estos últimos, unos 37.000 se hallan en las edades que en las provincias de Buenos Aires, Catamarca, Córdoba, Entre Ríos, Jujuy, La Rioja, Mendoza, San Luis, Santiago del Estero y Tucumán no pueden asistir por no tener la edad mínima legal de 7 u 8 años, según los casos, la tasa real de los no concurrentes baja entonces a un 12 % del total.

La intensa acción del gobierno en los últimos años, añadido al aglutinamiento de la mayor parte de la población en los centros urbanos, ha hecho sin duda disminuir los porcentajes que ya tienen diez años de antigüedad, pero es ya historia muy cercana que nos aleja del tema tal cual se ha planteado en la cuestión que tratamos.

El ligero análisis que se acaba de hacer, a la luz de las cifras oficiales, comprueba los notables adelantos experimentados en materia de instrucción en nuestro país que, al decir de un publicista, es uno de los que más empeño ha puesto en esta cuestión de la enseñanza. La creación de escuelas y la lucha contra el analfabetismo fueron preocupación predominante de casi todos los hombres de gobierno y de muchos de los legisladores, añadiéndose también el esfuerzo privado. Argentina ha sido desde hace bastantes años, y sigue siéndolo, uno de los países del mundo que más gasta en enseñanza, no solamente en relación al número de sus habitantes, sino también, y lo que es más significativo, con relación a su capacidad económica. Tales esfuerzos, si bien se dirigieron predominantemente a la instrucción primaria, no han sido escasos en el orden de la enseñanza media y superior. En lo que al analfabetismo concierne, el resultado es honroso para el país. Pese a las alarmantes informaciones oficiales, no muy bien fundadas, son muy pocos los niños que carecen de los beneficios de la educación primaria. Y pese también a las frecuentes aseveraciones sobre nuestro supuesto elevado analfabetismo, este es ahora un hecho del pasado. Todo conduce a la satisfactoria conclusión de que se ha

logrado potencialmente la supresión hasta límites ejemplares. El lograrlo totalmente es ya automática consecuencia del transcurso de pocos años.

Sólo falta integrar la lucha contra el analfabetismo mediante una mayor y mejor concertada instrucción y educación general, que supere la uniformidad de la actual enseñanza, para adaptarla en lo posible a las actividades predominantes de cada región y a la orientación vocacional. Una escuela intermedia que eduque y prepare para la vida a las nuevas generaciones. Una escuela que no se limite a instruir, como hasta ahora lo ha venido haciendo, sino a educar integralmente, es decir, no sólo en lo intelectual, sino también, y por sobre todo, a formar en lo moral.

* * *

En mucho de lo expresado se fundan los contrarios para sostener que los frutos de la enseñanza, a más de ser relativos, pues no han pasado de aspiraciones cumplidas recién hace unos pocos años, han sido sí, positivos, en lo que respecta a saber leer y escribir pero negativos en cuanto a sus efectos morales y cívicos, tendentes a moldear una personalidad.

Ante todo ha de recordarse la insuficiencia de oportunidades para el desarrollo de las facultades espirituales, para el estímulo de las inclinaciones vocacionales y de las condiciones del genio. Nuestra manera de enseñar y educar, desde las primeras letras hasta la enseñanza universitaria, es poco propicia para la vida real, para educar el carácter, para la sólida formación del espíritu, para crear el hábito de observación, de investigación, de análisis y de crítica. Somos muchos los que hemos creído encontrar en nuestros métodos de enseñanza el defecto del enciclopedismo y el de su abrumadora uniformidad. Se olvida el medio, la realidad. Se prescinde demasiado de "enseñar a aprender", a informarse, a profundizar, pretendiendo proveer al joven por anticipado de "conocimientos" para su vida entera, y olvida señalarle el camino para llegar a esos conocimientos.

Los publicistas y educadores aseveran que nuestro sistema es incompleto, invertebrado, impotente. Se sufren males inveterados, como, por ejemplo, el del profesor aficionado o golondrina, la industria del libro de texto, la novelería de los programones analíticos (tipo "sumario de un manual por hacer"), la inestabilidad directiva, la inconveniencia y deficiencia del sistema promotorio, la situación penosa del colegio incorporado, la incoordinación di-

dáctica, la impotencia del profesor, fragmentado y atómico, aunque sea bueno, la imposibilidad o suma dificultad de "instruir a fondo", y no digamos nada de "educar".

Uno de los errores más comunes y extendidos, y de mayor trascendencia en materia de enseñanza, consiste en examinar la escuela "en sí", como entidad dotada de vida autónoma propia, como Ser Separado, segregándola del conjunto social en que se halla establecida y del que no pasa de constituir una manifestación vital entre otras ciento.

Cuando en 1827 Rivadavia proclamaba la "magna lucha contra el Error y la Ignorancia" por medio de la multiplicación de las escuelas primarias a cargo del Estado, se hacía un poco de ilusión sobre el enemigo, ilusión necesaria en toda lucha. El Error, así, con mayúscula, es un demonio que resiste al conjuro del "eme, a, má - eme, e, mé - eme, i, mí".

La ilusión se transformó en dislate con el Monopolio Estatal y el Laicismo Escolar formalizados prácticamente en 1884 por Eduardo Wilde y el presidente Roca. El Monopolio Estatal de la Enseñanza, solución simplista y apresurada de un problema vital, logró ya enseñar a leer a casi toda la masa de Buenos Aires, aunque sea a costa de un presupuesto desproporcionado; pero este es el momento en que el país se revuelve inquieto y desazonado dentro de una máquina escolar rudimentaria y rígida que no aparece a sus ojos irradiando las suficientes garantías intelectuales, morales, y aun cívicas; y más allá de la Escuela Primaria, la Normal y el Liceo constituyen problemas mal resueltos, que dan resultados aberrantes, y la Universidad, crecida más en extensión que en altura, declina cada día de su ideal de alto hogar del pensamiento a fábrica un poco ciega y automática de "profesionales", mientras es agitada por revueltas demagógicas realmente intolerables.

Este problema de la enseñanza no está aislado del conjunto de problemas social-políticos de la Argentina actual.

En el mensaje con que inició su presidencia el doctor Roberto M. Ortiz aludió al estado de desorganización y confusión de la enseñanza nacional y prometió poner el peso de su poder a la empresa de dotar al país de una base educacional orgánica o, por lo menos, guiarlo hacia ese objetivo.

"Si durante el período de gobierno dejo resueltos, aunque sólo sea en parte, estos problemas, pero encaminados ya en forma definitiva sin que nada pueda perturbar su dirección futura, habré colmado mis mayores aspiraciones de gobernante". (Mensaje, año 1937).

Los que contemplan nuestro Colegio Nacional afirman unánimes que está enfermo. Enfermo anda un organismo cuando no trabaja y encima sufre, aunque los médicos acaso no hallen lesiones visibles. Nuestro Liceo no trabaja porque no consigue su fin (como un cuchillo cuando no corta, por más que haga ruido y mella) que es impartir la madurez mental al adolescente; y además sufre todas esas taras que están cansados de repetir los diarios.

Ocurre con nuestra enseñanza pública un fenómeno muy curioso. Es, en nuestro régimen institucional, una rama privilegiada. Las ideas vigentes en la época de nuestra organización, difundidas por Sarmiento y demás estadistas civilizadores, la erigieron en finalidad principal de la acción gubernativa, hasta el punto que se midieron los méritos de los gobernantes por el número de escuelas que habían llegado a fundar. Toda nuestra literatura oficial de fines del siglo pasado contribuyó a crear una especie de mística de la educación primaria, que amenazó con convertirse en el único ideal de la patria. Parecía que la misión nacional que nos habíamos descubierto consistía en la extirpación del analfabetismo sobre la tierra, y este era el mérito que se invocaba en el extranjero: nuestros hombres públicos se jactaban de que poseyéramos dos maestros por cada soldado. Y era verdad. Pero con todo, los frutos han sido mediocres, y resultan peores cada año que pasa.

LA INMIGRACION

Los países americanos, y el nuestro en especial, han sido y son regiones de aluvión inmigratorio. En tal sentido, el crecimiento de la población se debe en mucho a quienes fomentaron la venida del extranjero a nuestro suelo, en calidad de trabajador que busca una tierra y medios propicios para arraigarse. Los hijos de inmigrantes carecen de vínculos firmes con la tierra de sus padres e inclusive éstos se argentinizan en sus costumbres y sentimientos hasta un grado insospechado, a pesar, a veces, de las dificultades del idioma que permanecen para ellos insalvables. Se dictó una legislación que les acordó tierras, créditos, garantías contra posibles quebrantos, útiles de labranza y protección oficial para ellos y sus descendientes. Las estadísticas indican su proporción y aportes en el crecimiento de la población a través de los años. A ellas conviene referirse tanto para síntesis como para objetividad del tema.

Entre 1857 y 1886 inclusive, en un período de treinta años,

quedó un saldo en más de inmigración, resultante de restar los que emigraban de los que venían y se radicaban en el país, de 838.890 inmigrantes.

En los años siguientes, la proporción es como sigue:

1887	+	107.212
1888	+	138.790
1889	+	220.260
1890	+	30.375
1891	-	29.835
1892	+	29.441
1893	+	35.626
1894	+	39.272
1895	+	44.169
1896	+	89.284
1897	+	47.686

La gran crisis del 90 provocó una salida que desniveló el saldo positivo y demostró el poco arraigo de la población, sin contar el brusco descenso que registran los años posteriores en comparación con las cifras anteriores.

Entre 1898 y 1904, el saldo positivo es de 335.710 inmigrantes. Y siguen años de auge hasta el brusco descenso provocado por la guerra del catorce:

1905	+	138.850
1906	+	198.397
1907	+	119.861
1908	+	176.080
1909	+	140.640
1910	+	208.870
1911	+	109.581
1912	+	206.121
1913	+	145.359
1914	-	61.029
1915	-	65.406
1916	-	46.947
1917	-	32.331
1918	-	9.246
1919	+	2.169
1920	+	35.034

Entre 1921 y 1930, queda un saldo positivo de 941.000 inmigrantes. Luego, la crisis vuelve a disminuir los porcentajes y así:

1931 + 9.062	1935 + 21.160
1932 + 707	1936 + 27.915
1933 + 4.165	1937 + 44.108
1934 + 5.280	1938 + 40.198

* * *

Los bruscos descensos habidos en los años de crisis, 1890 y algunos que le siguen, y 1931 en adelante, al igual que los períodos de la anterior guerra, muestran una población que se había asentado más bien a la manera de un ave viajera que de modo definitivo. La crisis del 90 fué nacional, es cierto, pero el desastre del año 1929 fué mundial, y sin embargo hubo alto porcentaje de emigración y disminución de inmigrantes. ¿A dónde iba toda esa gente? Porque en 1890 entraron 110.594 y salieron 80.219; en 1891, 52.097 contra 81.932; en 1931, 276.495 contra 267.433; en 1932, 245.655 contra 244.948, etc., etc.

Si América, o más propiamente la Argentina, no ofrecía perspectivas, ¿es posible que éstas estuvieran en Europa o en los Estados Unidos, tan afectados por el desastre? La gran baja del año 90 vuelve a repetirse a partir de 1914 y hasta ahora no parece haberse recuperado.

Este aluvión extranjero (para usar los lugares comunes), ¿poblaba el campo? ¿colaboró en las industrias madres? ¿identificó sus intereses con los de la tierra? ¿O fué en su mayoría una población parásita que, al no encontrar una orientación oficial o incrédula, respecto de las promesas de protección y ayuda de alguna que otra ley incumplida e insuficiente o poco eficaz para los fines buscados, se concentró en las grandes ciudades a vivir del presupuesto gubernamental o del empleo en oficinas y fábricas?

Las estadísticas sobre la población, su crecimiento y su distribución, dan la respuesta:

La tasa de natalidad ha disminuído en forma ininterrumpida de 38'3 en 1910 hasta el 24 % en los años 1938-43.

Los publicistas apuntan que es importante también tener presente que las regiones que se mantienen prolíficas son aquellas cuyos habitantes tienen más bajo nivel de vida, lo que indudablemente puede tener graves efectos en la constitución física, y aun en la moral, de las futuras generaciones.

Consideran que no hay problema a resolver con más urgencia en la Argentina que el de su propia población. El desierto es todavía hoy una realidad y amenaza ganar terreno si no se mantiene el antiguo ritmo de nuestro crecimiento.

Aprovechando las fallas y las definiciones demasiado estrechas, añaden, de nuestras leyes, entró al país una enorme cantidad de elementos indeseables. La proporción de esta inmigración no puede comprobarse estadísticamente, pero hay algunas cifras parciales que permiten suponer que ha sido bastante importante.

La densidad total de la población es de 5 habitantes por kilómetro cuadrado.

La zona llamada del litoral, que ocupa el 29 % del territorio, agrupa el 68 % de la población, con una densidad de 11'4 habitantes por kilómetro cuadrado, en tanto el oeste del país registra una densidad de 2 habitantes por kilómetro cuadrado.

Debe tenerse en cuenta que el llamado litoral argentino no lo compone su extensa costa marítima, sino cuatro provincias: Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y la Capital Federal.

La tasa de crecimiento natural —es decir, saldo anual positivo que queda de los nacimientos restadas las defunciones—, ha venido descendiendo constantemente desde 1913, en que fué de 21'7 %, hasta 1943, que fué de 13'9 % habitantes.

Del simple crecimiento demográfico no se pueden esperar grandes resultados y, sin embargo, aun no ha sido resuelto el problema del inmigrante que, hoy más que nunca, se amontona y hacina en los grandes núcleos urbanos.

La población rural, según el censo de 1914, estaba compuesta por un 78 % de argentinos y un 22 % de extranjeros. La población de las ciudades tenía un mayor porcentaje de extranjeros, llegando hasta el 38 % de la misma.

El crecimiento de dicha población está dado por las siguientes cifras:

En 1914 había una población en el campo argentino de 3.312.000; en 1930 la misma ascendía a 3.580.000; ¡y en 1938 sólo llegaba a 3.320.000! La población urbana, en cambio, en este último año, ascendía a 9.400.000 habitantes, con lo que las grandes ciudades abarcaban un porcentaje del 74 % de la población total del país.

Queda presentado el problema escueto y desnudo. La política inmigratoria no necesita comentarios ante las constancias reveladoras de las cifras tomadas de publicaciones diversas, inclusive insertas en los manuales de nuestra escuela, y que sin embargo

parece letra muerta en la aridez de la diaria enseñanza que no aporta reflexiones ni despierta interés por soluciones serias ante tan agudo problema. Con ello queda demostrada también la eficacia y alcance de la acción de los hombres de gobierno de que se hace mérito en la tradición liberal o en la corriente de la conciliación.

PROGRESO

Los ascensos del país en esta materia se traducen en las tangibles realidades que significan la constitución nacional, los códigos de fondo y forma, los ferrocarriles y, un poco también, los puntos anteriores de la inmigración y de la enseñanza.

La historia de los ferrocarriles, frigoríficos, empresas de electricidad, monopolios del transporte y mil formas más de empobrecimiento económico y enfeudamiento nacional está hecha en algunas de las publicaciones que se mencionana al final de este trabajo y, además, en general, se está de acuerdo en que todo ello fué de desalentadoras consecuencias para el país.

El progreso material ha sido, prácticamente, una consecuencia del tiempo y un reflejo de las condiciones universales de vida y de trabajo. No existiendo problemas de raza, ni de minorías, carece el país de los problemas que representan el indio, el negro o el amarillo. Siendo imperceptibles las sectas religiosas, en lo que a su influencia ambiente respecta, no hay problemas de minorías con las luchas que ello representa, como tampoco los hay en el aspecto racial.

La debatida y ansiada idea de la Constitución, por la que se derramaron ríos de tinta y de sangre, se concretó en 1853 en un cuerpo escrito, con sus capítulos y sus artículos. Luego se dictaron los códigos que forman el ingente cuerpo legal de un estado moderno. Se proveyó a la creación de nuevas escuelas y universidades. Las relaciones entre las provincias se fueron haciendo más estrechas a medida que aumentaban los beneficios de la civilización. Creció la prensa, algunos de cuyos periódicos, en su momento, pudieron compararse con los mejores del mundo. Llegaron a nuestros puertos lo mejor y más fino que produce la humanidad en cinco continentes destinado a la necesidad o al confort humanos. Los argentinos vivieron en lujosas villas europeas, aparecieron las frases repetidas: "granero del mundo", "crisol de razas", "Atenas del Plata", y nuestros literatos se codearon en las grandes capitales con los elegidos del arte y de las letras. El ruido y la bambolla nos mostraban al mundo del color del oro y al festejarse el cente-

nario de la independencia éramos los campeones de la nación más pujante en este extremo del Continente.

* * *

¿Era realmente así? Alberdi opina: "Después de la caída de Rosas ha sido consagrada la República en los textos constitucionales. ¿Qué ha dado ella? Lo que dió antes: guerra civil, calamidades, y atraso..."

Dice un gobernador de la provincias de Buenos Aires de fines del siglo pasado:

"... su pueblo (el de la Argentina) no ha llenado la misión que le está confiada en el extremo sur del continente americano, y ha sido en la civilización actual una rueda parada, que si no estorba, perturba y confunde el movimiento de las demás".

El mismo hace el análisis de la época rosista y juzga los errores y desvíos que a su entender la distinguieron, y luego, refiriéndose a la nación, se pregunta:

"Pero de ahí en adelante, ¿por qué no repuso sus fuerzas y ganó el terreno perdido durante el gobierno de Mitre? ¿por qué se esterilizó en las guerras del interior, y ayudó a destruir al Paraguay, que pudo haber sido, con habilidad, un instrumento del progreso y de la civilización, y no como fué, una víctima de criminales ambiciones y de sórdidos intereses? ¿por qué, en vez de fundar su libertad, tan reclamada por todos sus hombres, tan cantada por sus poetas de antaño, durante el período de Sarmiento volvió a los gobiernos de fuerza, cuyo único medio de gobernar es oprimir? ¿por qué, durante el gobierno de Avelleda, se ocupó de matarse en La Verde, en Junín, en Santa Rosa, de conspirar durante tres años contra los poderes públicos, y durante otros tres contra los elementos populares que, contra los hombres gastados y corrompidos, levantó la juventud encabezada por del Valle; y como consecuencia de esto, se ocupó de matarse en Los Corrales, Puente de Barracas y Puente Alsina? ¿por qué, durante el período de Roca, volvió al gobierno personal, suprimió el voto popular, desvirtuó el sistema federal y violentó la constitución? ¿por qué, durante el gobierno de Juárez, se ha entregado al despilfarro más escandaloso que ha presenciado jamás la humanidad...?"

Positivamente, la herencia llena de posibilidades, tanto como no le tocó a ninguna de nuestras hermanas, no ha sido aumentada.

El índice del progreso lo da la manera de vivir. En la Capital Federal hay una densidad de 14.987⁸ habitantes por kilómetro cuadrado; en las catorce provincias el promedio es de 6⁹, y en los nueve territorios nacionales de 1².

He aquí la distribución de los mayores núcleos urbanos en el extenso territorio nuestro:

Capital Federal.	2.982.580 habitantes
Rosario (provincia de Santa Fe).	467.937 "
Córdoba (provincia de Córdoba).	369.886 "
La Plata (apéndice de la Capital Federal).	302.073 "
Avellaneda (limitando con la Capital Federal en la zona denominada Gran Buenos Aires).	278.621 "
San Martín (Gran Buenos Aires).	269.514 "
4 de Junio (" " ").	244.473 "
Tucumán (provincia de Tucumán).	194.166 "
Vicente López (Gran Buenos Aires).	149.958 "
Lomás de Zamora (" " ").	128.362 "
Quilmes (" " ").	123.132 "
Morón (" " ").	110.344 "
Matanza (" " ").	98.471 "

Como se ve, de las mayores catorce concentraciones de población argentina, diez se encuentran en la Capital Federal y sus alrededores.

¿Cuál ha sido el fruto de tanto adelanto? Despoblar el interior de la república, tender una red ferroviaria que canaliza la producción hacia un solo puerto, el cual, a su vez, sirve para redistribuir lo que viene desde fuera, todo mediante una organización artificial y antieconómica que no nos favorece; hacinar la población, en su mayor parte improductora de riqueza, en unas pocas ciudades, en tanto las reservas de la nación permanecen inexploradas y se desanima al empresario mediante una inextricable red de disposiciones legales que desvirtúan la "ley de América", es decir, el esfuerzo del pionero que ha de tentar la suerte mediante el sacrificio que quizá le dé la fortuna para él y los suyos.

La anglofilia apasionada, característica común al argentino expectable y al hijo del pueblo, confusa en éste y más clarividente en general en aquél, es como un hilo firme, resistente y duradero, que enhebra las principales manifestaciones de la vida política y financiera de la nación. Al amparo de un verbalismo que ha resultado ser más poderoso que los hechos o cifras que están al alcance de todos, se realizó el enfeudamiento del país, no sólo a costa de su progreso y aun de su hambre, sino también en desmedro de

nuestros vecinos americanos, ya que, si por desigmo de la Providencia resultamos poseedores de las praderas del sur del Continente, la naturaleza misma de las cosas indicaba quiénes debían ser los primeros en recibir su parte, porción que se les escatimó a ellos pero que nunca faltó, y en dádiva generosa, a quienes jamás se sintieron unidos a nosotros por vínculos de hermandad, sangre, historia, lengua, religión o destinos comunes, sino más bien por intereses de factoría.

Por muy enconadas que hayan parecido alguna vez las inevitables relaciones de un gobierno con la oposición, siempre, y casi podríamos decir que invariablemente, sin distinción de partidos extremos o centristas, cesaron la lucha y la polémica para ensalzar con frase erudita, galana o patriótica, el inevitable tratado que es como la cadena que ata al país al banco de sus esfuerzos y de sus sudores, en beneficio de la galera a la que podría comparar el gran imperio, cuyos cimientos en muchas partes del mundo se resquebrajan hoy. André Sigfried ha mostrado en algunos de sus estudios esta dolorosa llaga de la realidad.

LA ORGANIZACION NACIONAL

Todo lo concerniente a esta cuestión descansa sobre una piedra angular: la Constitución escrita que debía regirnos, ganar el atraso en que Rosas sumergió al país, acabar con la anarquía al determinar la órbita de los derechos y el alcance de la autonomía de cada Estado y crear el imperio del derecho sobre el de la fuerza.

Resuelta la primordial faena de eliminar la tiranía, se reunió el congreso constituyente y nos dió la Carta Magna de 1853. Al fin, podíamos pensarnos como nación civilizada. Con el acuerdo de representantes de todas las provincias, se determinó una forma republicana, representativa y federal de gobierno. Se otorgaron derechos y garantías a todos los habitantes del suelo argentino, se previó el equilibrio de los tres poderes, se organizó un congreso con diputados del pueblo y senadores representantes de las provincias. El soñado ideal, la meta de tanta lucha, se había concretado en los papeles. El gobierno tenía estabilidad legal y el pueblo quedaba defendido de los desmanes de los mandones. Acabada la fuerza, se iniciaba la era del derecho y de la prosperidad. Los juristas se encargaron de concretar los mandatos constitucionales en cuerpos de leyes. Asegurada la paz, comenzaba la época del trabajo fructífero. Los capitales afluirían desde afuera, atraídos por las óptimas condiciones reinantes. Se poblaría el país como lo soñaron

Sarmiento y Alberdi y, al fin, podríamos mirar a los pueblos de Europa sin avergonzarnos de nuestra barbarie. Constitución liberal, libertad legislativa, amparo judicial, gobierno parlamentario, etc., ya nada podía fallar.

* * *

Y se plantea otra vez la pregunta: ¿Fué realmente así? El poder volvió a jugarse por la fuerza de las armas. Y mal puede llamarse de organización nacional al período que, arrancando del rechazo del acuerdo de San Nicolás, se continúa en la revolución del 11 de septiembre de 1852, la matanza de Villamayor con el asesinato de Jerónimo Costa y Bustos, el asesinato del general Benavídez en octubre de 1858, el de Virasoro en noviembre de 1860, el del Chacho en noviembre de 1863, la revolución de Mendoza de 1866, la guerra del Paraguay y su secuela de sublevaciones internas, la revolución de 1874 contra Avellaneda por Mitre y Arredondo, y la de Tejedor contra el mismo en 1880; el asesinato de López Jordán en Buenos Aires en 1889, la revolución de 1890, la de 1893 contra Luis Sáenz Peña, seguida por la sangrienta represión de Quintana, una de las más violentas que registra nuestra historia, la revolución de 1905, el avasallamiento de las provincias, el fraude electoral, el empobrecimiento del interior, etc., etc.

Todo lo que es nacional es nuestro. Y en ese sentido son nuestros todos los hombres posteriores a Caseros y sus desaciertos. Pero si de los llamados organizadores puede decirse en cierto modo que fueron ciudadanos, su escuela no lo es de tales ni los dejaron tras de sí. No importan tanto los nombres ni las personas cuanto lo que ellos implican como política, como orientación, como conducta, como servicio. Pueden despreciarse como minúsculos, o tratar de olvidarse, el negociado, el fraude, el desacierto, la entrega del patrimonio nacional, la falta de coraje moral en nuestros hombres representativos, pero la justificación de sus desaciertos, la defensa de sus esquemas políticos, la reivindicación de su escuela, en contra un poco todo ello de lo real y de lo valedero para la salud y la grandeza del país, es lo que no puede ni debe justificarse ni olvidarse. Cuando el país sea lo que debe ser, podrá entonces piadosamente colocar a sus hijos sobresalientes, exclusión hecha de sus errores o aciertos, sus traiciones o sacrificios, su venalidad o su honradez, su altura o su miseria moral, en el panteón de los próceres. Pero postrado en la encrucijada de sus destinos, debe necesariamente combatirse la nefasta escuela que formaron, la tisis ciudadana que nos legaron.

C O L O F O N

Ahí queda el resumen, lector. La cuestión, como se ve, es como una pirámide invertida: su vértice es la polémica histórica, o la historia, simplemente, si se prefiere. Pero de ahí derivan en un ensanchamiento prodigioso todos los aspectos institucionales, políticos, económicos y culturales del país. Todo es una urdimbre, una fina tela de araña en la que el improvisado o el desprevenido, al resolver un problema, al despegar su patita de mosca de uno de los hilos, se enreda más con las otras en otros hilos, en una lucha inacabable y estéril. Por eso la sorpresa de que pensadores liberales den la clave de muchos aciertos y quienes están en la vereda opuesta por su educación, por su ideología, por ese imponderable que nos hace ser lo que somos y que nos configura a través de la leche materna, esquematicen sorpresivamente una serie desconcertante de afirmaciones que debían estar perimidas dentro de su formación intelectual. Ello demuestra lo fragmentario del sistema intelectual que informa a nuestros dirigentes, a nuestros críticos y a nuestros hombres de ideas. A veces, alguna reacción audaz e inesperada, alienta como fresca brisa las páginas de la prensa diaria. No importa que se disienta con el tema que específicamente trata: a través del mismo, en algunas frases o palabras perdidas, se respira la verdad, la hondura, el vigor, el sentimiento de la nacionalidad; aflora el noble mineral y se ve que el autor o sabe o intuye lo realmente sucedido en el gran drama de nuestra vida como nación.

Félix Fares

Buenos Aires, Marzo 1954

La libertad norteamericana



N el mundo occidental surgen propensiones des-
esperanzadoras, afloran aprensiones y temores.
Recaen interrogantes sobre los Estados Unidos
y su consistencia espiritual en el conflicto de
nuestros días. No aludimos a las aseveraciones de
Bevan, por ejemplo, sobre que los Estados Unidos
no estaban capacitados para la dirección del mun-
do. Tampoco entra en nuestra intención referirnos a los juicios
manifestados por Mauriac o por Siegfried. Pero no estará de más
traer al recuerdo la postulación que Henri Pierre hacía en "Le
Monde" el 17 de junio de 1949: ¿podrá encontrar Norteamérica
la solución original, tanto tiempo buscada, que nos dé una síntesis
de socialismo y libertad?

Empero, nada caracteriza mejor la situación de la urdimbre
espiritual estadounidense como algunas manifestaciones recientes
vinculadas al pensar político. Los norteamericanos, conscientes de
su posición de preeminencia material, aprehenden también las exi-
gencias de una primacía cualitativa, no sólo precisa por motivos
de prestigio, sino urgente por imperativos de estrategia política
univesal. G. Tanquary Robinson decía en 1949: "Los Estados Uni-
dos afrontan la crisis de 1949 con un equipo militar de 1950 y un
equipo ideológico de 1775. Filosóficamente, América estaba bien
armada para sus primeros conflictos con la monarquía parlamenta-

ria de Gran Bretaña y con el absolutismo reaccionario de Metternich". La cosa es sencilla. No le demos vueltas. El fracaso de los Estados Unidos como "agitadores y misioneros" —según dijo hace algún tiempo un distinguido comentarista— no estriba en su incapacidad para convertir masas de comunistas; el fracaso real está en no ganar para el bando estadounidense a la gran mayoría de europeos que son a la vez anticomunistas y anticapitalistas.

El asunto reviste un interés vital. Hay posibilidad de resumirlo en la argumentación de Lewis Galantière: es necesaria la autoridad moral de los Estados Unidos, si la posición al frente de los países libres ha de significar algo más que la riqueza con que comprar aliados. En esta línea de pensamiento, leíamos en la "Southwest Review": "Debemos continuar oponiéndonos a la filosofía marxista y a sus prácticas, en todos los frentes, en el interior y en el exterior. Y debemos oponernos con éxito a esta filosofía. Pero también debemos preservar... el verdadero espíritu de libertad ante la ley. Precisamos demostrar esto no sólo a nosotros mismos, sino a los otros: que nuestro libre sistema "will work successfully" tanto bajo duras condiciones como bajo condiciones fáciles. Sólo con tal demostración podemos alejar del comunismo a otras naciones. Únicamente de este modo podemos convencernos a nosotros y a los otros de que nuestro libre sistema de gobierno ofrece la mayor esperanza de libertad para todos los pueblos de todo el mundo". Es como escribe Adrienne Koch: "No podemos tener éxito en un efectivo "leadership" mundial flexionando nuestros músculos y presionando al mundo con nuestra potencia —nuestra potencia material y financiera—. "The American advocates of power politics seem to be more moral-shy than gunshy".

De esta forma, nos encontramos con que la opinión avisada yanqui cree en la existencia de una vital tradición filosófica americana, capaz de servir como una guía estratégica para el futuro. Y se echa mano de los "filósofos de la libertad", principalmente de Madison y de Jefferson. Madison cree que los hombres son ambiciosos, vengativos y rapaces, que son naturalmente dominados por diversos intereses y pasiones, que ellos resuelven organizarse en diferentes facciones para proteger sus intereses especiales y que, en consecuencia, un gobierno democrático debe ser establecido para balancear el conflicto de facciones. "¿Qué es el Gobierno sino el mayor de todos los reflejos de la naturaleza humana? Si los hombres fueran ángeles, ningún Gobierno sería necesario. Si los ángeles estuvieran para gobernar a los hombres no serían neces-

rios ni controles externos ni gobernantes internos." Según la creencia de Jefferson, el sentido común y la virtud no son hereditarios.

En esencia, la aportación de los dos estadistas filósofos se muestra como la mayor contribución que se ha hecho a la filosofía de la democracia. El núcleo de su filosofía política es la conjunción del poder con la libertad. El poder sin libertad es tiranía, una perversión del orden de las cosas natural y deseable. De otro lado, libertad sin poder es utópica. Un Gobierno formado de tal forma está asimismo sentenciado a fallar, siendo desigual la tarea de sostener los derechos iguales de los hombres.

Pero las valoraciones de Madison y Jefferson no constituyen un simple episodio o accidente, sino la piedra de toque de la tradición filosófica americana. Una fase de esta tradición se halla implícita en los "dissenters" británicos que abandonaron Europa. Aunque fué Franklin —en frase de Jefferson— el padre de la filosofía americana, a través de su benevolencia, su moralidad seglar, su estímulo a la educación y su genio por la experimentación.

Después de los hombres de Estado filósofos, tenemos, en el mundo de la filosofía literaria, a Emerson. Lo que Emerson aportó a la tradición americana es la perspectiva del individualismo moral, la explicación de lo que significa vivir como una persona valiente, empeñada en un mundo complejo; así como la sugestión de que los intelectuales americanos nunca han cometido el pecado de orgullo fundado en la ignorancia de otros. Asimismo, cítase los nombres de Charles Sanders Peirce y de William James. Y se acude a John Dewey, ya que éste esparció en nuestro mundo la afirmación básica estadounidense de la persona individual como portadora de valores humanos, asociando la libertad y la democracia con ciencia experimental.

Con otra particularidad: pensamientos que celebraríamos en un Acton, en un Tocqueville, en un Mill, se ven expuestos en Norteamérica por hombres humildes, en aldeas de unos cuantos centenares de almas, entre paredes de troncos, no en salones ni en palacios. Es el testimonio, en el siglo XVIII, de los reverendos Edward Dorr, de Hartford; Charles Turner, de Duxbury; Samuel Webster, de Salisbury... Y Mill, en 1859, pudo rendir, con palabras, un tributo notable al pueblo norteamericano: "Déjeseles sin Gobierno, que cualquier grupo de norteamericanos es capaz de improvisar uno, y de desenvolverse en ese o en cualquier otro asunto con la suficiente cantidad de inteligencia, orden y decisión. Así debía ser todo pueblo libre; y un pueblo capaz de esto tiene

que ser libre." Jefferson habló de la experiencia estadounidense como de un "Empire for Liberty". Y Madison como de una "Workshop of Liberty". Y recordemos las palabras de P. Henry: "¿Tanto vale la vida, tan amable es la paz, que hayan de comprarse a precio de esclavitud? ¡No lo consientas, Dios poderoso!"

* * *

Mas acertemos a ver la esencia de los hechos. No todo es adoración ciega a conceptos y fórmulas estancadas. Con frecuencia aparecen pensamiento esclarecedores. En ocasiones, se tiene la idea, admitida demasiado fácilmente, de unos EE. UU. irremediablemente apegados al ideal de un liberalismo transmitido sin modificaciones por los fundadores de la gran República transatlántica. Pero, ante las transformaciones industriales y económicas sancionadas por el Estado y ante la coyuntura internacional, en ciertos círculos dirigentes ha nacido el convencimiento de la necesidad de revisar los valores ideológicos americanos. En 1815 escribía John Adams: "El artículo fundamental de mi credo político es que el despotismo, o la soberanía ilimitada, o el poder absoluto, está lo mismo en una mayoría de una Asamblea popular, en un Consejo autocrático, en una junta oligárquica, y en un simple emperador." No poca razón aprisiona el juicio de Charles Evan Hughes: "La curación de todos los males de la democracia no es más democracia, sino más inteligencia." El Presidente de la Universidad de Maryland escribía, en septiembre de 1949, en los "Anales de la Academia Americana": "La democracia necesita una continua corriente de idiosincrasia cultivada, de desenvuelta individualidad..., si ha de ser progresiva y dinámica mejor que cristalizada y estática." Ben W. Palmer se refería a estos asuntos en un sugerente artículo —"Totalitarian Democracy: Is Popular Sovereignty Becoming a Despot?"—, publicado en el "American Bar Association Journal", de marzo de 1951.

Pues bien; se nos permitirá aludir a la argumentación de una escritora norteamericana, reducida a su última abreviatura. En suma, existe una tradición filosófica americana, en la que, por supuesto, se dan variaciones entre sus forjadores. En todo caso, ellas son variaciones de un tema característico de los EE. UU.: el humanismo experimental. El es mantenido por una filosofía que toma la inspiración del conocimiento obtenido de los métodos de la ciencia moderna. Se fortalece a través de una moralidad personal opuesta a la ética del amor a sí mismo. Está respaldado por

una teoría de la moralidad política que coloca su fe en el derecho de los hombres a ser libres, a ser diferentes, pero a ser iguales, gobernándose como mejor puedan hacerlo. Otros países, con tradiciones intelectuales desenvueltas, pero sin soporte tecnológico, tienden a desacreditar estos aspectos de la experiencia americana que trata con acción, con tecnología. Consecuentemente, censuran la supuesta indiferencia estadounidense ante los ideales. Esta apreciación falla al reconocer el elemento espiritual en el concepto de "hombre libre", liberado de sistemas inflexibles. La tradición filosófica norteamericana avanza un programa de ideales estratégicos que no despoja al hombre de lo espiritual, ni promete un paraíso sobre la tierra; abraza a los hombres en la masa, sin hacerlos hombres-masa; presenta una concepción del hombre y de la sociedad que es universal en sus llamamientos y que puede y debe ser usada con el fin de ganarse los espíritus y los corazones de los hombres en todas partes.

Cabe ampliar nuestra indagación. Lewis Galantière, en "Foreign Affairs", salía al paso de las críticas exteriores, europeas principalmente. He aquí los resultados de su apoyatura dialéctica: "(Los estadounidenses) no somos doctrinarios; no tenemos dogmas que exaltar; somos empiristas, y nuestros defectos salen a la luz cuando nos vemos obligados a cambiar rápidamente de la consideración de lo inmediato a la de lo distante... Un europeo podría decir —y con seguridad que un alemán lo diría— que somos, filosóficamente, despreciables. Muy bien, somos filosóficamente despreciables. Pero nuestros adversarios platónicos y hegelianos, los planificadores de Estados: fascistas, nazis, comunistas y socialistas son, filosóficamente, dignos de respeto. ¿Es esto, realmente, un consuelo?"

Buscando confirmación a estos criterios, resultará interesante consignar la configuración de la estructura económica industrial norteamericana, echando mano de los argumentos de Paul G. Hoffman: 1.º Toda la empresa libre es capitalista; pero el capitalismo norteamericano resulta único por ser un "capitalismo mutual". 2.º Una gran fuente de fortaleza del sistema estadounidense es su extraordinaria capacidad de producción; hay un hecho: un seis por ciento de la población mundial produce un tercio del conjunto de los "total goods" y casi la mitad de todos los artículos manufacturados. 3.º Otro factor de fuerza se apoya en la distribución amplia y equitativa de la riqueza producida. Peter Drucker hizo esta observación: "Hemos aprendido en estos cincuenta años que la productividad es un principio social y no una idea mercantil, sólo.

En otras palabras, el incremento de productividad debe contribuir a mayores ingresos, a la mayor seguridad en el trabajo de los obreros, a la mayor satisfacción de los consumidores..." 4.º El sistema de libre empresa es único en su capacidad para el cambio. 5.º Otro elemento está basado en la práctica de la competencia. 6.º La justicia emerge del principio de las decisiones por su mayoría. Resumiendo, el entramado de la empresa libre únicamente tiene posibilidad de existir en una sociedad libre.

Mas también se perciben fácilmente otros latidos. Concretamente, el Dr. Nencioni, del Ministerio de Educación italiano, escribía en 1949, en el "New York Herald Tribune": "Nada menos cierto que los E.E. UU., como se dice, sean una nación de individualistas. E.E. UU. tienen una "sociedad horizontal" en la que cada individuo se siente relacionado con sus vecinos y propende a actuar en grupo y con un sentido de responsabilidad colectiva... Europa, por el contrario, es una "sociedad vertical"; es decir, una sociedad muy individualista". Todavía más. Se dan afirmaciones muy concretas. Y bueno será advertir los lineamientos de la tesis del profesor Max Salvadori, del "Smith College": "Los norteamericanos se hallan empeñados en una revolución, no la Unión Soviética. Los Estados Unidos están empeñados en un nuevo experimento sobre las relaciones entre las clases sociales, quizás, aún, en la creación de una sociedad sin clases. La República norteamericana se encuentra intentando "marchar" del tradicional capitalismo europeo. Estados Unidos están proporcionando educación para todos, no —como en Inglaterra o Rusia— para una élite".

En todo caso, debemos darnos cuenta de que, como ha asegurado V. S. Pritchett, conocido crítico británico, "culturalmente, los Estados Unidos están en el principio". Un criterio semejante parece bullir en las siguientes expresiones de Julián Marías, enfocando la urdimbre universitaria estadounidense: "Si no me equivoco mucho, la Universidad tendrá que dar en los próximos años un golpe de timón. La industria y la administración marchan por sí solas, sin necesidad de grandes invenciones; hay que inventar en lo otro. De momento, hay el espejismo de que lo importante es la física, sobre todo, la física nuclear; no cabe duda de que es decisiva, pero con ciertos equipos que ya existen y se desarrollarán sin dificultad, basta. Ahora empiezan a ser inesperadamente urgentes la Historia y la Metafísica".

* * *

Lo cierto es que el problema de la libertad atrae las preocu-

paciones norteamericanas, síntoma nítido ante ciertas propensiones. Así sugerimos el recuerdo de la reunión sobre "la libertad americana", tenida en la "Southern Methodist University", en mayo de 1953. (Los discursos han sido recogidos en un volumen titulado "The Present Danger", editado por Allen Maxwell). Otra prueba: el extraordinario de la "Southwest Review", dedicado, el pasado año, a la "libertad en América". Idénticamente, los derechos del hombre a la libertad de investigación y de expresión con relación a la seguridad de la comunidad, constituyen un tema de discusión dentro del programa conmemorativo del bicentenario de la Universidad de Columbia. Y Eisenhower, en su Mensaje sobre el estado de la Unión, alude a tres amplios propósitos: "protección de la libertad del pueblo estadounidense"; mantenimiento de una fuerte economía en expansión; interés por los problemas humanos del ciudadano individual. "Sólo por un activo interés —decía— para cada uno de estos objetivos podemos estar seguros de que nos hallamos en la ruta adelante hacia una América mejor y más fuerte".

William H. Stringer, refiriéndose al libro, reciente, de John Dos Passos sobre Jefferson, registra cómo, en estos días, se están reexaminando en los Estados Unidos las fuentes primarias de las libertades. El rumbo se halla claramente marcado. Y para todos los que están interesados en comprender las raíces de la tradición americana de libertad personal, nada mejor que acudir a las obras que van viendo la luz en la República norteamericana. Un "Benjamín Franklin", de Bernard Cohen; un "Roger Williams", de Perry Miller; un "Jefferson", de John Dos Passos... Esto revela un matiz sugerente del panorama social estadounidense. Otro testimonio: la jornada consagrada a Lincoln ha dado pie para ocuparse de la cuestión de la libertad. "Abraham Lincoln vivió y dió su vida humana para preservar un Gobierno que había creado con el fin de alentar la libre empresa, la iniciativa individual y la genuina igualdad". Con este juicio inicia Ralph G. Lindstrom un estudio sobre el Emancipador, aparecido bajo el título "Lincoln's Views on Government", en el "Christian Science Monitor" de 9 de febrero pasado. Y el tratadista asegura que hoy están atacadas la libre empresa y la iniciativa individual. Lo han sido durante una generación por el nazismo, el fascismo y el comunismo... Esto es exacto. Pero este hecho se supera ampliamente: cualquiera puede releer a Lincoln; no es difícil leer los discursos pronunciados en el "Lincoln Day". Y, comparando los pensamientos de uno y de otros, resulta improbable hallar algún parecido entre el sentir de

Lincoln y las actitudes verbales del momento. Vayan unas cuantas notas. "En tiempos como el presente, los hombres no deben proferir nada por lo que ellos no puedan ser responsables voluntariamente a través del tiempo y de la eternidad." "Persistir en un cargo que uno conoce que no es verdadero es simplemente maliciosa calumnia." "Con malicia hacia nadie; con caridad para todos." "Nuestro partido tiene la responsabilidad de exponer veinte años de traición..." "La idiotez de Truman..., la falsedad de Acheson." "Los "Fair Dealers" enviaron a nuestros jóvenes a luchar en Corea..." "La Administración demócrata de los pasados veinte años, deliberadamente y con conocimiento, ha permitido a los comunistas tomar en el Gobierno cualquier posición que ellos desearan." No requiere un arduo esfuerzo la tarea de identificar la procedencia de las citas...

Rocemos otras experiencias. Un espíritu significativo late en el discurso de Adlai Stevenson pronunciado en julio de 1952 ante la Convención demócrata de Illinois. He aquí algunos de sus pensamientos: "Hasta hace tres años, Illinois no había tenido jamás, en cien años, más que tres Gobernadores demócratas: uno, John Peter Altgeld, era un inmigrante; el segundo, Edward F. Dunn, era irlandés; el tercero, Henry Horner, era el hijo de un alemán; Altgeld era protestante; Dunn, católico; Horner, judío. Y esto es América, es toda la historia americana..." A la luz de esta anotación, se comprende la confianza del estadounidense en su país, su optimismo integral, la convicción de que su tierra representa una cosa verdaderamente nueva. Y es que el norteamericano siempre va movido un poco por el criterio de Franklin: "Dios concede que no sólo el amor a la libertad, sino un completo conocimiento de los derechos del hombre puede penetrar en todas las naciones de la tierra, de suerte que un filósofo pueda poner su pie en cualquier punto de su superficie y decir: "Este es mi país".

* * *

Ciertamente que la situación presente del mundo es susceptible de presionar trágicamente sobre el entramado interno yanqui. Mas conviene no olvidar el ejemplo que suministra la misma trayectoria estadounidense. Como muestra, Lincoln tuvo vívida simpatía por la causa de la igualdad y de la libertad. Esto es sabido. Empero, este estadista, como escribió el doctor James G. Randall, "fundió la causa del nacionalismo con la de la libertad". Emergen claras circunstancias. Con frecuencia se habla de la "ame-

maza a la seguridad nacional estadounidense” y de “la seguridad nacional y la libertad individual”. (V. “The Threat to Our National Security”, “The Research and Policy Committee of the Committee for Economic Development”, septiembre 1952. También, del mismo origen, “National Security and Our Individual Freedom”, diciembre 1949). Y, en algunos perfiles de la cuestión —el asunto de la libertad y la ciencia, por ejemplo— se ha llevado la discusión a los sectores científicos y universitarios de la gran República de América del Norte. Toda una serie de temas —científicos y lealtad, la responsabilidad del profesor universitario, las bases de la lealtad nacional, etc.— ha sido destacada en el “Bulletin of the Atomic Scientists” de los Estados Unidos. Todo un ensayo merecería, empero, el llamado “problem of ‘loyalty’”.

Alan Barth, el autor de “The Loyalty of Free Men” caracteriza el tiempo actual como la “Era of the Oath”. Esta dimensión política no es nueva. Pero, en el sentir de este escritor, la peculiaridad de la contemporánea “toma de juramento” es, ante todo, su preponderancia y, en segundo lugar, su carácter negativo. Y se explica con claridad: un juramento de lealtad debería ser, por definición, una afirmación. La mayor parte de las veces, es de marcado sentido negativo. Pero he aquí que reacciones de variado matiz agitan a muchas conciencias. Y es que la cosa se presta a valoraciones, críticas y estimaciones sin cuento. Francis Biddle, ex “Atorney General” de los EE. UU. ha calificado con duros términos el presente estado de espíritu de la trabazón social americana. Un movimiento de ese tipo tiende a ser anti-intelectual, obscurantista, brutal: “ripe for the man on horseback”. Y para llegar a esta conclusión acude al testimonio de la Historia. Y no teme exponer juicios plenos de dramatismo. “El miedo y la timidez penetran en nuestra escena americana, en otro tiempo valiente y libre”. Y dice: “El miedo a Rusia, el miedo a la guerra, el miedo a la bomba se traducen en miedo al cambio, en miedo a la reforma, en miedo a ser llamado comunista, en miedo a ser clasificado como un liberal”. Y continúa: “Para nosotros hay un gran peligro en la amenaza —para todo el mundo— del imperialismo soviético. Es esencial ver este peligro invariablemente y verlo objetivamente”. Aportando la advertencia de que es altamente peligroso no sólo para las instituciones norteamericanas “of decency”, sino para su seguridad interna y externa, sustituir tales peligros por imágenes que la ansiedad estadounidense crea o que algunos interesados desean imponer sobre la imaginación americana, en orden a justificar los controles que se ajustan a su propia ambición. Empero,

se da entrada a la esperanza. Fundamentalmente, el país norteamericano es sano, como ha probado en cada gran crisis. Así lo juzga Biddle. Para quien hay un camino: "Resistiendo juntos, recordando la fortaleza libre de nuestro propio pasado, recordando a Thomas Jefferson y a Charles Evans Hughes —los hombres que no han sido barridos... por sus propios temores y prejuicios— podemos volver al país tras la ruta de su gran tradición". Asimismo, Herbert Brownell, el "Procurador general" norteamericano, hablando en la VI Conferencia anual de las libertades civiles, el 18 de marzo, dijo que tenía confianza en que los americanos "nunca permitirán la sustitución de su querida herencia de libertad civil por la intolerancia y la persecución".

Y no se trata de enfrentarse con enigmas o perplejidades de reciente cuño. Pero el horizonte vital norteamericano ha de ampliarse más. Pensemos en las amonestaciones de Morton Grodzins, docente de política en la Universidad de Chicago. Para él, el peligro no es que la democracia pueda fallar a causa de que es "inherentemente incapaz" de proporcionar las satisfacciones inmediatas de la vida que, de forma indirecta pero sólida, llevan a la fuerte lealtad nacional. El peligro es que la democracia pueda fallar, no por sus méritos, sino porque falle en ser democrática (V. M. Grodzins "The Basis of Loyalty", "The Bulletin of the Atomic Scientists", diciembre 1951, pág. 362).

Pero se necesita aclarar un poco más este asunto, decisivo en verdad. Dícese que la mayor fortaleza potencial de los Estados Unidos se apoya en su creencia en la libertad; ahora bien, en argumentación del inglés Robert Payne, Norteamérica no ha demostrado a las otras naciones que su pueblo participe de este principio como una convicción moral común. En este punto se ofrecen dos fuentes principales de mala inteligencia: estamos ante una trágica "ambivalencia": una posición reflejando dos inconsistentes concepciones de la libertad, una opinando que la libertad es algo que ha de ser apreciada por sí misma; y otra, la estima como un tesoro para ser distribuido. Y la tesis de Robert Payne es que el poder social estadounidense —como opuesto al poder económico y militar— resulta contingente a tono con la última actitud. Con lo que, a juicio de este escritor inglés, la potencia militar americana únicamente puede ser efectiva como un medio subordinado al fin de participar en la distribución del tesoro de la libertad. Con otra adición: América no tiene posibilidad de contar con sus aliados potenciales si continúa siendo "un pueblo no decidido sobre sus motivos". Y Payne llega a más: "Una paz duradera depende

del uso estadounidense de su poder social para "enfocar" un resurgir universal de la libertad que es potencial en todas partes". (Cons. "Report on America", Nueva York, John Day Company, 1949; págs. 11 y 96 singularmente).

* * *

Y he aquí que un tema de mera política interna se conecta con la atmósfera internacional, con una cuestión esencial en las relaciones atlánticas: ¿está preparada Europa para aceptar la guía norteamericana?, ¿la vida interna de los Estados Unidos responde fielmente a las exigencias del país en el exterior? A esto no puede contestarse con un "sí" o con un "no". El anticomunismo europeo no objetará a la necesidad del "leadership" militar de los Estados Unidos. Pero retrocederá ante la idea de la supremacía norteamericana en materia cultural y espiritual, y dudará seriamente del sentido común de la diplomacia del Tío Sam, en una coyuntura tal. El desdén del intelectual europeo por la civilización masiva americana es debido, parcialmente, a la envidia del débil por el fuerte. Pero, por encima de esto, refleja el tradicional anticapitalismo de una élite europea que no ha conseguido apreciar los grandes cambios de la estructura económica estadounidense desde el "laissez faire" a los "New" y "Fair Dealisms". Esta es, en síntesis, una faceta del pensar de James H. Meisel de la Universidad de Michigan (inserto en las págs. 524-525 de "The Western Political Quarterly", septiembre de 1952, al comentar "America and the Mind of Europe"). Y es verdad que los escritores americanos tienden a diferenciar su estructura económica de la vida económica europea. Esto es una realidad. Acudamos a una prueba. En el número de 4 de marzo de 1951 de "This Week", una publicación con unos diez millones de lectores, el editor, William J. Nichols, escribió un artículo —posteriormente impreso en el "Reader's Digest"— en el que se requería un nuevo nombre para el capitalismo americano. Se alega que el nombre de capitalismo no responde al sistema estadounidense. El asunto a resolver es —postulaba Nichols—: ¿cómo describiremos a este sistema —imperfecto pero mejorando siempre, y siempre capaz de ulterior mejoramiento— donde los hombres se mueven juntos hacia adelante, trabajan juntos, edifican juntos, producen siempre más y más y participan conjuntamente en las recompensas de su producción en incremento? Un hecho resulta cierto, según Frederick Lewis Allen (en "The Unsystematic American System", "Harper's Magazine", junio 1952): hay un subcon-

ciente acuerdo entre la gran mayoría de los americanos de que los Estados Unidos no se hallan evolucionando "hacia" el socialismo, sino "después" del socialismo. Lo curioso es que hoy día los estadounidenses ven motivos de crítica en no pocos aspectos esenciales de Europa. Y recuérdese el caso de Jefferson. Como Ministro de Estados Unidos en Francia, tuvo un encuentro personal con el Viejo Mundo que admiraba desde lejos. Vió a la Revolución Francesa rompiendo sus límites, y en Francia lujo desorbitado y pobreza desesperada. En Inglaterra vióse desairado por el Rey y la sociedad. Y Jefferson regresó a EE. UU. con la conclusión de que las cosas estaban mejor manejadas en el Nuevo Mundo. Mas cabe elaborar otros conceptos. Así, una de las críticas de Raimond Aron sobre el discurrir yanqui —también adoptada por George Kennan en su "American Diplomacy"— se dirige contra el complejo americano de cruzado. La dirección estadounidense sería más fácilmente aceptada si los americanos pusiesen en claro que ellos no insistirán sobre el resto del mundo para convertirse a sus ideas. Y Aron pone una condición para que se acepte por Europa la guía norteamericana: que Estados Unidos descubran por sí mismos la directriz adecuada a ellos, por medio de la selección de los dirigentes identificados con ésta.

Y hay posibilidades de observar particularidades políticas norteamericanas realmente extrañas para muchos. En este rumbo, adúcese que los tradicionales partidos americanos son "ultrajantes fraudes". Ni los republicanos ni los demócratas tienen algunos principios fundamentales o ideología. Ellos no tienen ni aun un programa. En cada campaña, las "plataformas" de ambos partidos son simplemente colecciones de nobles generalidades, envueltas en el lenguaje más vago posible; y en cada caso las "plataformas" son casi idénticas. De modo obvio, tales organizaciones políticas constituyen, meramente, máquinas para "agarrar" poder y distribuir favores. Esta clase de sistema político carece de sentido. Ahí tenemos el argumento de los defensores de la formación de un tercer partido en Norteamérica, propensión manifestada desde hace poco más de una generación. Mas los americanos no parecen muy propicios a este cambio, a la vista de ciertas experiencias europeas, muy reales. Ellos prefieren apoyarse en esas reglas no escritas de la política estadounidense. Aunque aquí es dable recordar que el principio básico de la política de los Estados Unidos ha sido expresado por el Juez "Learned Hand": "The spirit of liberty is the spirit which is not too sure that it is right". (V. John Fischer,

"Unwritten Rules of American Politics", "Harper's Magazine", noviembre 1948).

De ahí que sea preciso reconocer algunas evidencias. Por ejemplo, tienen plena explicación las consideraciones de H. Beuve-Mery. América debe saber que está perdida en más o menos plazo si es sacrificada Europa. Europa debe saber que América ha sido desde hace unos años, y continúa siéndolo, su principal y casi única protección contra la invasión. El debate entre ellas no debe situarse, pues, sobre el fin —que es ampliamente común—, sino sobre el reparto de tareas y la elección de medios... (La primera actitud a tomar es, en todo caso, una resistencia profunda, vigorosa y sana al contagio comunista. Esta resistencia puede y debe ser ayudada desde el exterior del Continente europeo, pero no puede tener su fuente más que en el interior. "On ne sauverait pas malgré eux des peuples qui auraient perdu toute foi et toute volonté. Or, ce danger existe". Urge, por ambas partes, una consolidación de las convicciones, una regeneración de las instituciones; frecuentemente, por una de las partes, una verdadera "refección" de las células nerviosas del cuerpo social. (Tengamos presente el juicio de P. H. Simon, en "Témoignage Chrétien". Vid "Le Communisme et l'Occident", 7 de mayo de 1948). La primera victoria sobre el comunismo es salvar contra él a la democracia política, en Europa; la segunda —y la única decisiva— será hacer sin él la democracia social. Los EE. UU. evidencian la existencia de desazones políticas diversas, patentizadas claramente por la prensa diaria. Europa siente preocupaciones, pero no de igual valía.

Pero los occidentales nos movemos inmersos en distinciones y valoraciones que no son aceptadas en otros sectores del globo; por ejemplo, en el Oriente. Para algunos pensadores asiáticos, Estados Unidos y Rusia, dentro de sus opuestas ideologías, tienen rasgos comunes: éxitos en conseguir un progreso material y potencia militar, a través de la industrialización; en el conflicto entre los dos grupos mundiales, ninguno de ellos se halla inspirado por valores de moral universal o por intereses de la Humanidad como un todo; un entramado social mezcla de materialismo y nacionalismo (aunque en esto haya diferencia de grados). Y quien guste de conocer este tema con mayor detalle, no tiene más que leer el discurso de Mohamad Alí, del Pakistán, en el "Iqbal Day", con el título "The Task Before Us", publicado en Karachi en 1952. Y éste no es un caso único. Charles Malik, del Líbano, ha hablado de ciertas facetas de toda la vida occidental que son repulsivamente materialistas. Y tales enfoques procedentes de men-

tes orientales se justifican plenamente. Tanto Estados Unidos como Europa descubren, desgraciadamente, perfiles negativos. Esto es lo esencial. Ello evita excesivas insistencias.

Lo importante es discriminar de qué forma encauzar las verdaderas esencias de los pueblos, que —como en el caso de la tradición americana de la libertad— han venido siendo, de un modo o de otro, uno de los asideros dialécticos de su personalidad estatal; y soslayando, a la par, circunstancias pasajeras de hipernacionalismo, de puerilismo o de temor, susceptibles de llevar la confusión a los espíritus que no penetren sólidamente en la idiosincrasia nacional. ¡Arduo tema para la meditación!

Leandro Rubio García

Zaragoza, abril 1954

CRONICA



EN el aniversario conmemorado en Lima el 25 de Septiembre de la muerte de Sr. José de la Rosa Antelo, uno de los más egregios defensores de la tradición hispanista y católica. Merecería que tiene un tributo en nuestras letras. Este es precisamente el mejor homenaje que la Escuela de Estudios Hispánicos americanos puede tributar al gran humanista peruano.

La Facultad de Comercio de la Universidad Central de Chile, ha organizado en septiembre los cursos departamentales, y organizará igualmente una sección de estudios hispanos.

Todos los sectores sociales del país han tributado un justo homenaje a la famosa poeta chilena, Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, quien regresó a Chile después de varios años de ausencia.

Como un reconocimiento nacional a la obra literaria y científica de los profesores Alfonso Reyes y Alfonso Caso, el Presidente de México, Ruiz Cortés, les ha otorgado el «Premio Amalio Casasola», otorgado por el Instituto Mexicano del Libro.

los orientales se justifican plenamente. Tanto Estados Unidos como Europa descubren, desgraciadamente, perfiles negativos. Esto es lo esencial. Ello evita expresivas imitaciones.

Lo importante es discernir de qué forma encarnan las verdaderas esencias de los pueblos que —como en el caso de la tradición americana de la libertad— han venido siendo, de un modo o de otro, uno de los grandes dialectos de su personalidad estatal, y subrayando a la par, circunstancias parajéticas de internacionalismo, de pacifismo o de temor, susceptibles de llevar la confusión a los espíritus que no penetran sólidamente en la ideología nacional. (Añade tema para la meditación.)

Leonardo Rubio García

Barcelona, 20 de 1934

CRONICA

El Comité organizador del presente año...
 por las intenciones de la UNESCO, especialmente en relación con el estudio de
 colaboración durante las sesiones que tendrán lugar en las organizaciones internacionales
 tal, para implantar los nuevos sistemas.

* * *

El primer período de sesiones...
 Dr. Juan March por su trabajo titulado "El movimiento español en la Repu-
 blica" que se publicó en el Diario de la Tarde de La Habana. El artículo
 de dicho primer período fue consensado a la "Sesión Persepolis" por su artículo titulado
 "La historia de la América".

* * *

La Dirección General de Estadísticas de El Salvador, después de una
 investigación sobre el volumen de la cosecha de café, ha llegado a la conclu-
 sión de que los factores de la Comisión Económica para América Latina
 publicados en Chile, resultan incorrectos y que la producción no está disminu-
 yendo.



En estos últimos días de Octubre se ha conmemorado en Lima el X Aniversario de la muerte de D. José de la Riva Agüero, uno de los más egregios defensores de la tradición hispánica y católica. Magisterio que tiene continuidad en nuestras tareas. Este es precisamente el mejor homenaje que la Escuela de Estudios Hispanoamericanos puede tributar al gran humanista peruano.

* * *

La Facultad de Comercio de la Universidad Laval en Québec ha inaugurado en septiembre dos nuevos departamentos, y organizará igualmente una sección de estudios turísticos.

* * *

Todos los sectores sociales del país han tributado un justo homenaje a la famosa poetisa chilena, Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, quien regresaba a Chile después de varios años de ausencia.

* * *

Como un reconocimiento nacional a la obra literaria y científica de los profesores Alfonso Reyes y Alfonso Caso, el Presidente de México, Ruiz Cortines, les ha entregado el «Premio Avila Camacho», discernido por el Instituto Mexicano del Libro.

El Comité baitiano encargado del proyecto de mejora de la enseñanza por los métodos de la UNESCO, especialmente de la lectura y escritura, ha colaborado durante tres semanas con técnicos de esa organización internacional, para implantar los nuevos sistemas.

* * *

El premio periodístico «Monumento a Cuba» ha sido otorgado al Dr. Jorge Mañach por su trabajo titulado «Monumento español a la República», que se publicó en el Diario de la Marina de La Habana. El accésit de dicho premio fué concedido a D. Mario Parajón por su artículo titulado «Reunión de Familia».

* * *

La Dirección General de Estadísticas de El Salvador, después de una investigación sobre el volumen de la cosecha de café, ha llegado a la conclusión de que los informes de la Comisión Económica para la América Latina, publicados en Chile, resultan inexactos y que la producción no está disminuyendo.

* * *

El suplemento literario del diario bonaerense CLARIN, apoya la candidatura de Ramón Gómez de la Serna para el premio Nobel de Literatura.

* * *

El Embajador de Costa Rica ante la Organización de los Estados Americanos, doctor Antonio Facio, suscribió en Wáshington a nombre de su gobierno, las convenciones sobre asilo diplomático, territorial y fomento de las relaciones culturales interamericanas, aprobadas en la Conferencia de Caracas.

* * *

En unas declaraciones, el Presidente Gálvez ha afirmado que uno de los primeros pasos en materia social que dará el gobierno hondureño será la firma de un convenio con la Organización Internacional del Trabajo. Según el Presidente, Honduras necesita centros científicos patrocinados por esa organización para lograr elementos capaces de regir, técnicamente, el Instituto de Seguridad Social.

* * *

Las autoridades de Puerto Rico han dado a conocer una medida por la que se dispone que los comunistas se registren como tales en el gobierno,

quedando sujetos, en caso contrario, a la imposición de una multa de 10.000 dólares o prisión de 5 años. Una vez registrada la persona comunista, queda excluida de los derechos ciudadanos que le facultan para obtener pasaportes o empleo, en el gobierno federal.

* * *

Se halla en plena organización en Honduras el Sindicato de Trabajadores de la «Standard Fruit Co.» y de la Tela Railroad. Próximamente se celebrará un congreso obrero en el que se discutirán los temas principales referentes a la organización de dichos sindicatos, así como las leyes para su funcionamiento.

* * *

El próximo 2 de diciembre se realizará el V Congreso Interamericano de Municipios en la ciudad de San Juan de Puerto Rico. Los puntos fundamentales a tratar son: Acerca de las relaciones humanas en el gobierno municipal, comprendiendo: gobierno y personal, gobierno y ciudadanía, buena administración, y la Reforma municipal, urbana y rural.

* * *

Dentro del programa de Asistencia Técnica, la UNESCO ha proyectado la creación, en Uruguay, de un Centro de Documentación Científica Técnica y Económica, que llene la necesidad inmediata de un Centro Coordinador capaz de suministrar una completa información bibliográfica.

* * *

Con la participación de delegaciones técnicas de casi todos los países hispanoamericanos, de Brasil, Portugal y España, se ha clausurado con gran solemnidad el II Congreso Iberoamericano de Seguridad Social, en Lima. En atención a la importancia de este certamen, España se hizo representar por una numerosa delegación de especialistas presididos por el Sr. Ministro de Educación Nacional.

* * *

Argentina, que está viviendo una intensa temporada de actividad cultural médica, ha clausurado recientemente un Curso extraordinario de Cance-rología con amplias resonancias internacionales. Asimismo, las jornadas prácticas del II Congreso de Cirugía Torácica constituyen un gran aporte científico y un claro exponente del alto desarrollo profesional del país.

Recientemente tuvieron lugar en Sao Paulo los Congresos Internacionales de Escritores y de Filosofía. El primero discurrió esencialmente en torno a la literatura portuguesa, en el segundo se presentaron hasta 140 trabajos internacionales y contó con la asistencia de representantes por parte de quince países europeos.

* * *

Con el respaldo del gobierno italiano y fondos procedentes de varias firmas industriales, se prepara una Expedición italiana, cuyo propósito será explorar regiones de Sudamérica consideradas actualmente como peligrosas o semidesconocidas, especialmente en Panamá, Colombia y Venezuela. Para esta penetración se utilizarán todos los resortes de la técnica moderna.

* * *

Durante el mes de julio se ha verificado en Venezuela una reunión de rectores de las universidades nacionales. Una de las decisiones más importante tomada fué la de uniformidad de Reglamentos y en particular el de reválidas, equivalencias y traslados, entre las diferentes universidades.

* * *

En los últimos días del mes de julio ha tenido lugar en el Canadá un congreso de religiosos canadienses. La cuestión principal estudiada por esta magna asamblea ha sido la perfección de la vida religiosa, por considerarla condición esencial en el éxito de todo apostolado.

* * *

Del 27 al 30 de octubre se celebrará en París un Congreso Internacional, organizado por el Centro de Estudios Radiofónicos de la Radio-Televisión de Francia. Tratará sobre los «Aspectos sociológicos de la música en la Radiodifusión», por lo que estará abierto a los sociólogos y especialistas en radio de todos los países.

* * *

La Universidad hispanoamericana de La Rábida



OMO en los años anteriores, también en éste dedicamos las columnas de nuestra crónica al Curso de Verano de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida.

Doce cursos se han celebrado ya, desde el año 1943, en las históricas celdas del Monasterio rabideño, en medio del evocador simbolismo de los lugares colombinos.

Doce cursos en la vida de esta institución universitaria española, nos permiten insinuar que el calificarla de joven, como se venía haciendo hasta ahora, pierde, poco a poco, su razón de ser.

La organización de los cursos estivales, en general, se remonta a una época muy reciente. Su adscripción e incorporación definitiva a las tareas universitarias y su auge son, sin duda alguna, la consecuencia más visible del movimiento mundial de intercambios culturales. Y éste, debido a la amplitud, la intensidad y los éxitos conseguidos en el fortalecimiento de la mutua comprensión entre los jóvenes intelectuales de todos los países, promete convertirse en una de las más claras y esperanzadoras características de esa tormentosa época que nace con las graves perturbaciones heredadas de la última guerra mundial.

Los doce años de vida intensa y fructífera de nuestra Universidad parecen justificar nuestro comentario. Pero hay algo más: el tono científico,

mantenido a lo largo de todos estos años y firme en el desarrollo; y la dedicación exclusiva a los temas americanistas, que es precisamente su distintivo más peculiar.

Con esta especialización se llenó una necesidad sentida en el ambiente científico y cultural español. Sólo así puede explicarse la rapidez de desarrollo de un centro universitario: enclavado precisamente en lugar alejado de todo ruido urbano.

Un poco de historia...

Una lápida colocada por la Real Sociedad Onubense en el Convento, decía: «La Rábida es la primera afirmación del movimiento hispanoamericano. El lugar donde se engendró el Nuevo Mundo es sagrado por la emoción social. El español o americano que sienta hondo y eleve el pensamiento, ¿no nos ayudará en nuestros propósitos de convertir en amor y paz la fuerza que irradia de este humilde monasterio?».

Y muy cerca de La Rábida están las ruinas de un viejo puerto, el puerto de Palos, desde donde cierta mañana de agosto zarparían tres pequeñas carabelas. El Convento, el Puerto y el paisaje azul y verde de estas tierras evocan el punto clave del acontecimiento más decisivo de la Edad Moderna: la inserción en la Historia de todo un Continente.

Aquí en el año de 1943, se inauguró modestamente el primer curso de estudios hispanoamericanos, especiales para españoles, portugueses hispanoamericanos, y también para extranjeros que hubieran realizado estudios de especialización sobre materias americanistas y quisieran ampliarlos. El fin primordial de los cursos, sin embargo, ha sido —y sigue siéndolo— el despertar vocaciones entre los universitarios para el americanismo español. El éxito del primer curso inspiró al Ministerio de Educación Nacional la conveniencia de convertirlo en algo más serio y duradero. Al año siguiente se crea, ya con carácter permanente, la Universidad Hispanoamericana, primera y única hasta ahora en su clase, puesta bajo la advocación de Santa María de la Rábida, Patrona del Convento y del cercano Palos de la Frontera. La devoción a la común Patrona es seguramente el lazo que con más fuerza une en estrecha colaboración y simpatía a estos tres núcleos colombinos. La situación jurídica de la Universidad se regula por el decreto de 11 de enero de 1946.

Se suele calificar, entre nosotros, de heroica a aquella etapa inicial de la Universidad. No es para menos si se tiene en cuenta que los profesores y alumnos estaban alojados en Huelva, mientras que las conferencias y los

seminarios se daban en el Monasterio. Día por día han tenido que desplazarse al Monasterio en autobús y en canoa.

La Universidad experimentó un cambio favorable y un avance, con la entrada en servicio, en el año 1946, de la residencia para profesores y alumnos. Edificio bien concebido, de sencillo estilo colonial, y emplazado a doscientos metros del Monasterio. Unos pocos metros más la separan de los campos de deportes y del embarcadero, que permite disfrutar de toda clase de deportes acuáticos.

Junto al crecimiento material, iba acumulando la Universidad experiencias científicas y conforme a ellas modelaba el programa temático de los cursos sucesivos. Hemos de afirmar, sin embargo, que desde los comienzos, éste estaba sujeto al principio de la unidad integradora dentro de la variedad temática. Unidad en cuanto que cada curso se centra en trayectorias históricas o culturales perfectamente delineadas, y la variedad está en la composición de los temas sobre los que se diserta.

A lo largo de los primeros ocho Cursos ha predominado el interés por el período anterior a la emancipación. Un sólo curso, el de 1946, dedicado preferentemente a la América Independiente. Desde el año 1951, en cambio, se presta atención casi exclusiva a los problemas y a la historia de la América contemporánea. El Curso reciente acentuó todavía más la apuntada tendencia que, a nuestro juicio, es un fiel reflejo y buen exponente de la evolución favorable que se había producido en el horizonte americanista español. Los jóvenes investigadores, conocidos ya en el mundo de las letras por sus brillantes trabajos y publicaciones, formados en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y ex alumnos de la Universidad rabideña se interesan cada vez más por la palpitante actualidad y también aquí, no sólo en las comunes raíces históricas, buscan, con pleno rigor científico, los fundamentos de la unidad cultural hispanoamericana.

La E.E.H.A. y la Universidad

La Universidad es la proyección de la ingente labor que en el campo de la investigación americanista realizan la Universidad de Sevilla y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. La estrechísima vinculación de estas dos instituciones es de todos sobradamente conocida.

Para la Escuela, la Universidad es todavía algo más: es la cátedra pública, el medio más eficaz para establecer contacto directo con la juventud universitaria, con el fin de despertar en ella curiosidad científica por los problemas que laten en el ambiente hispanoamericano; infundirle ese cariño

que todo científico serio siente por el objeto de su investigación; exponer ante ella las dificultades con las que muchas veces tropieza en su labor y sus ensayos de superarlas.

La Escuela dispone de hombres capaces de acometer esta labor. Los trece años, desde su fundación, no han transcurrido en balde. Junto a los nombres prestigiosos que iniciaron la tarea, van formando en las filas del profesorado los antiguos alumnos de la Escuela y de la Universidad, que hoy son ya nuevos maestros de cátedras americanistas o materias afines de varias universidades españolas y americanas y de la Escuela misma.

El XII Curso

Con este haber en su historia, abrió la Universidad en la tarde del 10 de agosto último, sus puertas a 59 alumnos —50 españoles y 9 extranjeros— procedentes de las más diversas Universidades y Facultades españolas y extranjeras y seleccionados rigurosamente entre centenares de solicitudes recibidas. Iba a empezar así un nuevo Curso de seis semanas, repartidas entre horas de intenso estudio y otras de diversión, deportes y excursiones, de este auténtico «ayuntamiento de maestros e alumnos para hacer el saber».

En la solemne sesión de apertura, celebrada en el Patio Mudéjar del Convento con numerosa asistencia de autoridades eclesiásticas, académicas, civiles y militares, dictó la lección inaugural el Ilmo. y Rvdmo. Sr. doctor D. Pedro Cantero Cuadrado, primer Obispo de la recién creada diócesis de Huelva, quien de esta forma se incorporaba a las tareas docentes de la Universidad y asumía su alta dirección espiritual. «La Iglesia Católica en Hispanoamérica» —el tema de la conferencia—, con su inquietante y a la vez prometedor problemática, se convirtió, en la exposición del doctor Cantero, en lo que en definitiva es y debe ser: el fértil suelo donde hunde las raíces el frondoso árbol de la comunidad cultural hispanoamericana.

De cara, ya desde el primer momento de su llegada, a los problemas contemporáneos, era necesario que volvieran los alumnos la mirada hacia los orígenes y el devenir histórico anterior a la Independencia. Buena preparación histórica conseguida a través de un estudio sólido de esta época es indispensable, si se quiere captar rectamente los perfiles más salientes de las futuras estructuras estatales y comprender los acontecimientos que agitaron y agitan la vida de los soberanos Estados americanos. En sobrias y doctas síntesis, el Dr. Hidalgo Nieto disertando sobre la «América Prehispanica»; Dr. Calderón Quijano, acerca de «Los Descubrimientos»; Dr. De Armas Medina sobre «La Conquista»; de nuevo Dr. Calderón Quijano sobre «Las Indias en los siglos XVI y XVII», dejaron abierto el camino para

que el Dr. Corona Baratech pudiera, en su ciclo titulado «Hispanoamérica en el siglo XVIII», exponer los factores que determinaron el movimiento emancipador y las primeras manifestaciones de éste. Trece lecciones fueron dedicadas en conjunto a este período.

Con los siguientes apartados, de cuatro lecciones cada uno, se ha entrado ya de pleno en la época contemporánea. El Dr. De la Concha desarrolla la vida independiente de Méjico; en torno a «Centroamérica, Antillas y Filipinas» gira la exposición del Dr. Morales Padrón; «Los países de la Gran Colombia» son el tema de las lecciones del Dr. Tejado Fernández; Sr. Herrero Conzález estudia los problemas de «Las Repúblicas del Pacífico» y el Dr. Gil Munilla cierra este ciclo, que constituye una verdadera síntesis de historia de América independiente, con la explicación del acontecer histórico en «Los Pueblos Rioplatenses».

Al margen del ciclo histórico se han estudiado, a través de lecciones complementarias, temas monográficos en este orden: «Visión sociológica de la historia brasileña» por el Dr. López Núñez; «El Derecho Administrativo en América» por el Dr. Ortíz Muñoz; «Reducciones guaraníes de los Jesuítas» por el Dr. Luengo Muñoz; «La Filosofía Jurídica en América» por el Dr. von der Heydte y «El Pensamiento filosófico peruano del siglo XVII» por el Dr. Guil Blanes.

En este curso se han suprimido totalmente las conferencias aisladas. Los Seminarios, en cambio, —sin duda, la forma más eficaz para que el planteamiento y enfoque de los problemas científicos y culturales se haga, gracias a una discusión dirigida, que es siempre sugerente, de cara a exigencias auténticas y vivas— se han ampliado al número de 24. De ellos se han desarrollado cada semana cuatro simultáneamente, coincidiendo siempre temas de especialidades diferentes, y distribuyéndose los alumnos, a petición propia, según sus preferencias intelectuales.

Repartidos según el ámbito geográfico al que se han referido, tres seminarios han sido de tipo general: «Mito y grandeza de la igualdad» dirigido por el Dr. Clavero Arévalo, «Sociología de la novela» por el Dr. Ramiro Rico, «Responsabilidad civil» por el Dr. Fernández Villavicencio; uno dedicado a Europa: «El futuro de Europa» por el Dr. Sánchez Agesta; ocho trataban de España: «El Paisaje en la historia de España» por el Dr. Martín Moreno, «Proceso histórico de la Unidad Española» por el Dr. Sánchez Bella, «La trayectoria histórica de la monarquía» por el Rector de la Universidad Dr. Rodríguez Casado, «Las revistas culturales españolas de postguerra» por el Dr. Pérez Embid, «La España del siglo XVI según los viajeros extranjeros» por el Dr. Sánchez Montes, «España y la filosofía actual» por

el Dr. Peñalver Simó, «El arte español en el siglo XX» por el Dr. Hernández Díaz, «Cómo deben leerse nuestros clásicos» por el Dr. Moreno Báez; y, finalmente, doce recogían las múltiples facetas del americanismo en los siguientes temas: «Las figuras de la independencia [americana vistas por los historiadores españoles]» por el Dr. Cepeda Adán, «Iglesia y Estado en Hispanoamérica» por el Dr. Gutierrez de Arce, «Música y pueblo en América» por el Dr. Sánchez Pedrote, «Pasado y presente del procesalismo americano» por el Dr. Gutiérrez Alvíz, «El indigenismo en la poesía Hispanoamericana» por el Dr. Varela, «Diez años de discusión sobre las letras alejandrinas de 1493 referentes a las Indias» por el Dr. Giménez Fernández, «El divorcio en Hispanoamérica» por el Dr. Royo Martínez, «Las bulas de Alejandro VI y el Nuevo Mundo» por el Dr. García Gallo, «La demografía hispanoamericana durante el período del gobierno español» por el Dr. Barón Castro, «El Virreinato peruano en el siglo XVII» por el Dr. Lohmann Villena, «Igualdad, intervención y hegemonía en América» por el Dr. Aguilar Navarro. El afán de agotar a fondo la discusión de pareceres ha penetrado en el medio estudiantil hasta tal grado que incluso las sosegadas tertulias de café se vieron invadidas por la preocupación de dar la recta solución a las cuestiones suscitadas. Gracias a la consulta de libros y las oportunas correcciones de los profesores, las intervenciones se han mantenido siempre dentro del riguroso marco científico. Huelga subrayar el alto valor formativo que supone en estos casos la estrecha convivencia y penetración de los profesores y alumnos.

Sería incompleto este cuadro si no nos refiriéramos a la nota de sana alegría (empeño constante del rectorado) de los deportes, excursiones y sesiones de cine, vivido todo ello con el mejor entusiasmo y buen humor.

Una vez más, la concurrencia a los exámenes para la obtención del Diploma de Estudios Americanos, instituido por la Universidad, fué síntoma de los favorables resultados docentes de la labor desarrollada.

El día 21 de Septiembre se clausuró el Curso con la conferencia del Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla, Dr. D. Alfonso Cossío y del Corral, que versaba sobre el tema «La tragedia del hombre».

La misma tarde, la Universidad cerró sus puertas. Lo mejor que ella ha podido ofrecer; la sólida formación cultural, la auténtica versión del americanismo y el conocimiento científico que permitirá enfrentarse conscientemente con la problemática americana, se lo llevaron los alumnos. Con las mismas directrices intelectuales, pero enriquecida con un año de experien-

cia que encontrará sin duda la debida inserción en los nuevos planes, la Universidad volverá a abrirse otra vez a una nueva generación estudiantil.

Jorge Chmielewski



Sobre los Problemas de Comercio Nacional, por Jorge Chmielewski. En el artículo se discuten los problemas internos de la Comisión de Comercio, de Lima, examinando las dificultades para mejorar la productividad de industrias de largo alcance y las creencias al comercio nacional por la competencia extranjera y por esta — desde la perspectiva — se presentan las industrias por medio de ciertos ejemplos. Por ser sumamente reducida el número de industrias, el autor ha buscado un procedimiento de análisis que le permita recomendar un mejoramiento de la administración, especialmente si se ve por la situación del comercio nacional. Analizados los problemas derivados de la escasez de mano de obra y la necesidad de nuevos métodos de producción que se relacionan entre sí, la legislación, particularmente en lo referente a los problemas de la explotación. Por otro lado se ve la urgencia de una legislación adecuada, que incluya también la renovación del deficiente sistema de comercio. Finalmente otros problemas que afectan a las industrias, señalando los fundamentos necesarios para la explotación de los recursos naturales. Finalmente se menciona una labor fundamental en el desarrollo del país.



SOBRE los «Problemas de Cine Nacional», peruano, publica Emilio Herman S. un artículo en el suplemento literario de EL COMERCIO, de Lima. Examina las dificultades para iniciar la producción de cintas de largo metraje y las creadas al cine nacional por la competencia extranjera, y por ésta —debido a su calidad— se encuentra la industria peruana sin mayor acogida. Por ser sumamente reducido el mercado peruano, difícilmente puede sostener una producción propia, de ahí que lo más recomendable sea buscar la coproducción, entorpecida a su vez por la ausencia del capital nacional. Señalados los problemas derivados de la escasez de técnicos y la necesidad de buenos libretos, destaca el desorden que actualmente reina en la legislación, particularmente en lo referente a los problemas de la coproducción. Por esto se ve la urgencia de una legislación adecuada, que incluya también la renovación del deficiente sistema de censura. Indicados otros problemas igualmente básicos, señala los lineamientos requeridos para la organización de la cinematografía peruana, llamada a cumplir una labor fundamental en el desarrollo del país.

* * *

Bajo el título de «La agricultura y la tierra de Puerto Rico» Jaime Bagú publica un artículo en el n.º 6 de la Revista LA TORRE, de la Universidad de Puerto Rico, en el que estudia de un modo general el sistema de reparto de tierras en Puerto Rico y el estado de la agricultura en aquel país.

Analiza los diferentes trabajos sobre este tema publicados, en los que se puso de manifiesto la relación existente entre las características físicas del suelo puertorriqueño, su erosión, vegetación natural, lluvias anuales y tipos de patrones y de agricultores. Se refiere a los problemas sociales dentro de la economía agrícola en general y de la caña de azúcar en especial. Insiste en que se debe intensificar la educación de los agricultores por medio del Servicio de Extensión, a fin de conseguir el mejoramiento de las prácticas agrícolas. Al mismo tiempo se debe atender a la organización de centros comunales para elevar el nivel de vida de los trabajadores y recomienda el establecimiento de granjas de demostración.

* * *

Emilio Vázquez, en el artículo «Panorama de la Educación rural en los Países Andinos», publicado en el n.º correspondiente al mes de julio de 1954, de la Revista AMÉRICA INDÍGENA, opina que el indio, una vez reconocida su capacidad intelectual, es fácilmente adaptable a la vida civilizada y basta puede llegar a asimilar los valores positivos de la cultura occidental. El indio es un ser esencialmente rural, con sus propios conceptos de la vida, sus propios vicios y virtudes heredados de sus antepasados y con una psicología especial. No es posible intentar un sistema educacional que no se respalde en una ambientación geográfica. Sería necesario crear en los países andinos escuelas que se ocupasen de la educación de los niños, adolescentes y adultos. Incluso establecer en las áreas rurales escuelas técnicas y hasta Universidades.

* * *

En el último número de la revista IDEA, de Lima, Aurelio Miró Quesada publica un artículo sobre el poeta chileno «Pedro de Oña y Montesclaros», éste, Virrey del Perú y antiguo Asistente de Sevilla. Unidos en el elogio que Lope de Vega les había dedicado, estos dos poetas, sólo se iban a conocer posteriormente en Lima. Aunque nacido en Chile había pasado desde muy joven a esa ciudad, estudió en San Felipe y obtuvo su grado de Licenciado en la Universidad de San Marcos. Abí publicó su famoso libro «Arauco Domado», fué una de las figuras de la Academia Antártica y recibió el aplauso y el estímulo de la capital virreinal de Sudamérica. Y especialmente del Virrey Montesclaros, quien, al igual que sus predecesores el Marqués de Cañete y el Conde de Monterrey, le distinguió nombrándole Corregidor. Ya antes Pedro de Oña le había dedicado la «Canción Real Panegyrico» y luego en «El Temblor de Lima» (1609) hizo recuerdo de su celo y administración. El autor de este trabajo analiza y glosa los textos poéticos señalando la vinculación entre los dos personajes. Amistad que continúa, como se ve en la «Relación de las Exequias de la Reina Margarita», 1613, que es el postrer elogio conocido del poeta a su Virrey.

En el número 27 de la revista CIENCIAS SOCIALES, editada por el Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana, publica la doctora Berta Montero de Bascom, de la Northwestern University, un artículo que titula «Influencias africanas en la cultura cubana». Se está de acuerdo en atribuir origen africano a la música cubana. Otros aspectos de la cultura, por falta de una adecuada investigación del fondo sociológico de la cultura africana y cubana, no se tienen en cuenta o se los llama erróneamente «cosas del ñañiguismo». Los detenidos estudios del aspecto religioso, llevados a cabo por el profesor William Bascom y la autora demuestran el origen Yoruba de los lucumíes cubanos. Las investigaciones de esta clase, cada vez más numerosas, tienen un considerable valor científico porque tienden a revelar cómo las instituciones sociales cambian, se desenvuelven o persisten en el curso del tiempo.

* * *

La revista argentina NUEVO MUNDO inserta en el n.º 13 un trabajo procedente de «Hombres que esperan», publicación de la Organización Internacional del Trabajo, titulado «¿Cuántos indígenas existen en América Latina?» Aunque no se cuente con datos estadísticos de extrema precisión, la información arranca de datos globales tomados en Congresos y Censos indigenistas anteriores, según los cuales en 1940, la mezcla de indígenas puros y mestizos alcanza los 30 millones, estas poblaciones agrupadas según la importancia de bloques lingüísticos originan tres principalmente: quechua, maya y aimará. Los núcleos demográficos indígenas de todos los países americanos, sus características y distribución, son analizados con eficiencia basta conseguir la completa visión actual de esta cuestión. Légame a la consecuencia de que es posible considerar dos grandes grupos: el llamado de «comunidad», que procede de los que tomaron contacto con la civilización de Occidente, y el «selvícola», disperso, nómada y poco conocido.

* * *

«Die Rechtsform der Gmbh. in Südamerika» es el título de un estudio del Dr. Claus Sequenz que publica la revista WIRTSCH AFTSDIENST del Archivo para la Economía Mundial de Hamburgo (Alemania). Las relaciones económicas de Alemania con los países suramericanos, cada vez más estrechas, hacen necesarias la familiarización con la legislación mercantil de estos países. La forma jurídica de la sociedad de responsabilidad limitada alemana en su origen, se ha desarrollado en todos los países de Sudamérica, con excepción del Perú, Ecuador y Venezuela, según sus derivaciones portuguesa y francesa. La constitución de la sociedad, su capital y aportaciones por parte de los particulares, la protección de los acreedores, las relaciones jurídicas dentro de ella, la representación y la dirección se han de considera

dentro del ordenamiento jurídico de cada país. Pero en sus bases, el pensamiento fundamental se acerca enormemente a su prototipo alemán de la sociedad con responsabilidad limitada, dejando, sin embargo, una mayor entrada a la configuración individualista de la que permite el legislador alemán. Queda por discernir si la mencionada particularidad favorece o perjudica el desarrollo de esta institución de Derecho Mercantil.

* * *

En la revista salvadoreña ECA y en el número correspondiente al mes de julio, publica Francisco Pérez Estrada un artículo titulado «La Celestina en el folklore nicaragüense». Comienza exponiendo que el folklore tiene varios fines, entre los que se encuentra el literario y ello se debe a que el pueblo en literatura, como en todos los aspectos fundamentales de la vida, es la materia prima de la sociedad, a la popularidad, aparte de su indudable valor literario, se debe el renombre de «La Celestina» escrita sin duda para demostrar la condición de la mujer en la sociedad antigua. El celestinaje se desarrolló en América con gran acopio de los detalles supersticiosos que tuvo en la Península, a los que hay que añadir los del indio precolombino. Hace constar el autor que alguno de los objetos usados por la Celestina, las ollas de barro entre ellos, se encuentran en los indios americanos y termina afirmando que, además de la magia, el habla popular nicaragüense conserva muchas palabras del castellano clásico e incluso modismos típicos de algunas regiones españolas.

* * *

Es indispensable crear una literatura infantil, típicamente canadiense, para los niños y jóvenes del Canadá. Que no deben alimentar su imaginación con lecturas americanas e incluso con las francesas del Viejo Continente, se comprende con claridad puesto que las condiciones de vida del canadiense son distintas del americano y más del europeo. Así opina Marie-Joseph d'Anjou, en la Revista RELATIONS, del mes de Agosto, y añade que habría que distinguir tres categorías en las obras destinadas a los jóvenes: aquellas en las que la imagen tiene más importancia que el texto (para los niños de seis a diez años), las de texto e imágenes equilibradas en importancia, cuidando siempre que el primero tenga simplicidad, claridad, y sobre todo, que sea formativo (de diez a trece años) y, finalmente, los dedicados a la primera adolescencia —entre trece, quince y dieciseis años— más serios e instructivos, pero sin perder la amenidad.



Ejemplar: 17 ptas.
Suscripción anual: 150 ptas.